

# 168 EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 28 febrero - 6 marzo 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 274

## "LA DOCTRINA ESTA EN JUEGO"

(L'OSSERVATORE ROMANO)



El cardenal Suhard fué el primer patrocinador de los sacerdotes obreros, que realizan su apostolado confundidos en ambientes como el que refleja la foto



### EN LA PRENSA FRANCESA HA SONADO LA PALABRA "CISMA"



El cardenal Saliege, arzobispo de Toulouse, uno de los primeros en dar la voz de alerta, aparece aquí en una de sus visitas al Vaticano

LOS  
SACERDOTES-OBREROS  
EMPLAZADOS ANTE LA  
FECHA DEL 1 DE  
MARZO

# “LA DOCTRINA ESTA EN JUEGO”

(L'OSSERVATORE ROMANO)

CON las recientes disposiciones de la jerarquía eclesiástica francesa, dictadas claramente bajo las directrices de Roma, ha entrado en crisis la famosa institución de los «sacerdotes-obreros». Y este hecho, y sus consecuencias, han sacado a la superficie dos problemas de distinto alcance y gravedad, latentes ambos, hace más o menos tiempo, en la compleja situación religiosa de Francia.

El primero representa, más bien, una cuestión de método en el apostolado entre las clases sociales más taradas de ignorancia religiosa y minadas, al mismo tiempo, por ideas políticas que arraigaron al socaire de un bajo nivel cultural y de graves preocupaciones de orden terreno.

En el caso de Francia, la gravedad de este primer asunto es mucho menor que la que puede arrastrar el choque de las dos tendencias que anidan desde hace tiempo en el seno del catolicismo gálo: la tradicional y la de los llamados «católicos progresistas». Choque que, por otra parte, jalean, más o menos entre bastidores, los distintos sectores de izquierda—tanto del campo político como religioso—con la esperanza quizá de sacar su correspondiente parte de ganancia en este río revuelto.

Pero no tratamos aquí de diagnosticar, ni mucho menos de pronosticar, el alcance de los acontecimientos—es en la propia Prensa francesa donde acaba de resonar la palabra «cisma»—, sino únicamente de hacer un resumen objetivo y exponer el estado actual de toda la cuestión y sus derivaciones hasta el momento presente.

## «FRANCIA, PAIS DE MISSION?»

Los sacerdotes obreros, como tal institución, surgieron en 1944 bajo la tutela y aprobación del entonces arzobispo de París, cardinal Suhard, a quien llegó al alma el panorama descrito en el libro «Francia, país de Misión?», debido a la pluma de dos jóvenes sacerdotes, que hacía algunos años se dedicaban, de uno u otro modo, al apostolado entre las masas trabajadoras. En ese libro, editado en 1943, los abates Daniel y Godin resaltaban la descristianización de un importante contingente de la población francesa. Dividían a Francia en tres grandes sectores: los católicos auténticos—la «chretienité»—, los no practicantes, pero de cierto fondo religioso, y «el país de Misión», en donde no aparecía el más leve indicio de costumbres cristianas. Nada menos que a ocho mi-



El cardenal Feltrin, arzobispo de París desde 1950 y alentador en principio de la obra de su antecesor, cardenal Suhard

llones de hombres y mujeres—la mayor parte de la clase obrera—hacían elevar la cifra encuadrada en lo que ellos mismos denominaban «paganismo francés».

El cardenal Suhard había leído el libro en una sola noche. Tenía, además, noticias de las experiencias de algunos sacerdotes que, disfrazados de obreros y actuando como tales, se infiltraban en campos de concentración tratando de suplir la prohibición de la entrada a capellanes de prisioneros—la segunda guerra mundial estaba en su apogeo—, y sabía que de esta forma los trabajadores franceses deportados pudieron contar con algún auxilio religioso. En Bélgica, de algunos años atrás, se estaba ensayando también, en cierto modo, esta forma de llegar a los obreros confundiendo con ellos. De otro lado, los capellanes de las J. O. C. (Juventud Obrera Católica)—obra fundada por el sacerdote belga, a vecindad entonces en Francia, monseñor Car dijn—cosechaban abundantes frutos. El propio abate Godin era un celoso capellán jocista. Merecía, pues, la pena continuar los intentos.

## «LOS OBISPOS SON EL FRENO; NOSOTROS, EL MOTOR»

Y surgió la «Misión de París», aprobada por el cardenal el 15 de enero de 1944. Es Godin quien le presenta los estatutos, al regreso de Lisieux, donde año y medio antes se había creado, por iniciativa de la Asamblea de Cardenales y Obispos, un Seminario interdiocesano llamado de la «Misión de Francia», en el que una treintena de sacerdotes y seminaristas se preparaban exclusivamente para el apostolado entre la clase obrera. El propio abate Godin se inscribió durante el primer año. Al comienzo del siguiente fue cuando, con siete colaboradores, echó los cimientos de la «Misión de París», que se consolidarían, tras unas sesiones de estudio, con los más destacados miembros de la «Misión de Francia», celebradas en Lisieux desde mediados de diciembre hasta este 15 de enero, en que obtenía del cardenal Suhard la aprobación de su iniciativa.

Dos días después fallecía re-

pentinamente Godin, el joven promotor de la idea de los sacerdotes obreros. La institución quedaba en marcha, alentada por una de las figuras más significadas del episcopado francés. Precisamente, hablando de la jerarquía eclesiástica, había dicho el abate Godin poco antes de su muerte: «Los obispos son el freno; nosotros, el motor. Las dos cosas son necesarias. Creo que tendré que romperme la cabeza muchas veces en dos o tres años, pero esto no tiene importancia. La idea seguirá su camino».

No sabía Godin que los quebraderos de cabeza estaban reservados precisamente a la jerarquía y que los caminos de su idea acabarían por torcerse. O quizá por encontrar su verdadero cauce. Porque, ¿no han parado mientes quienes polemizan contra la distinción entre «sacerdotes obreros» y «sacerdotes de la Misión obrera», en que la nueva y discutida forma de apostolado comenzó con los nombres de «Misión de Francia» y «Misión de París»? (Pero no polemiquemos nosotros, ni precipitemos los acontecimientos.)

## LA EXPERIENCIA, EN MARCHA

Antes de acabar el año 1944, una veintena de sacerdotes, que en Lisieux o París se habían adiestrado en cualquier oficio o especialidad de trabajo manual y formado su espíritu para la nueva y audaz tarea, se adentraron por fábricas y talleres, oficinas y campañas, minas y puertos. No llevaban el traje talar, sino el «mono», la blusa, la chaquetilla de trabajo. Tenían grabados en el alma los puntos principales en que se basaba su institución: 1.º. Buscar el contacto con el pueblo, a fin de romper el muro levantado—eran palabras del cardenal Suhard—entre la masa descreída y la porción, cada vez menor, de fieles católicos. 2.º. Ejercer el apostolado mediante el ejemplo y la presencia, y no por la palabra directamente. 3.º. Guardar una discreción absoluta.

El programa encontró eco en el celo de muchos sacerdotes y no a gusto a buena parte de los obispos. Pero no toda la jerarquía lo aprobó sin reservas.

Iba pasando el tiempo. Los



Durante los nueve años que rigió la archidiócesis de París, el cardenal Suhard dió muestras de gran celo y afabilidad de trato

«sacerdotes obreros» empezaron a ocupar espacio en periódicos y revistas de toda índole. Había opiniones para todos los gustos. Mientras tanto los que terminaban su formación—más apostólica que intelectual—en Lisieux y París, se lanzaban a sus diferentes campos de acción. No pocas diócesis de Francia, además de la de París, han vivido la experiencia de los sacerdotes obreros. Principalmente Marsella, Lille, Lyon, Nancy, Autun, Limoges, Bordeaux, Toulouse... Las Ordenes religiosas también se incorporaron al movimiento. Jesuitas, dominicos, franciscanos, capuchinos, asuncionistas y maristas han participado en él con la anuencia de sus superiores. En total, entre ambos círculos—regular y secular—, unos 350 sacerdotes franceses se prepararon, a lo largo de diez años, para este apostolado. Pero pocos más de un centenar formaban en sus filas cuando la voz de la jerarquía juzgó oportuno dar por terminada la experiencia tal como venía desarrollándose.

#### «LA SOTANA ES UN ESTORBO»

Hasta ahora, los sacerdotes obreros en nada se diferenciaban externamente de sus compañeros de trabajo. Algunos tardarían en dar a conocer su verdadera condición. Por parte de los obreros no recibirían, en cambio, otra distinción que el respeto que pudiera granjearles la superioridad de su educación y cultura.

Vivían en grupos de dos o tres, pero ordinariamente no en la misma casa, sino en alojamientos cercanos. Comían en las fábricas o en los bares próximos, y convidaban o se dejaban convidar a vino y cerveza. El cura obrero Deliat, empleado en los talleres de una renombrada marca automovilística, justificaba así su actitud y la de sus compañeros, en una entrevista aparecida en la Prensa:

«No ha sido la Iglesia quien nos ha mandado a los talleres; hemos sido nosotros los que hemos pedido permiso para ir allí ya que en nuestras parroquias habíamos perdido todo contacto con los obreros. Somos sacerdotes cien por cien; pero queremos ser

también obreros cien por cien. Si llevásemos sotana, ¿podríamos tener este trato fraternal con los obreros?».

Desde luego, la mayor parte de los compañeros de Deliat y de otros «abates trabajadores» como él, agradecían el gesto. Admiraban la austeridad con que vivían aquellos a quienes no llamaban capellanes, sino compañeros. Y algunos, aunque en muy escaso número, hasta oían la misa, que había que decir en horas vespertinas, para hacerla compatible con el trabajo. Incluso podían escuchar dentro del santo sacrificio algunas oraciones en francés, costumbre que con otras no tradicionales varios de estos sacerdotes estaban introduciendo. El abate Deliat, concretamente, celebraba en su casa, de dos por tres metros, y a su misa asistían media docena de obreros vecinos.

En algunos talleres, oficinas y demás centros de trabajo no faltaban conversaciones más o menos ruidosas. Y en casi todos los sitios donde trabajaban estos sacerdotes se admiraban sus ejemplos de heroísmo. No es extraño que en muchas partes, incluso fuera de Francia, sonaran palabras de elogio para ellos.

#### LOS CONQUISTADORES, CONQUISTADOS

Pero no acababan de aquietarse las aguas. En todos los campos seguían suscitándose discusiones en torno a la eficacia de este apostolado. Al morir en 1949 el cardenal Suhard, muchos auguraron también la muerte inmediata de su obra. Tras un examen a fondo de la cuestión, su sucesor en el Arzobispado de París, monseñor Feltin, terminó por permitir su continuación.

No obstante, la oposición en distintos sectores no cesaba. Quizá los peligros fueran mayores que los frutos. No pocos sacerdotes obreros se afiliaban a organizaciones políticas y hasta tomaban parte en las huelgas. En 1951, el abate Barreau aceptó un cargo de dirigente en la C. G. T. y participó en mítines y actos de propaganda. En 1952, toda la Prensa habló de la detención de varios obreros comunistas—a raíz de una manifestación contra el

general Ridgway—, entre los que figuraban los abates Bouyer y Gagné. Y todavía no hace muchos meses, a consecuencia de una huelga, otro cura obrero hubo de ser despedido de la fábrica donde trabajaba.

Estos hechos tenían forzosamente que pesar a la hora de juzgar en Roma la experiencia. No es extraño que alguien se alarmara ante el futuro de estos apóstoles modernos que habían entrado a conquistar el mundo obrero para Cristo y muchos de ellos se veían absorbidos por desviaciones de toda índole.

#### HACIA LA SOLUCION DEFINITIVA

A las desviaciones de orden político se añadía el acrecentamiento de los peligros en el orden moral. Huelgan los ejemplos; pero basta que se diera más de uno de estos casos graves para justificar los intentos de supresión del sacerdote obrero, que ya parece se adivinaban aún antes que fueran conocidos los hechos mencionados. De tal suerte, que el abate Daniel—el colaborador de Godin en el libro «Francia, país de Misión?»—hubo de acudir a Roma en 1951 para detener el golpe. Y el 19 de marzo del año siguiente, los prelados en cuyas diócesis trabajaban sacerdotes obreros decidieron ejercer una mayor vigilancia sobre ellos.

(La novela de Cesbron «Los santos van al infierno»—dicho sea entre paréntesis—, al querer exaltar la vida heroica de estos hombres, puede que hiciera un flaco servicio al futuro de la institución como tal: Confirmaba, sin pretenderlo, los puntos de vista del sector católico alarmado; en el protagonista de la novela campeaba más el aspecto humano que el ansia de apostolado auténtico.)

Iban en aumento las medidas restrictivas por parte de las autoridades eclesiásticas. Monseñor Feltin modificaba la estructura de la «Misión de París», que terminaría pronto por desaparecer. El Semanario de la «Misión de Francia» fué trasladado a Limoges, donde sólo estuvo abierto el curso de 1952-53.

#### EL PRINCIPIO DEL FIN

Y llegamos a la época en que empezaban a precipitarse los acontecimientos: septiembre de 1953. Arranca esta última parte del drama de los sacerdotes obreros con la intervención de Roma mediante la persona del cardenal Pizzardo, prefecto de la Congregación de Seminarios y Universidades; pero tiene un prelude a cargo del arzobispo de Toulouse, el anciano cardenal Saliege. Este purpurado, en cuya diócesis había—y sigue habiendo hasta el momento—varios sacerdotes obreros, en el retiro anual veraniego de sus eclesiásticos, habló de «La Iglesia y el mundo obrero».

Merecen la pena estos párrafos de su conferencia, publicada en «La Semaine Catholique», de Toulouse, a finales de agosto:

«Por legítimo que sea para el sacerdote el deseo de tomar contacto con todos los ambientes, no debe olvidarse que el estilo de una existencia sacerdotal no podrá jamás identificarse por completo con el de una existencia laica.» «La tarea redentora debe ocupar en la vida del sacerdote

—Incluso del sacerdote obrero— el lugar preponderante. Puede presentarse a ese sacerdote la tentación de tener una vida normal, de envidiar el estado del matrimonio y considerar su voto de castidad con cierto complejo nada beneficioso.»

Y ampliando la cuestión a términos más generales, decía el cardenal al final de su conferencia, como si se adelantara a aclarar las nieblas, que parecen haberse levantado estas últimas semanas en algunos sectores del catolicismo francés:

«Parece como si hubiera un movimiento, orquestado por cierta Prensa más o menos periódica y, por ciertas reuniones más o menos secretas, tendentes a preparar en el seno del catolicismo un movimiento de acogida al comunismo.»

#### PRIMER DESPISTE DE MONSIEUR MAURIAC

Quince días después de esta voz de alerta del cardenal-arzobispo de Toulouse, el obispo de Chartres, monseñor Harcouett, poco partidario siempre de los sacerdotes obreros, hizo público en el boletín de su Obispado el documento del cardenal Pizzardo, en el que se prohibía a los seminaristas enrolarse en fábricas y talleres. El aplazamiento en la apertura—que terminó en cierra definitivo—del Seminario de Limoges remataba la decisión del prelado de Seminarios y Universidades.

Por otra parte, el cardenal Pizzardo, prefecto de la Consistorial, ll gaba en aquellos días a Francia y, aunque oficialmente su misión era de otro orden, las entrevistas con los cardenales de Toulouse y París y con el arzobispo de Burdeos, hicieron sospechar que su viaje estaba relacionado con el asunto de los sacerdotes obreros. Al mismo tiempo, el Nuncio en París, monseñor Marella, que ya al ser nombrado semanas antes parecía llevar instrucciones que preludeaban el «veto» del cardenal Pizzardo, empezó una serie de entrevistas con diversos prelados, que culminaron en una reunión habida el 23 de septiembre, y a la que asistieron, entre otros, los cardenales arzobispos de París y Lille.

Días después, el cardenal Feltin, en el retiro al clero de su archidiócesis, pronunció también una conferencia sobre el mismo tema que había tocado el mes anterior el cardenal Saliege: «La Iglesia y el mundo obrero». Se publicó entera el día 3 de octubre en la «La Semaine Religieuse», de París, y algún diario hizo un amplio extracto en su número del 6 de octubre. Hablaba el cardenal de dos ensayos de apostolado nuevo que no entran en nuestros métodos tradicionales, pero que «aparecieron alentados por la jerarquía». Y, tras referirse a los sensacionalismos de la Prensa en torno a este problema, añadió: «Estos sacerdotes se hallan expuestos a graves peligros y necesitan más de nuestra oración y piedad que de nuestras críticas». Sobre cuatro posibles errores centraba estos peligros: error en la noción de apostolado misionero; en la noción de la Iglesia; en la ley de la caridad y en el concepto de la vocación del sacerdote secular.

El cardenal se esforzaba por quitar hierro al problema, pero los hechos se iban imponiendo y sus palabras denotaban grave preocupación. Participaba de ella un buen sector del campo católico y la desorientación invadía las publicaciones, mientras la Prensa izquierdista atizaba el fuego. En diarios y revistas de todo tipo se agitaba la cuestión. Cada cual resucitaba a su manera el origen y desarrollo del movimiento de Suhard y Godin. Se elogiaban de un lado las actitudes heroicas de algunos sacerdotes obreros; de otro se polemizaba sobre el alcance de las adulteraciones registradas en el campo político y de las defecciones, no muy numerosas, pero sí importantes en el orden religioso. No faltaban intelectuales «católicos» que no veían peligro por parte alguna.

Entre ellos, el inevitable monseñor Mauriac. En su artículo publicado el 6 de octubre en «L'Espresso»—ya había leído la conferencia del cardenal Feltin y debía estar enterado de las decisiones del cardenal Pizzardo, del viaje del cardenal Pizzardo y de las reuniones de los jefes franceses con el Nuncio—rompía una lanza por los sacerdotes obreros sin ninguna clase de reservas y no creía, ni por lo más remoto, en la posible desaparición o nuevo encauzamiento de este apostolado. (Este su primer despiste, que intenta rectificar más tarde —el 12 de enero de este año— en su trabajo «La transcendencia del sacerdocio», explica suficientemente su última rabotada de hace poco más de una semana. Ya hablaremos de ella.)

#### CAMBIO DE FRENTE Y REACCIONES DIVERSAS

Por aquellos días se esperaban con impaciencia los resultados de la Asamblea anual de Cardenales y Arzobispos, celebrada entre el 14 y el 16 de octubre. Hubo una pequeña decepción ante la redacción del comunicado oficial. En él no se abordaba a fondo la cuestión; se hablaba principalmente de la Acción Católica y, más en concreto, de su orientación hacia el apostolado seglar entre el mundo obrero. En el tercer párrafo, dedicado a los sacerdotes, decía:

«La Asamblea pide a todos los sacerdotes que se consagren a la evangelización del mundo obrero, en un apostolado parroquial o extraparroquial, que suministren a los militantes de la Acción Católica el sostén espiritual que le es necesario y ejerciten su ministerio con un espíritu de colaboración y de unión con la Acción Católica Obrera.»

Para los espíritus serenos las cosas se iban aclarando. Pero seguía en muchos ambientes reinando—y en algunos fomentándose—la confusión. En un periódico católico de centrista se recogían al día siguiente de conocerse el comunicado, diversas opiniones pescadas al oído:

*El párroco de un barrio rojo de París:* «Colocado al frente de 40.000 almas, importunado por un coadjutor netamente «progresista» y embrollado por numerosos feligreses, me llena de gozo este acuerdo de los cardenales y arzobispos.»

*El presidente de una Unión parroquial:* «El texto de la Asam-

blea me parece claro como una orden del día firmada por Foch o Mangin: era necesario poner los puntos al enemigo y condenar a los «desertores».

*Un religioso dominico:* «San Pablo diría que la mejor manera de conocer y amar al obrero era, sobre todo para un sacerdote, trabajar y sufrir con él.»

*Un obrero metalúrgico de Fontenay:* «Yo he tenido un sacerdote obrero en mi taller. Estupendo hombre. ¿Quién me hablará como él? Un camarada, aunque sea socialista. Tiene que pensar en sus hijos, en su mujer, y con eso tiene bastante...»

Por su parte, el diario «La Croix»—que, hasta poco antes netamente partidario de los sacerdotes obreros, había empezado a mostrarse prudente—se contentó de momento con publicar, recuadrado, a dos columnas, en primera plana, sin ningún comentario, el texto íntegro del comunicado de la Asamblea.

#### UNA VISITA A ROMA

Pocos días después—a comienzos de noviembre—una Comisión cardenalicia, compuesta por los dos purpurados más antiguos de Francia—sus eminencias Gerlier, de Lyon, y Lienart, de Lille—y por el cardenal arzobispo de París, emprendieron viaje a Roma para entrevistarse con Su Santidad el Papa. A su vuelta publicaron el documento que empezaba a aclarar la cuestión. «Después de diez años de existencia —decían—, tal como ha evolucionado hasta hoy, no puede ser mantenida en su forma actual. Y añaden: «Los sacerdotes que hayan dado pruebas de poseer cualidades suficientes deben mantener el apostolado sacerdotal en pleno medio obrero.»

Señalaban los requisitos siguientes:

1.º Que sean especialmente escogidos por los obispos.

2.º Que reciban una formación adecuada y sólida desde los puntos de vista doctrinal y espiritual.

3.º Que no se entreguen al trabajo manual más que limitadamente.

4.º Que no adquieran compromiso temporal alguno que cree responsabilidades sindicales u otras, que deben ser dejadas a los laicos; y

5.º Que no vivan aisladamente, sino en comunidades o parroquias, aportando su concurso a la vida parroquial.

Herminaba el comunicado señalando que de acuerdo con la Santa Sede continúan los estudios necesarios para precisar y poner a punto la implantación de estas medidas, «cuya aplicación debe ser emprendida con calma y proseguida con gran espíritu de fe y de docilidad a la Iglesia.»

Se registró un curioso fenómeno a raíz de esta decisión de la jerarquía: apenas abundaron los comentarios y los que surgían estaban revestidos, en general, de cierta reserva.

#### LOS JESUITAS SE RETIRAN

Durante mes y medio apenas se habló en periódicos y revistas de los sacerdotes obreros. Pero el 30 de diciembre estalló la primera bomba. Recibiendo instrucciones

de su padre general, los provinciales franceses de la Compañía de Jesús mandaron regresar a sus casas religiosas respectivas a los siete miembros de la Orden que entonces militaban en las filas de los sacerdotes-obreros. Ya se había ido disminuyendo este número, que en meses anteriores llegaba a la docena. Aunque aun no habían aparecido las normas anunciadas en el comunicado de los tres cardenales, los jesuitas creyeron interpretar la mente del Vaticano con este gesto que, de momento, no fué seguido por ninguna de las otras Ordenes religiosas, aunque cierta parte de la Prensa, con evidente ingenuidad, según han demostrado después los acontecimientos, creyera que podía cundir el ejemplo.

Muy al contrario, la desorientación comenzó a campar por sus respetos con más fuerza que nunca. Y los dos meses transcurridos hasta el momento presente señalan el momento más dramático de la cuestión, que ha rebasado los límites de una simple polémica sobre los nuevos métodos de apostolado social para plantear, con toda su crudeza, el segundo y gravísimo problema de que habíamos al principio: las amenazas a la unidad de la Iglesia en el país vecino, donde luchan dos corrientes de catolicismo, cuyo choque se presenta ahora más serio que nunca, sacado a la palestra de la Prensa mundial con evidentes sensacionalismos.

Esa desorientación prendió primeramente en el seno mismo de la institución de los sacerdotes-obreros, que se sintieron heridos por una frase pronunciada en público por el cardenal Lienart, obispo de Lille y presidente de la Comisión episcopal, de la que ellos dependían. Esa frase encerraba el meollo verdadero de la cuestión—expuesto ya, asimismo, por otros jerarcas— y condensaba la doctrina de la Iglesia a este respecto: «Ser sacerdote y ser obrero—dijo claramente el obispo de Lille—suponen dos funciones distintas, dos estados de vida diferentes, que no pueden ser encerrados en una misma persona».

#### «SACERDOTES DE LA MISIÓN OBRERA»

Los sacerdotes-obreros adivinaban ya cercano el momento en que se harían públicas las medidas—que presagiaban injustas—anunciadas por la jerarquía dos meses atrás. En efecto: el 19 de enero, los obispos en cuyas diócesis o bajo cuya jurisdicción trabajaban estos apóstoles modernos, se reunieron en París. Siete días después hacían públicas sus conclusiones en un comunicado, dividido en cinco párrafos, cuyos epígrafes decían: 1. Evangelización del mundo obrero. 2. Forma del apostolado social en los medios obreros. 3. Exigencias de la vida sacerdotal. 4. La Iglesia y el trabajo manual. 5. Llamamiento a la oración.

En el texto del comunicado quedaban claras tres cosas: 1.ª Que la Iglesia no sólo no pretende desentenderse del apostolado entre los obreros, sino que sus jerarcas están decididos a destacar sacerdotes para asegurar la eficacia de ese apostolado. 2.ª Que sólo a la Iglesia compete es-



Arriba: El sacerdote belga monseñor Cardijn, propulsor del apostolado social y fundador de las J. O. C.—Abajo: Monseñor Marella, actual Nuncio en París

tablecer la forma de vida compatible con el ejercicio del sacerdocio y señalar, por tanto, los métodos apostólicos, que permitan salvaguardar la misión propia del sacerdote y su personalidad como tal. 3.ª Que en vista de que la experiencia de los sacerdotes-obreros no podía ser mantenida en su forma actual, como ya lo habían declarado los cardenales Lienart, Gerlier y Feltin, con aprobación del propio Romano Pontífice, en adelante los sacerdotes enviados por la Iglesia a los medios obreros trabajarían solamente durante un tiempo limitado y habrían de sustituir su denominación de «sacerdotes-obreros» por la de «sacerdotes de la Misión obrera».

La doctrina de la Iglesia y la posición de la jerarquía no dejaban lugar a dudas. Pero ya hemos visto que los protagonistas de esta experiencia estaban persuadidos de que, además de sacerdotes, eran también obreros cien por cien. Había, pues, que temer que no aceptarían de buen grado esta distinción. Sin embargo, quizá se habrían sometido plenamente si no se hubiese visto reforzada su postura por el sector de «católicos progresistas», que ha-

bían de airear la contrarreplica que a la distinción hecha por el cardenal Lienart daban algunos teólogos, entre ellos los dominicos de «La Vie Intellectuelle». (Después, como veremos más adelante, estos dominicos sufrirían las consecuencias.)

Por otra parte, la Prensa diaria de todos los matices había de seguir zarandeando la cuestión casi de modo general y sistemático. Emile Gabel, director de «La Croix», publicaba, al día siguiente de aparecer el texto episcopal, un editorial sobre la «Misión de la Iglesia en el mundo obrero», en el que se justificaban las medidas tomadas. Pero resaltaba también el momento de angustia en que se hallaba la Iglesia de Francia y llamaba la atención sobre el párrafo final del comunicado de los obispos, pidiendo oraciones a todos los católicos.

#### DOS MANIFIESTOS DE LOS «SACERDOTES OBREROS»

Todavía faltaba por saber en qué había de consistir la limitación de tiempo en el trabajo manual por parte de los sacerdotes-obreros. Pero esto concernía principalmente a los propios interesados. Y a cada uno de ellos dirigió la Comisión episcopal una carta con instrucciones concretas. Esta carta no estaba, en principio destinada a la Prensa. Pero algunos periódicos que por lo visto, la conocieron pronto, aludieron inmediatamente a estas instrucciones. «La Croix», en su número del 31 de enero, hizo el resumen de ellas en tres puntos concretos: 1. El tiempo de trabajo de los sacerdotes-obreros no podía exceder de tres horas. 2. La prohibición de adquirir responsabilidades en organizaciones obreras se extendía incluso a la mera inscripción en las mismas. 3. La evolución de la experiencia de los sacerdotes-obreros hacia la acción de «sacerdotes de la Misión obrera» debía darse por terminada antes del día 1 de marzo.

El afán de sensacionalismo de la Prensa volvió a desquiciar las cosas y a darlas una publicidad desmedida. Esta carta particular de los obispos a cada sacerdote-obrero apareció casi íntegra, primeramente en «Le Monde» del 2 de febrero y aquella noche y al día siguiente en otros diarios. Se encendieron más los ánimos. Y culminó la excitación con la publicación, el día 4, del célebre manifiesto de los 73 sacerdotes-obreros, que, dirigido a sus compañeros de trabajo, era una réplica a las disposiciones de la jerarquía.

Se quejaban en ese documento—de lenguaje bastante afín al estilo marxista, según reconocieron todos los sectores de opinión—de que las condiciones impuestas por los obispos implicaban el abandono de su vida de trabajadores y obligaban a los sacerdotes obreros a «renegar de la lucha que sostienen solidariamente con todos sus camaradas». Después de referirse a la confusión que su existencia y actividad habían sembrado en determinados ambientes, afirmaban que «los sacerdotes obreros reivindican para sí y para todos los cristianos el derecho de soli-

daridad con los trabajadores en su justo combate». Y terminaba el manifiesto: «En consecuencia, nosotros afirmamos que nuestras decisiones serán tomadas dentro de un respeto total a la condición obrera y de la lucha de los trabajadores por su liberación.»

Forzosamente este documento tenía que caer como una bomba. Y en torno a él han girado principalmente los apasionados comentarios de la Prensa, dentro y fuera de Francia, y la agitación en los ambientes católicos del país. En un principio incluso hubo dudas sobre su autenticidad. Contribuyó a ello una alocución pronunciada dos días después—el sábado 6 de febrero—desde Radio Vaticano por el director de las emisiones francesas, reverendo padre Breslay, antiguo militante del apostolado obrero en Francia. El padre Breslay se dirigía a los sacerdotes obreros, cuyo apostolado en general elogiaba, al mismo tiempo que recordaba las razones por las que la Iglesia había decidido cambiar el rumbo de su apostolado: el abandono de la sotana, los peligros de orden político, la dificultad de dedicar a la oración y cuidados meramente sacerdotales a consecuencia de las largas jornadas de trabajo. En el curso de esta alocución el padre Breslay afirmaba que solamente tres, entre los 103 sacerdotes obreros existentes, habían decidido no someterse a las disposiciones de la Iglesia. Y para nada aludía al famoso manifiesto de dos días antes.

Desgraciadamente, el manifiesto era auténtico. Quince días más tarde se adherían a él otros dos sacerdotes obreros de la diócesis de Nancy. Prensa izquierdista procuraría resaltar en sus titulares: «Los 73 son ya 75». Por otra parte, en estos últimos días los sacerdotes encuadrados en fábricas y talleres de la 31 región parisiense acaban de enviar una carta de protesta y autodefensa al cardenal Feltin.

#### MAURIAC, «DEFENSOR» DE LA ORDEN DOMINICANA

Entretanto seguía la intranquilidad en los medios católicos inconformistas y los reñobles abortados en la Prensa neutra o anticatólica, en contraste con la reserva casi absoluta del sector relacionado con la jerarquía. Y el silencio en las fuentes vaticanas.

Estas diferentes actitudes habían de ponerse más patentes ante otro hecho que vino a complicar y derivar la cuestión hacia términos más alarmantes todavía. No por el hecho en sí, sino por los comentarios intemperantes y desorbitados que le han dedicado los católicos progresistas—con el inevitable monsieur Mauriac a la cabeza—y las revistas o periódicos izquierdistas.

He aquí el hecho en cuestión. El 10 de febrero llegaba a París el general de la Orden de Santo Domingo, el español padre Manuel Suárez, y destituía a los tres provinciales dominicos: los padres Avril, de París; Belleau, de Lyon, y Nicolás, de Toulouse. Al provincial de París le sustituiría el padre Decattillon. Al mismo tiempo, cuatro



Una reunión en el seno de la Congregación de Seminarios y Universidades, que preside el cardenal Pizzardo

de los más renombrados teólogos y escritores de la Orden recibían el mandato de salir de París y dedicarse a otras actividades. Eran los padres Congar y Chenu, muy conocidos por haber capitaneado el movimiento de «Teología nueva»; el padre Ferret, también de fama como intelectual, sobre todo en el campo filosófico, y el padre Boisselot, director de las «Edition de Cerf», que publican «La Vie Spirituelle», «La Vie Intellectuelle» y «L'Actualité Religieuse».

Evidentemente, la decisión, tan contraria a las tradiciones de la Orden, de destituir a tres superiores que normalmente deben ser elegidos por Capítulo, obedecía a algún motivo grave. Esta, sin duda, ligada a la cuestión de los sacerdotes obreros. En cuanto a la remoción de los padres Boisselot y Chenu, director y redactor jefe, respectivamente, de la «La Vie Intellectuelle», el caso aparecía claro, pues ya se ha dicho que en esa revista se había defendido a ultranza el apostolado de los sacerdotes obreros. En cuanto a los padres Congar y Ferret, ya hemos indicado, son hombres de ideas teológicas y filosóficas no muy tradicionales. Por último, los provinciales eran responsables de que los diez religiosos dominicos encuadrados entre los sacerdotes obreros no hubieran sido retirados de este apostolado como desde hacía casi mes y medio había ocurrido con los jesuitas.

Hay que hacer constar que los siete ilustres religiosos afectados por esa medida han dado pruebas de sumisión absoluta a las decisiones de su superior general. Y no han protestado lo más mínimo. En cambio, les han salido defensores de distintos campos que probablemente no les han hecho muy buen servicio. De un lado, el semanario izquierdista «L'Osservateur», en un artículo titulado «Los domi-

nicos perseguidos por la nueva Inquisición», se deshace en elogios de los cuatro religiosos escritores y defiende la gestión de los provinciales destituidos.

Por otra parte, no podía faltar la andanada de Mauriac. El 16 de febrero publicaba un artículo—que ha sido ampliamente comentado en la Prensa, incluso fuera de Francia—en el que bajo el título «Hacia un nuevo Concordato» se rasga las vestiduras ante las medidas tomadas contra los sacerdotes obreros y contra los siete dominicos. Se cree en el deber de «revelar» a Roma una verdad: la de que la joven generación católica laical de Francia ha sido formada en gran parte por la Orden de Santo Domingo. Y tiembla al pensar que el Santo Oficio estuvo a punto de herir por su misma raíz a los dominicos franceses atacando al noviciado de Solchoir.

(Conviene advertir que esta casa dominicana fué el vivero de la «Nueva Teología» a irreada por los ahora desplazados padres Congar y Chenu. Y, por otro lado, que una buena parte de esos «jóvenes católicos laicales» quizá no estén muy al margen del movimiento «Jeunesse de L'Eglise» patrocinado por el ex dominico padre Montuclart y condenado por la jerarquía francesa en octubre pasado.)

Sigue Mauriac crispándose ante la posibilidad de «tocar» en Francia a los hijos del padre Lacordaire, lo que «equivaldría—dice—a dinamitar una de nuestras catedrales».

Mientras tanto—insistimos—, los siete religiosos dominicos, no precisamente hijos de su paisano Lacordaire, sino del español Santo Domingo de Guzmán, prefer-



El abate Deliat dice misa en su propia habitación ante varios compañeros en los talleres donde trabaja

han el silencio por parte de sus defensores—según informa un diario católico de París que tiene motivos para estar enterado, y el semanario inglés «The Tablet», lo que es evidente muestra de acatamiento a la disposición de su general, compatriota precisamente del fundador. Un nombre, este padre Manuel Suárez—elegido hace seis años en un Capítulo General al que asistieron, naturalmente, los dominicos franceses más representativos—, que goza justa fama de ser uno de los religiosos más competentes del mundo en materia de Derecho Canónico y de tener extraordinario prestigio en las más altas esferas vaticanas.

Claro que el «católico» Mauriac lanza su ataque directo a las altas esferas vaticanas precisamente. De un lado, a las Congregaciones «romanas»—como él las llama, con lenguaje más cercano a otras confesiones religiosas, en lugar de Sagradas Congregaciones, que es su nombre auténtico—, a las cuales «conviene enterar—dice—de que el ala de vanguardia de la Iglesia en Francia acaba de ser afectada duramente». (En esta frase se refiere de modo global a las dos cuestiones de los sacerdotes obreros y la de los dominicos.)

#### PEQUEÑO INTERMEDIO SOBRE LAS RELACIONES ENTRE IGLESIA Y ESTADO

Pero no se contenta con centrar sus tiros en estos aspectos. Amplia más la cuestión y después de lanzar la acusación de que el Nuncio en Francia tiene más poder que algunos ministros, se sale abogando por la necesidad de un Concordato, «en interés—dice—de la Iglesia y de Francia»; Concordato que había de es-

tar adaptado—añade—a las «exigencias de nuestra época». Y, como obediendo a una molesta comparación que le arañara por dentro y acordándose seguramente de la nacionalidad del general de los dominicos, vuelve a hablar de la «ofensiva en curso» contra religiosos franceses, «la cual—dice—, si continuara, sin apreciar lo que se debe a esta santísima Iglesia de Francia, institutriz y ejemplo de todas las otras en la filosofía, en la teología y en el apostolado misionero, la nación entera se sentiría herida en la persona de sus hijos mejores».

Coincidiendo con la aparición de este inefable artículo de Mauriac, dos políticos—el senador Michelet, degaullista, y el diputado socialismo Deixome—han querido mezclar al Gobierno en cuestiones que son de absoluta competencia de la Iglesia, como comenta con acierto una buena parte de la Prensa extranjera, italiana e inglesa principalmente. M. Michelet preguntaba el día 16 al ministro de Asuntos Exteriores si, «respetando siempre el principio de separación entre la Iglesia y el Estado, no sería su deber llamar la atención de la Santa Sede sobre las consecuencias desagradables que amenazan atacar, a través de la Iglesia de Francia, el prestigio y esplendor de nuestro país en el mundo, a raíz de las circunstancias que han rodeado las decisiones de que son víctimas sacerdotes y religiosos franceses». M. Deixonne, por su parte, se quejaba el mismo día en el «Journal Officiel» de que el Nuncio, monseñor Marella, había sobrepasado sus funciones diplomáticas de mero representante ante el Gobierno, al haberse reunido con los cardenales y obispos para tratar de los sacerdotes obreros.

Unos y otros—Mauriac y los católicos inconformistas, el senador Michelet y sus correligionarios políticos y el sector de izquierdas que representa M. Deixonne—olvidaban, al plantear es-

tas cuestiones, que en los países en que hay separación entre la Iglesia y el Estado, como ocurre en Francia desde principio de siglo, es a la Iglesia a quien competen las cuestiones que son exclusivamente de orden religioso. Y no cabe duda que las que en estos últimos meses han conmovido y siguen conmoviendo los diferentes sectores católicos—y aun no católicos—de Francia entran totalmente en el campo de la Iglesia. Por otra parte, el Nuncio, según el Derecho Canónico, ostenta en primer lugar la representación diplomática, pero además se halla en la obligación de velar por las condiciones de la Iglesia e informar sobre el particular al Romano Pontífice.

#### INQUIETUD ANTE LA PROXIMIDAD DEL PRIMERO DE MARZO

A medida que se acerca el plazo concedido por la jerarquía para cambiar el rumbo del apostolado entre las masas obreras, asunto inicial del actual estado de cosas que hemos resumido, la inquietud crece en todos los ambientes. Cada día los periódicos de todo matiz dedican más espacio a los problemas surgidos y resuenan los conceptos de cisma, reforma de la Iglesia Católica, apostolado clasista, reacción, etcétera. Los corresponsales extranjeros envían a sus respectivos países—Inglaterra, Italia, Francia, Norteamérica y España—interesantes crónicas de París en que resaltan el recrudecimiento entre el choque de las dos tendencias del catolicismo francés, el instante decisivo de la unidad de la Iglesia en Francia, la campaña de inconformidad y casi rebeldía del sector católico progresista.

La Prensa francesa, sobre todo, no deja de consignar el más mínimo detalle relacionado con este delicado panorama y especialmente con su causa primera: los sacerdotes obreros. Las últimas noticias aparecidas a la hora de firmar este reportaje son, aparte la carta de los de París al cardenal Feltin—aludida más arriba—, sendas pastorales del cardenal Lienart y del arzobispo de Burdeos, monseñor Richaud, que han tratado, respectivamente, en



El cardenal Piazza, prefecto de la Congregación de Sacramentos, que en septiembre realizó un viaje a Francia relacionado con los problemas del catolicismo en aquel país

sus exhortaciones de preparación a la Cuaresma, los temas «Misioneros con la Iglesia» y «El deber apostólico», íntimamente ligados y llenos de alusiones al momento actual. El cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon, por su parte, en una conferencia pronunciada el sábado 20 ante los hombres de Acción Católica en su Asamblea general, se ha referido a las decisiones tomadas por la Iglesia respecto a los sacerdotes obreros.

#### RESERVA EN EL VATICANO

A lo largo de todo el mes de febrero, mientras se recrudecían, como hemos visto, las campañas de Prensa de todas partes, se ha venido haciendo constar reiteradamente, la actitud silenciosa del Vaticano. En realidad, la Santa Sede nada tiene que decir, después de haber marcado las directrices que han servido de base a las instrucciones dictadas por la jerarquía eclesiástica francesa; por lo menos hasta ver qué sucede a partir del día primero de marzo.

Por otra parte, aunque el órgano oficioso de la Santa Sede, «L'Osservatore Romano» ha dejado pasar mucho tiempo sin hacer la más mínima alusión, el día 18 publicó un artículo sin firma, y que algunos han atribuido al cardenal Ottaviani, secretario del Santo Oficio, en el que bajo el título «Deformaciones de la caridad», sin mencionar directamente el problema de Francia, lo aludía con toda claridad. Daba respuesta a quienes «por falta de serenidad o de rectitud» critican a la Iglesia a propósito de medidas tomadas, especialmente respecto a ciertas formas de apostolado.

El propio cardenal Ottaviani, días antes—el sábado, 13—aborda, en esta cuestión de las reformas del apostolado en unas palabras pronunciadas en la ceremonia de la toma de posesión de su título de protector de un Instituto religioso francés, ante la presencia de los embajadores de Francia en el Vaticano y en el Quirinal, el rector del Seminario francés y muchos representantes de Ordenes y Congregaciones religiosas.

Al mismo tiempo, periódicos católicos italianos, que deben conocer el pensamiento de la Santa Sede, y revistas «ligadas de índole intelectual» como la «Civiltà Cattolica» han publicado artículos en que insisten especialmente en hacer resaltar la doctrina de la Iglesia. Y lo mismo puede decirse de algunos corresponsales parisienses que residen en Roma y que parecen bien informados. Es decir, que si oficialmente el Vaticano nada ha dicho todavía su actitud ante los acontecimientos aparece bien clara. No es otra que la de mantenerse firme en las decisiones adoptadas. Y dispuesto, por otra parte, a hacerlas cumplir.

#### LA DOCTRINA ESTA EN JUEGO

De que se acepten o no, depende el esclarecimiento del panorama oscuro en que se mueve actualmente el catolicismo francés. Una última noticia acabamos de conocer que es sobremanera sintomática y tremendamente alarmante. Un sacerdote obrero de la diócesis de Lyon ha declarado re-

centísimamente «Iremos, si es necesario, hasta la excomunión».

«La doctrina está en juego», podemos decir con frase de «L'Osservatore Romano», en el artículo a que nos referimos hace un momento. Y bueno es que recordemos aquí la doctrina como colofón de este resumen objetivo de los hechos y su origen.

Por de pronto, todo católico debe obediencia a la Iglesia. La Iglesia, por otra parte, sabe muy bien lo que hace. No se deja impresionar por contingencias más o menos caracterizadas por el sentimiento o la oportunidad; no sitúa tal o cual hecho en una época determinada; su experiencia bimilenaria le permite desplazarse fuera del tiempo y enfocar los problemas desde una altura



El cardenal Lienart, presidente de la Comisión episcopal y el más antiguo de los cardenales franceses, en la época de su creación cardinalicia (1930)

que refuerza su autoridad. La promesa de Cristo y la asistencia del Espíritu Santo garantizan su perennidad y la firmeza de su Magisterio. Si algunas ramas se desgajan de su viejo tronco robusto, ello no afectará a la esencia del árbol ni hará resquebrajar la unidad de la Iglesia Católica, que no entiende, en el orden ideológico, de zonas de vanguardia, ni de flancos izquierdos o derechos. Su doctrina tiene un camino y no admite desviaciones.

Y en el caso que nos ocupa hay desviaciones evidentes respecto al concepto que la Iglesia tiene del sacerdote. El sacerdote católico—«ministro de Cristo y dispersador de sus misterios», en frase de San Pablo—es un hombre llamado por una vocación especial a un género de vida abolutamente definido que implica obligaciones como la celebración del Sacrificio eucarístico, la administración de Sacramentos, el rezo del breviario. La acción espiritual para un sacerdote debe estar siempre por encima de cualquier obra terrena. Toda ocupación, más aún, todo estado que coloque al sacerdote en la imposibilidad de cumplir regularmente sus primordiales obligaciones, es incompatible con su función y personalidad sacerdotales.

Ello no quiere decir que el sacerdote deba desinteresarse de los demás; al contrario, en frase del Apóstol «debe hacerse todo a to-

dos para salvarlos a todos, todos los días»; pero su comunión con los demás humanos debe llevar siempre el carácter sagrado que recibió en la ordenación. No podrá ser, pues, jamás, en la plena acepción del vocablo, un camarada con sus camaradas. Su signo distintivo es lo que se llama en teología su paternidad espiritual.

El sacerdote puede estar «en el mundo, pero no ser del mundo, del siglo. Y ese peligro de secularización, de pérdida de la personalidad sacerdotal es el que ha movido principalmente a la Iglesia a dar por terminada la experiencia de los sacerdotes obreros.

Que no es lo mismo que apartar a sus sacerdotes del apostolado obrero. Quede bien claro. Eso no lo hará jamás la Iglesia, cuya preocupación por el problema social es cada vez más patente.

#### LA SOTANA NO ES UN ESTORBO

Incluso ve con buenos ojos y hasta alienta a veces formas de apostolado que representan innovación, siempre que se salvaguarde el estado y la personalidad del sacerdote. Se dan actualmente en diversos países no pocos casos de sacerdotes que consiguen mucho fruto entre obreros y gente humilde sin abandonar su traje talar. En la propia Francia muchos párrocos pueden confirmar esto. Y el mismo abat Pedro, el tan elogiado apóstol de los «sin hogares» va a todas partes con su sotana. En Italia las patrullas volantes del cardenal Lercaro; en Alemania, la obra del jesuita padre Bepich; en España las encuestas de la encuesta de los asesores eclesiásticos sindicales demuestran lo mismo.

Pero a este tema—con detalles sobre los ejemplos apuntados y algunos otros—le dedicaremos próximamente mayor atención y espacio.

Gerardo RODRIGUEZ

## EL ESPAÑOL

ha publicado en sus páginas novelas de

- Concha Espina.
- Federico García Sanchiz.
- Eduardo Aunós.
- Noel Claraso.
- Tomás Borrás.
- Carlos Rivero.
- Luis Romero.
- Ana María Matute.
- Roberto Molina.
- Ignacio Aldecoa.
- F. García Pavón.
- Miguel Delibes.
- Alfonso Sastre.
- Juan Antonio de la Iglesia.

# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON ONESIMO REDONDO ORTEGA

TE levantas delante de mi memoria como una fertilísima incorporación del río Duero encima del paisaje árido de la meseta. Onésimo, eras un hombre erguido que gesticulabas, con el pelo de condottiero, con los ojos desorbitados místicamente, con las manos antiguas de campesino, con las manos adánicas que son capaces de remover y producir (modelando el limo, la gleba, la tierra) cosechas y criaturas. Venías a Madrid y en cada rastro de tu mirada fosforescente, de tu manoteo apasionado, de tu diccionario verbal, se descubría la impronta de Quintanilla del Duero, este pueblo castellano de la Castilla donde te hiciste y te deshicieron las balas. Mi evocación no es sólo el recuerdo de tu nombre y de tu sacrificio, de tu obra genial, que ha henchido las arterias de Madrid y de tantas ciudades españolas con sangre y linfa de Valladolid, que ha dejado de ser una ciudad ferroviaria copada por el socialismo ugetero, o una ciudad con los más sonoros rípos del siglo XIX evacuados por sus poetas, o una ciudad en la que el albismo impuso sus monopolios industriales, para convertirse en una consigna expansiva, rojinegra, interventora, imperial, gracias a ti. Valladolid se ha metido en España entera, con un empecinamiento y una decisión cálida que sólo pudo nacer de tu espíritu espiritualista y terrazguero y de tu paisano, El Empecinado, al que rendiste tu homenaje un 2 de Mayo. Pero tú no representas a la Castilla inmóvil y esteparia del 98, sino a la Castilla hidráulica, de la remolacha, de los árboles frutales y las hortalizas, de las prodigiosas irrigaciones y cultivos. A una Castilla que, siendo tan milenariamente vetusta, principió su jornada juvenil en la fecha del 4 de marzo de 1934, cuando el otro castellano del río Duero, Ledesma Ramos, Julio Ruiz de Alda y José Antonio Primo de Rivera, juntos contigo, desde el vallisoletano teatro Calderón, proclamaron la unidad. La unidad, que es una esencia ontológica de Castilla, cuya metafísica hubo de definir entonces José Antonio en una frase que se repite; pero también la conversión de Castilla en un émbolo de trabajo, en la gran fábrica del porvenir de España, en un estímulo y aceite para todos nosotros.

Valladolid es el pueblo de Felipe II; pero igualmente están cubiertas sus fachadas por el emblema del escudo de sus abuelos. El escudo de la España tantomontana, de la Reina y el Rey, de Aragón y Castilla, de la Edad Media y del Renacimiento, de la Antigüedad latina y de la perennidad de la liturgia eclesiástica. En este Valladolid de flechas yugadas se manifestó públicamente, ostensiblemente, que se habían ayuntado, con un vínculo también tantomontano, la Falange y las J. O. N. S. La Falange de Primo de Rivera y de Ruiz de Alda y las J. O. N. S. de Ramiro y tuya. La Falange, con su nombre militar, helénico, con su nombre culto y combatiente. Las J. O. N. S., que eran las Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista, o sea que habían salido de la entraña del Duero y de su contorno, con su tradición juntera, patriótica; pero que habían transformado la pasiva defensa de otras Juntas en la viril ofensa, agregándole el calificativo del sindi-

calismo nacional, donde, a su vez, se habían fundido dos palabras calientes en un vocablo justo.

La terminología y la programática políticas tienden al equilibrio y hasta a la soldadura de los antípodas. Un ejemplo nos lo ofrece la tan mentada y poco escarmentada democracia cristiana, que pretendió anidar en Valladolid y aun te ofreció un puesto suculento en el escalafón y en el Parlamento de la República, que tú desdijaste. Pues bien, la síntesis de la democracia cristiana es una contradicción permanente, algo así o parecido a la expresión vulgar que dice: «Le sienta como a Cristo un par de pistolas». La democracia cristiana son las pistolas que, empuñadas con perjurio delante de Cristo, o son pistolas con pólvora vana o son pistolas homicidas. Del mismo modo, nuestro Cánovas, el restaurador, inventó aquella cosa inocua del partido liberalconservador, traducida su nomenclatura del inglés, cuando en la Gran Bretaña se perseguía aliar y amalgamar a «torys» y a «whigs», olvidando que, según el doctor Jahonson, el primer «whig» fué el diablo. Liberales y conservadores, unidos por Cánovas o por don Gabino Bugallal, aparte de sus respetabilísimas personas, fueron como la carabina de Ambrosio, de la misma manera que el comunismo libertario (fórmula en que la acracia se disponía a ingresar en comunidad, aunque entreabriendo un portillo para echar alguna vez las patas por alto); o el radical-socialismo francés, que no fué nunca ni carne ni pescado, ni la socialdemocracia, que en el pecado llevaba la penitencia.

Nuestra Falange Española de las J. O. N. S., en espera de la Falange Española Tradicionalista de las J. O. N. S. no se originaba de un compromiso, ni una componenda, sino que era un fenómeno normal de crecimiento y de fecundidad vitales. Las J. O. N. S. madrileñas y castellanas de Ramiro y Onésimo eran la mocedad responsable y auténtica, como cuando el río Duero es tan río niño que trisca entre pinares, antes de reposarse entre chopos y encinas. La Falange Española de las J. O. N. S. del 4 de marzo de hace veinte años, es la madurez de una juventud que iba a morir y a vivir para librar a España del comunismo libertario, de la socialdemocracia, del radical-socialismo y hasta de los caducos e idóneos liberales-conservadores. Para librarla, sobre todo del comunismo que es la yuxtaposición, cuando les conviene táctica y estratégicamente de todas las mentiras y todas las banderas. Para librarla de la democracia cristiana, cuyo hueco y cuya antinomia pecaminosa engendra a su alrededor la propagación y la propaganda comunista.

Eramos muchachos hace sólo dos décadas en Valladolid; pero muchachos en posesión de la verdad y del coraje. Allí estaba Girón como el exponente más valeroso de Castilla, allí estaba Raimundo como el Secretario en posesión de la sabiduría política, allí habló el muchachito que era entonces Javier Martínez de Bedoya, allí estábamos los jonsistas y los falangistas en una indestructible camaradería; cuando tú te levantaste en el escenario del teatro Calderón como te alzabas delante de mi memoria, como si el río Duero de Viriato y de los guerrilleros de la Independencia se dirigiese patéticamente al auditorio.

ASEGURESE USTED

# EL ESPAÑOL

# LA POLITICA COMO CREACION

[ LA intriga es la más despreciable perversión y la suplantación más innoble de la política. Esta solamente es respetable cuando se entiende como «creación», y crear, en nuestro caso, no es sino hacer, mientras que intrigar equivale casi necesariamente a destruir, a obstaculizar. La máxima evangélica tiene aquí también pleno sentido: «por sus frutos los conoceréis». Cultivar la intriga es, en política, un signo clarísimo de esterilidad. Crear, por el contrario, es prueba evidente de fecundidad en su más alto grado. Quien penetra en la política enrolado bajo las banderas de la intriga, entra por la puerta falsa, hurtando la conciencia al sentido de la responsabilidad directa y los perfiles de la propia conducta a la sanción popular. Porque únicamente el que hace y realiza tiene la limpieza moral de comprometer su honor y su prestigio, su presente y su futuro, al enfrentarse con el obligado riesgo de saberse medido y pesado por la exigente observación de sus compatriotas. En la labor diaria, cumplida a la luz del sol y expuesta a los vientos y exigencias de la realidad, es donde dan su talla la honradez y la capacidad del verdadero político. El que prefriere moverse al margen de estas exigencias, al margen de las consecuencias que pueden dimanarse de ésta o aquella medida tomada en el ejercicio de un mando político y se sitúa en la zona oscura de la intriga, si no busca exclusivamente el provecho, desde luego rehuye la penosa y dura servidumbre que ese mando político impone. Tan flagrante deslealtad basta para su calificación.

La historia, tanto de las grandes como de las pequeñas intrigas políticas, encierra siempre el mismo fondo, el mismo secreto: el desplazamiento de la preocupación, que debe centrarse en torno los auténticos intereses y necesidades verdaderas de la comunidad, hacia los puramente personales. Ya en esta vertiente todas las variaciones son posibles, todo cambio de postura

y actitud ante un mismo problema son lícitos, toda línea doctrinal permanente y categórica resulta incómoda. Ningún clima, al mismo tiempo, tan propicio al resquebrajamiento de los cánones morales y a la visión interesada, parcial y deformada de los hechos. Frente a los progresos reales innegables; frente a los nudos gordianos cortados virilmente o paciente-mente desenlazados; frente a un propósito ambicioso y de largo alcance para la economía nacional en el futuro; frente a los resultados prácticos de la continuidad y de la estabilidad sólidamente cimentada, se rebusca con aján morboso el jallo o la equivocación, se formulan soluciones a posteriori, se habilitan interpretaciones minimizantes o se fragua la conjura del silencio.

Si bien la intención última sigue discurriendo por los cauces oscuros de la clandestinidad vergonzante o del sigilo bien administrado, se considera necesario irrumpir, de vez en cuando, en el área pública. Entonces se procede a la clásica «maniobra de diversión», a la revitalización artificial del mito, del problema o de la añoranza, ya rebasados, aunque no sea calculada más que por la fuerza del tiempo; a la innovación en el significado de las palabras y de las expresiones. Los caminos y procedimientos son múltiples, pero en el disfraz no faltarán nunca las invocaciones reiteradas a la intención rectilínea y a la altura de miras.

Algo, no obstante, desmantela sus flancos: sus manos vacías ante las manos ocupadas de quienes crean, de quienes trabajaron y trabajan y cada mañana le roban al porvenir español una interrogante o un peligro, ofreciéndole una obra, una conquista palpable y concreta. El sano realismo de los españoles ve hoy, con más claridad que nunca, que la política es creación. trabajo, hechos e ideas claras, o no es nada.

EL ESPAÑOL

## POTÉNCIAS ASOCIADAS

[ LA mejor garantía de un contrato privado no se encuentra tanto en la equidad de las obligaciones mutuas que establece como en la buena fe con que las partes lo interpreten y en la buena voluntad con que ajusten su conducta a lo pactado. Del mismo modo, el exacto cumplimiento de los acuerdos y los tratados internacionales depende más de la buena disposición recíproca de las naciones ligadas por ellos que del acierto y la justicia intrínseca que inspiren la redacción de sus cláusulas. En la historia política internacional de estos últimos años pueden encontrarse múltiples ejemplos de tratados, pactos y acuerdos que fracasaron porque no todos sus firmantes tuvieron a la hora de cumplir sus compromisos la misma buena intención ni la misma buena voluntad que se suponía en ellos a la hora de la firma. O que cabía esperar de la índole y naturaleza de los compromisos contraídos.

Por ello, y aparte, naturalmente, la justa reciprocidad de sus cláusulas, la mayor garantía del cumplimiento leal y el éxito de los Acuerdos hispanonorteamericanos reside, precisamente, en la mutua buena voluntad, en el mutuo respeto a las soberanías nacionales y en la idéntica interpretación de las obligaciones contraídas por ambas partes.

Al firmarse estos Acuerdos ambos Estados trataron en pie de igualdad, pese a la diferencia de potencia económica que existe entre ellos. Y aceptaron análogas responsabilidades y se comprometieron mutuamente en proporción a sus posibilidades. La aceptación sin reservas de esta equiparación de soberanías nacionales, que hizo posible la firma de los convenios entre España y los Estados Unidos, seguirá siendo

el principio rector al que se ajustará su ejecución.

El propio embajador de los Estados Unidos, James Clement Dunn, en su reciente discurso ante la Cámara de Comercio Americana de Bilbao, ha recalcado, una vez más, la condición no sólo de potencias amigas, sino de potencias asociadas de ambos países. «Asociadas por virtud de un compromiso recíproco contraído por dos naciones soberanas para lograr una mayor seguridad para ambas y con objeto de proteger su independencia de toda intromisión exterior.»

De acuerdo con estas dos ideas fundamentales, la igualdad de soberanías y la reciprocidad de obligaciones, se desarrollarán también todos los apartados y consecuencias naturales del Convenio Económico; desde la inclusión de España en el plan norteamericano de compras en el extranjero hasta la selección de las Compañías españolas que participarán en la construcción de las bases, o la inversión de capitales privados norteamericanos en nuestra Patria, de acuerdo con nuestras leyes, sin omitir el intercambio entre ambos países de especialistas y técnicos.

Es esta última una de las partes menos profundas del Convenio Económico. Y, al mismo tiempo, una de las que revela con más claridad las razones más íntimas del buen entendimiento entre las dos naciones. Porque no es la primera vez que los técnicos españoles van a contribuir con su trabajo al desarrollo cultural y científico de los Estados Unidos. Ni el embajador norteamericano ha dejado de recordarlo en su discurso.

EL ESPAÑOL

# MALABARISMOS DEL ARTE

DE LO  
ABSTRACTO  
A LO  
CONCRETO,  
PASANDO  
POR EL  
RIGODON  
DE LA  
GEOMETRIA

POR ENCIMA DE LA  
DIVINA PROPORCION  
CORRE LA FILIGRANA

UNA EXPOSICION EXTRAORDINARIA DE "PUZZLES" Y JEROGLIFICOS



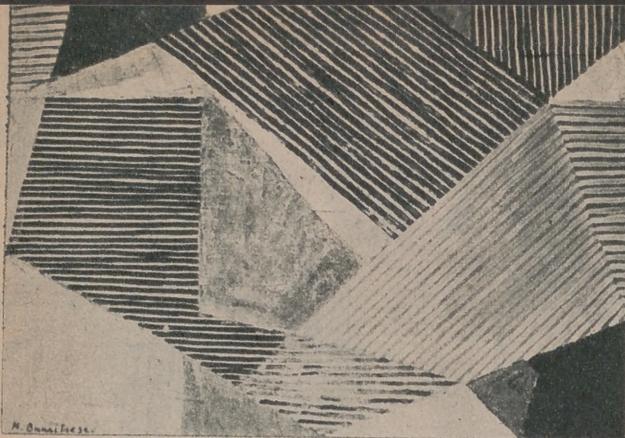
ESTA visto que ni sí ni no. Tiempo al tiempo nada más. El arte abstracto—concretamos—no es, ni mucho menos, una meta lograda, sino simplemente un punto de partida. Es una búsqueda, no un método, es ensayo más que argumento, una tendencia más que una escuela. Ni que decir tiene que esta actitud nos ofrece elementos utilísimos para la formulación del problema expresivo de nuestro tiempo—que siempre será el de después—, pero de ningún modo puede presentarse como arte resultante de una época. Todavía el tema de este arte puede originar gran cantidad de vocabulario para lo que tenga que ser el arte del futuro; pero, hoy por hoy, es pura dialéctica, y más que dialéctica—que podría inducir a alguno a recurrir a conceptos definitivos—, pura casuística, argucia, alquimia, tanteo, esgrima, entrenamiento en una palabra. Quien pretenda levantar su tienda para la peren-

nidad en este arte, sin sospechar que la estancia puede serle sumamente provisional y frágil, por no decir irrisoria, es realmente cándido, por no decir inepto. Quizá lo único que puede salvarnos de todo el divagueo del abstractismo es la confianza de que los que lo practican lo consideren como escala de progreso y vehículo de sugerencias, pero de ningún modo como medida o seguridad de posesión de un arte auténtico y esencial. Hacer arte con esta creencia es aceptar de antemano un sofisma o confesar descaradamente la propia impotencia. El arte abstracto es definido como decorativo y ornamental por la mayoría de los espectadores de buena fe, justamente porque su vida gravita en un estado de inmadurez y puerilidad que lo hace ingenuo y a la vez rosado, cosa muy importante en pintura en las fases de intuición y evolución fecunda, es decir, cuando hay que tirar por la borda esquemas y ba-

samentos ya gastados y explotados y se plantea con sinceridad la posibilidad de inventar nuevas formas. Lo malo del arte abstracto está en su lucha y en su esfuerzo por eliminar un sistema—calificado de retórico y pusilánime—y cae a las primeras de cambio en trucos falaces e inútiles.

Por eso, ni sí ni no. Lo que el arte abstracto tiene que dar de sí es «quod est demonstrandum». No hay símbolos absolutos en circulación ni hay tampoco—vamos a ser sinceros—una plástica nueva absolutamente válida y universal. La prueba es que cada abstracto tiene no solamente su técnica, lo cual sería admisible, sino puntos de visión distintos y contradictorios. El individualismo podría ser una virtud bien conquistada si no fuera la mayoría de las veces el resultado de una miopía angosta y parcelada.

Nada reduce el cosmos a una visión de unidad como la pintu-



ra. Y el arte abstracto que estamos contemplando estos días es fragmentario, atrasado y vacilante. No puede darse eso como muestra de última hora sin cargar sobre las espaldas de un arte ya algo más que recién nacido vicios y pecados lamentables. Pillan muy atrás, creemos, estos esquemas. Cuadros jóvenes y la mayoría ya fosilizados. Sólo se salva en ellos la actitud de gesto, el conato de sensibilidad y fantasa que parcialmente exhiben, pero les falta lo que estos artistas llaman y buscan con tanto dolor: el misterio y su revelación por nuevas vías. No vemos aquí más que un arte desorientador y desorientado, quizá porque los que lo practican quieren discursar con palabras—cuyo sentido no captan del todo bien—y sobre altas razones metafísicas. Es algo parecido a la impresión que nos producen las películas mal «dobladadas»: la emoción y la pa-

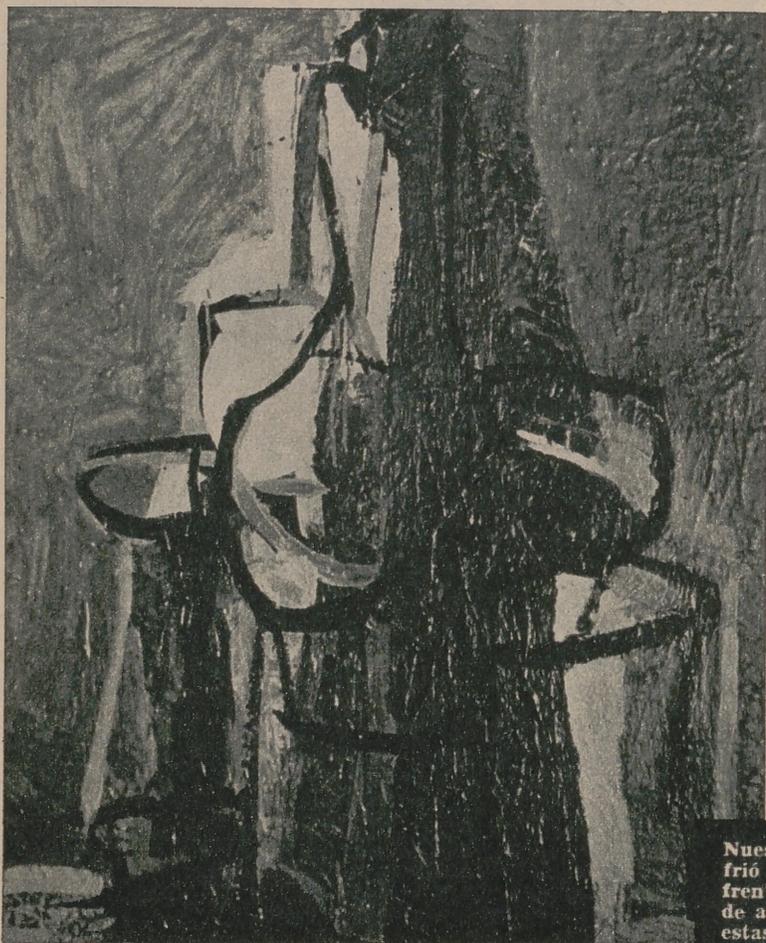
sión llegan antes o después (o ni antes ni después) que el lenguaje de las figuras. Lo que yo creo que pierde a muchos de estos artistas es el afán de hacer tesis conclusas. Debería de limitarse más a las experiencias y sacar pruebas de la propia sensibilidad más que de lecturas y filosofías; deberían de estar menos obsesionados por la sinceridad y ser más vitales, menos preocupados por la mecánica y las matemáticas y ser más armónicos e integradores.

#### ¿SERA QUE NO ESTA UNO EN EL SECRETO?

Por muy subjetivistas que sean estos pintores, no creo que pinten para ellos solamente. Es natural que los genios se salten los cánones, pero los genios están en sus obras, se llamen Velázquez o Van Gogh. Que el realismo hubiera llegado a una perfección que fuera necesario romper el

molde e intentar nuevos métodos de exploración y plasmación justifica la actitud, pero no cualifica todos los fraudes de protección y todas las piruetas de circo que se nos quieren colar como obras de plenitud y perfección. El escarceo nos parece admisible; lo que ya no entendemos tan fácilmente es que quiera dársele rango categórico a unas pinceladas cuyo mérito principal, por no decir único, es la simple anécdota.

Querer dar a la pintura ambiente de secta y proclamar, más o menos, que sólo pueden entenderla y valorarla ciertos «iluminados» o mediums nos parece excesivo. Sólo en la confusión pueden sobrevivir las mediocridades. Cuando hay pintura verdad, en el cuadro está, expuesta a todo y a todos los hombres, al hombre total. Por muy «noche oscura» que sea la búsqueda tensa y apasionada del arte abstracto, no calgamos en el snobismo de creer en lo que no vemos, que es de paletos. Esto se queda para los dogmas, que exigen ciertamente una clase singular de sumisión: renunciar y aceptar a muchas cosas de este mundo para que se puedan salvar las del otro. Aunque el arte abstracto se resista al análisis, el sentimiento también puede juzgarlo—con razones tanto o más convincentes que las lógicas—, y no es justo calcular que sólo cuenta el instinto del artista y poco o nada la sensibilidad del espectador. Cuando, apoyándose en la falta de visión, se habla de genios incomprensibles, la mayoría de las veces no se hace más que confesar la propia esterilidad. ¿Por qué si no los artistas abstractos se han visto tan forzados siempre a explicarse por medio de sutiles razonamientos y trágicos panfletos? En esto, como en otras cosas, sucede que para uno o dos que se están internamente descorazonados tratando de construirse un mundo, hay docenas que juegan a ser interpretados sin haber puesto por delante ni fantasía ni emoción de ninguna clase. Y no crean tampoco los que sufren ante la mayoría de los lienzos abstractos irritación y desconcierto que es que están faltos de pupila para apreciar valores y calidades. O que a España no le va ya este «énfoque».



Nuestro compañero Castillo Fuche sufrió un desequilibrio nervioso al enfrentarse con las diferentes muestras de arte abstracto que reproducimos en estas páginas. La verdad que no todos estamos en el secreto de ese juego pictórico que actualmente se expone en Madrid

No hay ningún secreto que descubrir. Hay más bien mucho de artificio y camelancia que denunciar. Todos sabemos que esta desvertebración racionalista o irracionalista de la pintura moderna puede suponer una nueva objetivación de la realidad, después de mucho oficio e invento. En este arrebatado medio lírico, medio matemático, pueden estar las bases de lo que será el arte del futuro. Pero esto es muy distinto a dar como argumento de fuerza lo que es tan sólo el estado de la cuestión, puro problematismo. Pero del caos también puede surgir la armonía.

En estos signos e imágenes de hoy, yuxtapuestos, contrapuestos o superpuestos, puede estar la clave de los símbolos vigentes el día de mañana. Pero ya no será esto, será otra cosa y quizá recuerde muy poco el parentesco con lo actual. ¿Cuál será esta síntesis? ¡Oh! lo sa!

#### VALGA LO UNO POR LO OTRO

Yo tengo un amigo artista muy «abstracto». Un buen pintor, por otra parte. La otra tarde nos vimos en la Exposición que se exhibe estos días en Recoletos con el epígrafe «Muestra de París». La iniciativa de esta Exposición no hay por qué criticarla, sino más bien todo lo contrario. Un balance de este género siempre nos vendrá bien. Mi amigo estaba muy excitado. Entran visitantes, unos algo fariseos y otros algo energúmenos, que hacen fuertes comentarios tremendos. A más de uno han tenido que expulsar los porteros.

Mi amigo me decía:

—Esto es como una purga que nos estaba siendo necesaria.

Indudablemente, una purga que se llevara por delante naturalezas muertas, figuras, retratos, paisajes, etc., estaba haciendo falta. Pero mi amigo creo que exageraba un poco las proporciones de la purga:

—Pero habrá que dejar por lo menos las tripas—le dije.

El se quedó muy serio. A mi amigo no se le pueden gastar

bromas con las tripas, aunque él sea el primero en hablar de la purga. Mi amigo come como un cosaco.

Al rato nos encontramos mi amigo y yo visitando las reproducciones francesas de los últimos años que nos han llegado por medio de la U. N. E. S. C. O., gran maravilla que se expone a unos pasos de la Exposición de «arte abstracto». Ni que decir tiene que mi amigo y yo hablamos muy po-

co. Simplemente contemplamos extasiados los cuadros.

Ahí están vigentes, plenos, absolutos, deliciosos. Si una y otra Exposición sirven para situar a nuestros artistas—los abstractos y los concretos—en el planteamiento y actitud de la sensatez y de la creación, valga lo uno por lo otro.

Nunca más verdad aquello de que cuando no hay pan, buenas son las tortas.

Los maestros franceses entran, pues, como apetitoso emparedado.

Después vendrán los «abstractos españoles», donde también hay fermentos, ensayos y aportes de interés, si bien con poca autoridad y prestigio.

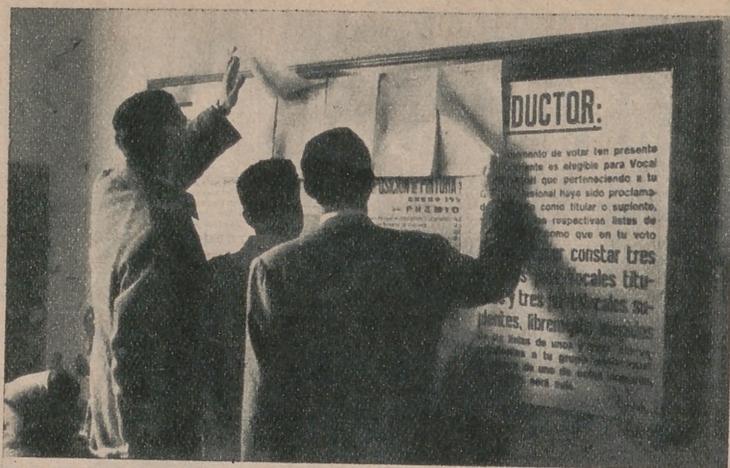
En el proceso artístico, esto del «arte abstracto» no es más que una rama, digna de atención, pero falta de coherencia universal. Los tiros quizá estén apuntando ya por otros sitios.

José Luis CASTILLO PUCHE  
(Fotos de Mora.)

Si desea suscribirse a

## POESIA ESPAÑOLA

dirijase por carta a la Administración:  
Pinar, 5 :: MADRID



SIN MOTINES  
NI PROCLAMAS  
DEMAGOGICAS  
SIGUE ADELANTE LA  
TRANSFORMACION  
SOCIAL DEL PAIS

## LOS JURADOS DE EMPRESA



PROPIETARIOS,  
TECNICOS Y  
OBREROS AL  
SERVICIO DE LA  
HUMANA  
COLABORACION

EN ciento veintitrés empresas van a ser establecidos los Jurados. Ante esta cifra el observador superficial podría estimar disminuida la importancia de esta nueva conquista social. Mas tal conclusión resulta fácil de rebatir. Los establecimientos mercantiles e industriales donde los Jurados van a actuar representan, en todos los ramos de la industria y del comercio, los mayores volúmenes de producción y negocio. Distribuidos por las tierras de España, lanzan al mercado la aportación más grande en materias básicas, sean metales, combustibles, productos químicos o instrumentos de crédito. Realmente, toda nuestra actividad económica va a ser removida por la acción de los Jurados de Empresa que a título de experiencia se inicia ahora. Aunque solamente se trate de un ensayo inicial, su influencia y las enseñanzas que la práctica proporcione serán de singular valor.

Calladamente, sin motines ni proclamas demagógicas, sigue adelante la transformación social del país. Se ha dicho recientemente que el aumento de la productividad depende de que el obrero se interese a fondo por la marcha de la empresa en la que

trabaja. Pues bien: éste es uno de los objetivos que se busca con los Jurados.

Al mismo tiempo, el productor pasará de «súbdito» de la empresa a «ciudadano» de la misma. En otras palabras, ahora trabajará con más entusiasmo e interés, porque propietarios, técnicos y obreros van a estar integrados en un órgano interno de humana colaboración.

### EN TRES BANCOS SE REALIZA EL 50 POR 100 DE LAS OPERACIONES FIDUCIARIAS

Por si parecieran dudosas nuestras afirmaciones anteriores considérese el caso de la Banca privada. En la actualidad solamente están afectados por la ley creadora de los Jurados tres establecimientos de este tipo: el Banco Central, el Banco Español de Crédito y el Banco Hispano-Americano. Por el número de empleados que utilizan en Madrid y Barcelona será en estas dos ciudades donde los nuevos órganos de concordia y colaboración comenzarán a actuar. Estas tres empresas bancarias representan, dentro del sistema de crédito español, un factor de verdadera importancia. Aproximadamente,

puede decirse que un 50 por 100 de las operaciones fiduciarias realizadas en nuestro país tiene alguna relación con ellas. Aunque sólo se establezcan en Madrid y Barcelona los Jurados, su actuación repercutirá sin duda sobre todo el sistema bancario en general.

En cuanto a las empresas de Seguros, solamente una ha sido afectada obligatoriamente por la actual legislación. Tal sociedad es la Mutua General de Seguros de Barcelona. Conviene aclarar que los Jurados han de ser establecidos no por firmas comerciales, sino por centros de trabajo. Cuando un núcleo laboral reúna más de mil trabajadores debe constituir su propio Jurado. Por eso los Bancos citados anteriormente han celebrado elecciones en Madrid y Barcelona. Por eso, también, sólo han tenido lugar en una empresa de Seguros.

### LOS FERROCARRILES Y LOS TELEFONOS SE ABARCAN POR COM- PLETO

Desde el mismo instante en que se decidió que la Renfe quedara incluida en las empresas a constituir Jurados, éstos adquirieron una importancia fundamental en



el campo de los transportes ferroviarios. Todas las comunicaciones por tren de España, salvo un kilometraje mínimo e insignificante, están explotadas por la Red Nacional. En cuanto a los teléfonos la única entidad existente es la Compañía Telefónica Nacional de España. De aquí se deduce que la experiencia social iniciada repercutirá en ambos sectores de una manera casi total.

Aunque la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles va a estar en Jurados en todas las comarcas de la nación, la Telefónica no seguirá su ejemplo, siendo nada más Madrid y Barcelona las dos capitales afectadas por la ley en este sector. La causa, naturalmente, no es otra que la necesidad de disponer de más de mil productores por centro.

En los transportes urbanos están incluidas, en el proceso electoral, las grandes Compañías de tranvías, autobuses y trolebuses de Madrid, Barcelona, Sevilla y Valencia. En la misma situación se hallan los ferrocarriles metropolitanos de Barcelona y Madrid. Aquí se notará, sin duda, la acción de los Jurados, pues se trata de grandes empresas cuyo buen funcionamiento llega directamente al público.

#### UNA SOLA EMPRESA DE CALZADOS PRODUCE MAS DE DOS MILLONES DE PARES DE ZAPATOS

Nada limita la incorporación voluntaria al sistema de Jurados de Empresa de las entidades menores. En este sentido ya han sido recibidas en la Delegación Nacional de Sindicatos peticiones de Sociedades no afectadas por la

legislación, que solicitan ser incluidas en el proceso electoral. Entre estas empresas voluntarias puede citarse Agromán, S. A., en el ramo de la Construcción. Como en esta actividad cada obra constituye una empresa, a efectos de la elección de Jurados podía haber eludido la obligación. Sin embargo, ha preferido incluirse de buen grado dentro de ella.

En cuanto a la faceta de Vidrio y Cerámica, solamente entra en el nuevo mecanismo la casa Manuel Alvarez e Hijos, de Pontevedra, que lanza al mercado buena parte de la producción nacional.

También hay una sola empresa en el ramo de la Piel: Silvestre Segarra e Hijos, S. A., de Castellón. Segarra, todo el mundo lo sabe, fabrica calzados. Ella sola produce el 10 por 100 de las cifras nacionales. Además es empresa modelo por sus perfectas instalaciones para los trabajadores.

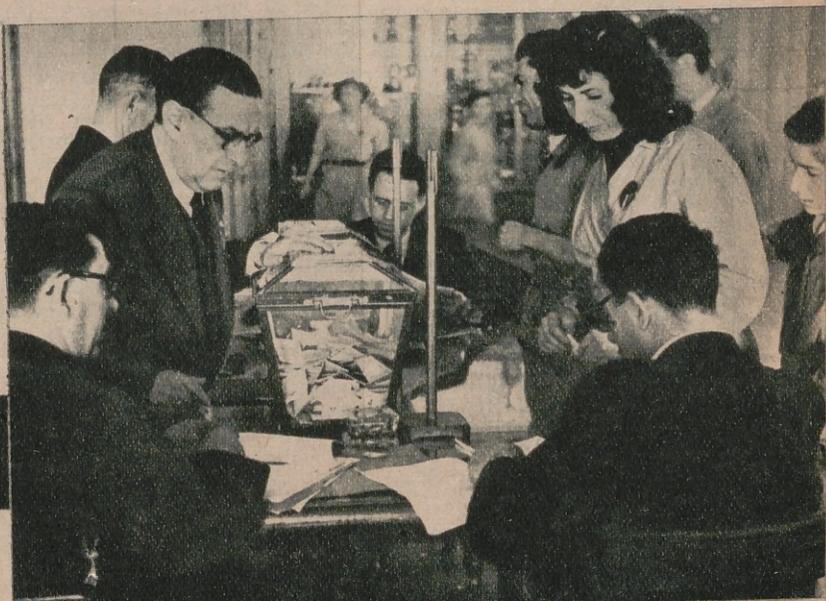
Los más grandes complejos fabriles del país eligen Jurados de

Empresa en el sector de las Industrias Químicas. La Cros y la Unión Española de Explosivos, que fabrican entre otras cosas abonos minerales y ácido sulfúrico; la Solvay, de Santander, uno de los principales abastecedores de sosa del mercado nacional; Nacional Pirelli, de Barcelona, y Productos Pirelli, de la misma ciudad, donde se hacen neumáticos, cubiertas y otros artículos de caucho, y, finalmente, la Unión Química del Norte de España, empresa vizcaína de gran estilo, que cada vez amplía en mayor grado sus ciclos de producción.

Como se ve, también en este sector de la industria nacional la influencia de los Jurados será grande.

#### CASI EL 100 POR 100 DE LA PRODUCCION DE ACERO, BAJO LA ACTIVIDAD DE LOS NUEVOS JURADOS

Veamos ahora las posibilidades de influencia de los Jurados en



Dos escenas de las elecciones sindicales en una Empresa madrileña. Los jurados van a actuar en todos los ramos de la producción



Antes de emitir su voto esta linda productora, el presidente de la mesa comprueba su nombre en las listas

la producción de combustibles y metales. Resultaría interminable la relación si citáramos una por una todas las empresas del Sindicato del Metal en que se han realizado elecciones. En este Sindicato se agrupan fábricas dedicadas a los más varios fines, desde el beneficio de minerales hasta la fabricación de automóviles y lámparas eléctricas.

Lo más claro será, seguramente, señalar qué tanto por ciento de la producción nacional básica corresponde a las empresas que ahora celebran elecciones. Desde este punto de vista se puede asegurar que la casi totalidad de la producción de lingote hierro y de acero sale de factorías en las que actuarán los Jurados. Respecto al cobre electrolítico, alrededor del 80 por 100 de la producción nacional estará afectada también por la acción de los Jurados. En cuanto al mercurio, de las minas propiedad de las empresas incluídas en las elecciones sales el total de las cifras de producción española. Lo mismo ocurre con las pizarras bituminosas. No necesita destacarse la importancia que para la producción nacional tiene el acero, ya que otro gran número de industrias —casi todas, puede decirse— se apoya en las cantidades obtenidas de este producto metálico.

Las empresas del Sindicato del Combustible también serán afectadas en gran proporción. Aquí, como en el caso anterior, vale la pena de dar cifras de conjunto. Por un lado, casi el 72 por 100 de la producción de hulla se extrae en minas que tendrán Jurados de Empresa. Lo mismo ocurre con el 20 por 100, aproximadamente, de la producción de antracita y con el 30 por 100 de la de lignitos. De esta manera, el proceso de abastecimiento del mercado nacional en este aspecto de extrac-

ción carbonífera, está, en gran parte, influenciado por la acción futura de los nuevos instrumentos sociales.

Finalmente, se producen en empresas incluídas en la ley de Jurados el 85 por 100 de las piritas ferrocobrizas extraídas en territorio nacional. Igualmente, la primera gran refinería de petróleos, distinta de la CAMPSA, cual es CEPESA, sita en Canarias, se encuentra dentro de esta organización.

La totalidad de estos datos numéricos, verdaderamente reveladores, justifican por sí solos la importancia sustantiva que los Jurados de Empresa van a tener dentro del aspecto económico de las empresas en las cuales van a funcionar; aspecto que redundará y se reflejará en todo el proceso económico nacional.

#### EN LA RAMA DE LA INDUSTRIA TEXTIL SE COMPRENDE EL 20 POR 100 DE LA PRODUCCION

De las cincuenta y dos fábricas de gas que funcionan en España, dos solamente han sido comprendidas por la ley de Jurados de Empresa. Dichas así las cosas, parece que aquéllas no van a influir demasiado en la producción. Sin embargo, el 65 por 100 de los totales anuales de gas producido tiene su origen en las dos empresas señaladas.

Otro de los grandes ramos industriales de España es el Textil. Diecinueve empresas textiles han elegido Jurados. Estas empresas no se dedican, por lo general, cada una, a determinadas especialidades, sino que sus actividades están orientadas hacia la fabricación de dos o más productos textiles. Haciendo una estimación

por el número de obreros, por el utillaje y por el carácter de las mismas, puede decirse que estas empresas lanzan, anualmente, del 18 al 20 por 100 de la producción textil española.

Nos queda por último reseñar la importancia de las cuatro empresas eléctricas —tres catalanas y una madrileña— en el ramo de la Energía Hidroeléctrica. Las cuatro empresas son, sin discusión, los mayores centros productores de electricidad del momento. Un 40 por 100 de la electricidad producida pasa por sus cables de alta tensión con destino a los usos industriales, domésticos o de alumbrado de gran número de ciudades y de pueblos españoles.

#### OTRA VICTORIA DE LA ESPAÑA QUE HACE

Durante tres días —22, 23 y 24 de febrero— han ido cayendo las papeletas en las urnas. Las elecciones han sido casi familiares, limitadas al interior de las fábricas, donde los operarios se conocen de siempre. Del escrutinio saldrán elegidos, sin duda, los mejores. Ellos tendrán como misión llevar un espíritu nuevo al trabajo nacional, de tal manera que toda nuestra economía sentirá en los mismos cimientos la presencia activa del entusiasmo humano.

Ciertamente, la experiencia que ahora se inicia vale la pena. De su trascendencia dan buena información los datos expuestos anteriormente. Su oportunidad tiene como testigo la favorable coyuntura económica en la que el empeño se inaugura. Desde 1947 existían legalmente los Jurados de Empresa. Siete años después van a tornarse realidad social. Con ellos da un paso más, seguro y meditado, una política positiva y creadora.



# LA PREOCUPACION

# NOS ENCADENA

PB,

# NUESTRO DESCANSO ES SOLO APARENTE



Es preciso estimular nuestras facultades mentales para liberarlas del agobio que las encadena.

Este estímulo proviene de FOSGLUTEN, el tónico-reconstituyente que integra principios tan esenciales como el **ACIDO GLUTAMICO** la Vitamina B<sub>1</sub> y el fósforo.

# FOSGLUTÉN

## REANIMA LA ENERGIA MENTAL

INSTITUTO TERAPEUTICO, S.A. - MADRID

C. S. 13.543

# EL FERROCARRIL DEL BIDASOA



El automotriz de la Compañía del Ferrocarril del Bidasoa

Nace en Irún y termina en Elizondo tras recorrer 52 kilómetros, ocho túneles y cinco puentes metálicos

La competencia del transporte por carretera pone en peligro de suspensión al pintoresco ferrocarril

POCAS cosas más tristes que un ferrocarril muerto, que una vía férrea abandonada. Reconozco no haber vivido esa experiencia, pero recuerdo haber intuido tal sensación, imborrable, en la niñez, al través de las páginas de una revista ilustrada— más triste: era un ferrocarril español—y haberla confirmado después en no sé qué literatura a lo Edgar Poe de trenes fantasmales con fuegos fatuos por la chimenea y maquinistas trágicos. Cementerio de hierros oxidados, enlazados en abrojos de tierra inculta; obra de hombre, ilusiones humanas enterradas por el retorno silencioso



Angule izquierdo: Ingenieros del Ferrocarril.— Estación de Irún con tren inaugural

de la Naturaleza. Ni siquiera un vuelo de grajos sobre osamentas y carroña delatando que allí hubo vida. Y a ambos lados y en los extremos terminales de la línea, el cortejo fúnebre de pueblos y poblados abandonados.

Pero no es éste el caso. Hoy el hierro vale una fortuna; nadie lo dejaría sumirse otra vez en la geología. En cualquier sitio, siempre cerca, trabaja intensivamente una fundición de esas que importan chatarra a todo pasto. Y el Baztán y el valle del Bidasoa tienen unas jubilosas carreteras con ininterrumpidos servicios de camiones y autobuses, con jocundas

gentes bilingües que van a hacer la compra a San Sebastián o Irún, o que van a buscar para sus mercancías una salida al mar o más cercanos prósperos mercados. Pues el que está amenazado de suspensión es el pintoresco ferrocarril del Bidasoa.

No obstante, no obstante... Aunque en Elizondo, estación terminal y población muy fronteriza, tienen sucursales todos los Bancos y a éstos nadie pide créditos y todos tienen caudales que confiar, no son tantas las mercancías; pero luego volveremos a tocar este punto. En cambio, si es mucha, decisiva, la competencia



**Primer accidente del «topo». Las dos locomotoras empotradas a la salida de un túnel.—Derecha: Transporte de heridos**

de la carretera. Mas partamos del efecto para llegar a las causas.

### UN FERROCARRIL QUE NACIO MINERO

El ferrocarril del Bidasoa nace en Irún y termina en Elizondo, tras recorrer 52 kilómetros y servir directamente a catorce poblaciones—Behobia, Enderlaza, Zalaín, Vera de Bidasoa, Lesaca, Echalar, Yanci, Aranaz, Sumbilla, Santesteban, Legasa, Narvarte, Mugaire, Arrayoz e Irurita, además de las dos citadas—, e indirectamente a Fuenterrabía, Pasajes, Rentería, Elgorriaga, Ituren, Zubieta, Oyategui, Almandoz, Beroeta, Lecaroz, Arizcún, Maya, Zugaramurdi, Urdax, etc., etc. Como casi todos los ferrocarriles del mundo, es deficitario y subvencionado por el Estado. Pero no es suficiente. La Compañía espera recibir el permiso para suspender el servicio, liquidar los bienes y pagar las deudas.

Como gran parte de los ferrocarriles de vía estrecha españoles, éste nació minero. La minería fué su prehistoria y se quiso que integrara una brillante historia que nunca ha sido. Al igual que en casi toda empresa minera decimonónica, hubo ingleses y franceses que venían a llevarse nuestras piritas, nuestro mineral de hierro, que «ellos podrían transformar y nosotros no» por no tener carbón en cantidad y calidad suficientes. En 1884 llegaron, pues, unos ingleses rubicundos que construyeron el tramo de Enderlaza a Irún para explotar una mina. Catorce años después, la empresa Minas de Irún y Lesaca adquirió la propiedad del yacimiento y del ferrocarril, para en 1911 vender este último a la actual Compañía, no sin antes

haber construido un ramal desde Arteaga a Iruguruceta. Pero he aquí que monsieur Mourgues, barba, chistera y pantalón listado en negro, ingeniero y financiero típico de empresas coloniales francesas, presidente nato de Consejos de Administración, pero víctima del espejismo de «los tesoros de la Naturaleza», creyó haber encontrado en Yanci un magnífico criadero de cobre. Tuvo en cuenta la cercanía de las fundiciones de Vera, sólo a diez kilómetros, y efectuó el tendido hasta Santesteban. Los alcaldes de los pueblos cercanos y la Diputación de Navarra le suplicaron que se estirase hasta Elizondo. ¡Total, por un poco más, usted, que es tan rico! Y el señor Mourgues se dejó convencer no por otra cosa que por los tres millones que le dió la Diputación de Navarra y por sus ambiciosos planes: empalmar en St. Etienne de Baygorri con la red francesa de vía estrecha, y, por otro lado, empalmar con Pamplona, y a Pamplona con Logroño. De 1912 a 1916 se trabajó intensamente. Se rechazaron varios proyectos y se realizó, por fin, el del ingeniero don Ramón Aguinaga, padre del actual director general de Ferrocarriles, don José, irunés, en cuyas manos precisamente está el porvenir de lo que hiciera su padre en otro tiempo. En realidad, con esta aceptación se cerraban treinta años de estudios y proyectos.

### CINCUENTA Y DOS KILOMETROS, OCHO TUNELES Y CINCO PUENTES METALICOS

Luego resultó que en el subsuelo de Yanci no había absolutamente nada útil, que lo que iba

a conducir a varias partes ya no llevaba a ninguna, económicamente hablando, y que la Compañía se encontró con el magnífico material adquirido para largos recorridos obligada a emplearlo en 52 kilómetros, con ocho túneles y cinco puentes metálicos. Los dos primeros ejercicios los cerró con déficit, esperando hasta que los futuros usuarios se acostumbrasen al uso de las formidables velocidades de 30 kilómetros por hora, que han permanecido invariables. Hasta 1925 se registraron alentadoras ganancias. Pero de 1926 a 1940 retornaron las pérdidas, que fueron grandes. Después, hasta 1943, una pequeña racha de ganancias debida a la falta de vagones en otras líneas y al alquiler de los que le sobraban a esta Compañía. 1944, nuevo déficit. Años 45 y 46, otro respiro. Y otra vez, sin remedio, pérdidas progresivas, que han llegado en 1953 a más de un millón de pesetas. En resumen, veinticinco años de pérdidas contra trece de ganancias, y éstas infinitamente más modestas que aquéllas. Sin embargo, desde 1947 se han recibido subvenciones del Estado, que poco a poco han resultado insuficientes.

Don Pedro Alonso, tercer director-gerente de la Compañía, nos asegura rotundamente que los accionistas y los obligacionistas nunca han cobrado una sola peseta de intereses y que la inversión inicial no se ha amortizado ni en un solo céntimo.

### UN LETRERO QUE REZA: «BUDAPEST, 1914»

He visitado al señor Alonso en una mañana de brumas y borrascas. En la pequeña y apartada



**Dos escenas de la inauguración del ferrocarril**

estación de Irún unos obreros de la vía me han indicado el despacho del director-gerente. Está en un caserón que rezuma humedad y frío por su recia mampostería. La distribución es anacrónica. Por un corredor que da a un destartado patio cubierto se llega hasta la Secretaría. Estamos en la vieja sede de aquellos ingleses de 1884. El señor Alonso parece hallarse a tono con el ambiente. Sólo emite reflexiones tristes. Me cuesta imaginar que me está hablando de la misma línea por la que yo un día seguí la marcha alegre de una Centuria madrileña del Frente de Juventudes que flanqueaba deportivamente el Pirineo. Entonces el trocillo del tren era molesto, sucio el tufo del gas-oil, agobiado el ambiente de confusas voces y mal tabaco de soldados y «casheros» y constante la petición del salvoconducto de fronteras, y lo único que llamaba mi atención hasta quedarme grabado era un pequeño letrero con la marca húngara de la constructora del viejo automotor («Budapest, 1914»); pero sabía que afuera descubriría un clima quieto y dulce bajo un cielo bajo y tibio, unas verdes praderas con el tópico vasco de las esquilas y el rumor de la rueda.

—No hemos tenido nunca—dice el señor Alonso—ni un accidente grave, ningún muerto, ningún herido. Todo lo más algún mulo, algún carnero atropellados.

#### UN FERROCARRIL QUE TIENE SU MUSA

Y quizá en el fondo tenga razón; todo ha tenido la tristeza de lo frustrado. Pero el pueblo no se cura de eso; este ferrocarril también tiene su musa popular a cuenta de la velocidad, de las costumbres de tal o cual ferroviario; en suma, del humor aldeano.

Yo me divierto con esas fotos de archivo donde, entre la multitud del andén, destaca la barba da, alta y recia figura de monsieur Mourgues. Fué en Sumbilla, el día inaugural. El Ayuntamiento, entusiasmado, detuvo la marcha reglamentaria del primer recorrido oficial para que el presidente del Consejo y sus acompañantes tomaran una copa de auténtico champán francés. Aquel señalado día salieron de Irún —¡cómo se madrugaba entonces!— a las ocho cuarenta y cinco de la mañana. Se fotografió la entrada triunfal en Santesteban, entre arcos y enramadas, a las once treinta. El vicario estaba enfermo de cuidado; pero como había prometido ser él quien bendijera el convoy, lo hizo desde un coche que puso a su disposición el señor alcalde. Luego, el banquete. Todo el entusiasmo de aquellos pueblos favorecidos por el máximo adelanto del siglo debió reflejarse en el menú, porque al final hablaron hasta los periodistas —precisamente el autor de estas fotos, Pascual Marín, en nombre de la Prensa donostiarra— y el mismo señor Mourgues, tan serio, como que quizá supiera ya que no había más cobre que el que estaban batiendo los alemanes en los campos de Francia. Y en aquel mismo momento el Consejo, pleno de respetuosa gratitud, decidió cambiar el nuevo y flamante nombre de la avenida de la Estación por el de «avenida de M. Mourgues».

Claro que este ferrocarril no tiene tanta anécdota como aquel de la ribera de Navarra y Aragón, en el que montaba el cartero, que cuando llevaba en la valija una carta urgente y tenía prisa se despedía del maquinista amigo y hacía el recorrido a pie.

Un día del año 1945 un «dige-ro» del Bidasoa, seguramente para justificar tal calificación y ahorrar tiempo de viaje a los usuarios que montaron en Elizondo, hizo su recorrido sin detenerse en la mayor parte de las estaciones, ante el asombro y la indignación de los aspirantes a tan envidiable velocidad y de los jefes de estación.

#### UNA COMPANIA QUE «INVITA» A TAXI

Otro día, en los tiempos tormentosos de la República, una partida de excursionistas «gamberros» que volvían de Larun tomaron sus billetes y, una vez montados aspiraron a hacer efectivo ese hipotético derecho de asiento que parece llevar implícito el precio. Como eso no era posible por haber mucha gente, armaron una buena gresca, y en vez de meterse con el interventor se atrevieron con el tren, que les debió parecer más pequeño e indefenso. Querían volcarlo, ante la actitud pasiva de los carabineros. La Compañía tuvo que pagarles de su caja un viaje en taxi. En realidad fué una venganza de la Compañía, porque los exigentes viajaron así mucho más apretados.

Tren familiar, para vecinos y conocidos. Así es durante la mayor parte del año. Allá por el año 1930 un mixto salió, ya anochecido, de la estación de Lesaca. El interventor creyó que seguía haciendo maniobras y se quedó en tierra, seguramente tomando un «chiquito». Pero todo se arregló; el maquinista o algún viajero contentillo del interventor, cerca ya de la próxima estación, advirtió la ausencia y se dió marcha atrás volviendo hasta Lesaca, de donde partió nuevamente, esta vez con el interventor picando billetes.

Aunque no sea estratégico, rindió buenos servicios. Durante la guerra de Liberación los rojos volaron el puente de la carretera general Irún-Pamplona, en Endarlaza. El tendido del ferrocarril vino entonces a prestar un servicio inestimable: fué convertido provisionalmente, durante varios días, en carretera a lo largo del tramo de seis kilómetros Vera-Endarlaza. Los raffles, una vez desprendidos de las traviesas, fueron apartados a las cunetas; se levantaron las traviesas y el balasto de la vía fué extendido en toda la anchura de la explanación—cinco metros—y reafirmado con apisonadoras. Como en los túneles, mucho más estrechos, no cabía el cruce de vehículos, en cada una de las bocas fueron colocados dos obreros provistos de cornetas, cuyo sonido regulaba la circulación para impedir encontronazos en el interior de los túneles. Hasta sin quitar la vía fué útil este tendido a las tropas que mandaba Beorlegui, poco después de la toma de Endarlaza. Mal que bien, los camiones, con una rueda dentro de la caja de la vía y la otra fuera, pudieron circular.

#### EL «TOPO» NO ES EL BIDASOA

Hablemos ahora del «Topo».

La gente que no es de esta región lo está confundiendo con el Bidasoa. Ellos han oído que al «Topo», que es un ferrocarril, se le quiere impedir su estruendoso y peli-groso paso por las calles de una ciudad tan linda como San Sebastián. Pero eso no quiere decir que su explotación sea ruinoso, aunque tampoco afirmamos que esté fuera del ámbito de los problemas que dificultan la vida de los ferrocarriles de vía estrecha de esta región, con las excepciones del Bilbao-San Sebastián y del Zumárraga-Zumaya (Vascongados y Urola). Pero el «Topo» es mucho más famoso que todos los demás. Por conceptos distintos del económico, ha tenido también mala suerte desde su nacimiento. Al año siguiente de la inauguración y poco después de iniciarse el tráfico por el tramo Irún-Hendaya, el día 13 de julio de 1913—buen argumento para los supersticiosos—chocaron dos «Topos» a la salida de un túnel, cerca de Irún. Famosa catástrofe que espeluznó a los que no habían conocido aún las estadísticas de mortalidad que iba a iniciar la ya próxima Gran Guerra. Fueron seis muertos y veinte heridos. Pero aquello todavía da que hablar y viene a cuento cada vez que este medio tranvía, medio ferrocarril padece algún accidente. Como que por ahí andan más de un cojo y un tuerto padeciendo su defecto desde aquella infuista fecha.

#### FERROCARRILES MORIBUNDOS

Aun tendríamos que hablar de otros dos ferrocarriles moribundos. A uno de ellos, el que mayores posibilidades tiene de resucitar, se le puede extender un acta de defunción provisional, el «Plazaola», Minero-Guipuzcoano, o Pamplona-San Sebastián, que en dos poblaciones importantes con mucha relación entre sí; pasa por Leiza y Lumberrri, para-jes turísticos; disminuye en cuarenta y cinco kilómetros la distancia por la R. E. N. F. E. entre ambas capitales y que, en fin, sería la salida ideal de las potasas que pronto se explotarán en Pamplona, hacia el puerto que deberán buscar, Pasajes. En dos horas exactas podrán ir los pamploneses hasta San Sebastián para bañarse. Pero el hecho es que a consecuencia de las inundaciones de octubre este ferrocarril perdió un puente y varios kilómetros de vía. La fuerza mayor manda. Y ha sido providencial, porque sabemos que el tendido viejo y gastado, que trepa por difíciles pendientes, no estaba para aguantar más viajecitos.

Por fin, el «Iratí», que, además, sirve a las importantísimas obras de ese pantano de Yasa, que hará posible la colonización de las Bardenas navarras, aprobada en el penúltimo Consejo de Ministros. Por otra parte, el «Iratí» facilita la explotación de la inmensa riqueza maderera del monte de su mismo nombre. Aunque también es cierto que la Compañía explotadora de la riqueza forestal prefiere los camiones y que pronto será terminado el pantano. El «Iratí» une a Sangüesa con Aoz y a ésta con Pamplona. El tramo Sangüesa-Aoz es ya completamente inútil para fines civiles.

A.C.

"LA GRAN BORRACHERA"  
HA CAIDO DE PIE

# MANUEL HALCON QUERIA SER ESCRITOR O LABRADOR

Su última novela la ha  
dedicado a la gente  
que no conoce

"El vino es el agua bendita del diablo"

CUANDO se trata de entrevista-  
tar a una persona conocida  
como lo es Manuel Halcón, los  
prólogos y las presentaciones no  
hacen ninguna falta. De su per-  
sonalidad periodística y de su vo-  
cación de novelista habían queda-  
do prestancia ya con anteriori-  
dad.

Sin embargo, el éxito de su úl-  
tima novela, «La gran borrache-  
ra», le sitúa de nuevo en un pla-  
no de actualidad. La adaptación  
radiofónica que de la misma han  
hecho ha mantenido pendiente la  
atención de muchas personas.

Manuel Halcón, hombre traba-  
jador, no pudo recibirnos en su  
despacho de la Dirección de «Se-  
mana». Nos invitó, para estar  
más tranquilos, a su casa. «Ven-  
gan antes de cenar —dijo—; es la  
mejor hora para el aperitivo.»

Encontramos a Manuel Halcón  
leyendo una Biblia. Una Biblia  
enorme colocada en un atril y  
con magníficas ilustraciones de  
Gustavo Doré. «Es interesante  
leer la Biblia—nos dijo—. Y es-  
tas ilustraciones son una autén-  
tica maravilla.»

Manuel Halcón tiene, entre  
otras muchas, una importante  
cualidad: es un hombre educado.  
Educación bien asimilada que  
destruye la prisa que uno pueda  
tener y lo retiene unos minutos  
más.

Manuel Halcón nos muestra la  
mesa camilla en la que se sienta  
para escribir. Luego un salón  
contiguo en el que campean, so-  
bre una pequeña mesilla, unas  
botellas de vino de distinto color  
y unos platos de almendras y  
nueces. «¿Donde quieren sentar-  
se?», añade.

Los comentarios iniciales son  
disparates. Al poco rato, no obsta-  
nte, se ha centrado la conversa-  
ción:

BLANCA.—Don Manuel, ¿ha-  
blamos ya de su novela? ¿Qué ha  
pretendida usted al escribirla?

HALCON.—De su b r i r senti-  
mientos no vulgares con lenguaje  
común. Y que esta concesión de  
las formas expresivas aligere el  
peso de lo que ocurre debajo de  
la palabra. No busqué la palabra  
precisa, sino la inevitable.

GIRONELA.—En cuanto al  
fondo, ¿qué buscó usted?

HALCON.—Sentimientos, pri-  
mero; ideas, después, pues nin-  
guna se me aclara hasta que los  
sentimientos, se mueven netos  
bajo la sábana, hasta que se adi-  
vina entero el contorno de la  
idea recién despierta. Cuando la  
mente se defiende de la expre-  
sión gangosa y aparta a un lado  
y otro la palabra, como el jabalí  
la jara que le estorba.

GIRONELLA.—¿Usted bebía  
cuando escribió «La gran borrar-  
chera»?

HALCON.—Pues, no. En ge-  
neral yo bebo poco.

BLANCA.—¿No ha pensado que  
al crear al protagonista de «La  
gran borrachera» con todo ese  
cúmulo de vicios y pasiones ha  
afianzado el tópico de que el ser  
señorito andaluz es sinónimo de  
juerguista?

HALCON.—Tal vez sea cierto;  
pero yo tengo del señorito and-  
aluz muy mal recuerdo.

El autor de «La gran borrar-  
chera», en su biblioteca

ALVAREZ.—¿Es un señorito inútil  
el andaluz?

HALCON.—Cuando yo era ni-  
ño menudeaba todavía el juer-  
guista. Ahora, en cambio, puedo  
afirmar que ese tipo de señorito  
inútil ya no existe en Andalu-  
cía. Si queda alguno, por anacró-  
nico, vivirá encerrado.

ALVAREZ.—¿Qué quiso usted  
decir en su novela con la frase:  
«Ricos en cuarteles y en igle-  
sias»?

HALCON.—Que no me gustan  
los ricos que juegan a pobres.

GIRONELLA.—Escribe usted en  
su libro que el tacto es el senti-  
do de más futuro. ¿Por qué?

HALCON.—Porque desde hace  
mucho tiempo estamos sirviendo  
refritos a los otros sentidos. Pa-  
ra el tacto, en cambio, hay mu-  
chas páginas inéditas, entre ellas  
la valorización de la piel cansa-  
da, estriada. Irisada, como digo  
en mi novela, pero en estado de  
transición. La época que liga el  
presente con el ayer, el acuerdo  
con el recuerdo, el gusto con el  
regusto.

BLANCA.—¿Por qué le dió us-  
ted tanta importancia al vino en  
su novela?

HALCON.—El vino es el agua  
bendita del diablo.

ALVAREZ.—¿Imagina usted las



El rincón de trabajo de Manuel Halcón

voces de sus personajes cuando escribe?

HALCON.—Sí, en efecto.

GIRONELLA.—¿Se siente incorporado a alguno de los de su libro,

HALCON.—A ninguno; todos son producto de mi mente.

BLANCA.—«La gran borrachera», ¿no es una novela de «clave»? ¿Hay algo real que sostiene a la fantasía?

HALCON.—Les aseguro que no. Escribo siempre sin pensar en la «gente que conozco».

ALVAREZ.—¿Por ello dedicó su libro «a la gente que no conoce»?

HALCON.—Esa puede ser una buena interpretación.

GIRONELLA.—¿Qué personaje querría ser usted?

HALCON.—Quizá Benito, el capataz. Es el más feliz.

BLANCA.—Las reacciones de Alvaro, el protagonista, ¿resultarían falsas si la acción no se desarrollara en Andalucía?

HALCON.—No creo. Yo veo a Alvaro como hombre de reacciones normales. De la misma forma podría actuar un castellano.

ALVAREZ.—Usted no ha puesto en su novela, a pesar de desarrollarse en Andalucía, ninguna tiente. ¿Lo ha hecho a propósito?

HALCON.—Sí. Es dejar una posibilidad abierta para el guionista de cine.

GIRONELLA.—¿Está satisfecho de esta obra?

HALCON.—Sí; siento cierta fruición, porque ha caído de pie.

BLANCA.—Su novela ha suscitado una polémica entre la «novela sintesis» y la «novela río». ¿Cómo ve usted el problema?

HALCON.—Como lo ve el padre Félix García, que ve nacer la hierba literaria.

ALVAREZ.—¿Qué prepara ahora?

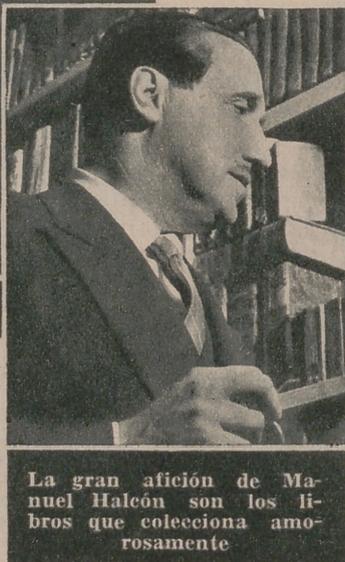
HALCON.—Una novela de 300 páginas, pero también de síntesis, al mismo ritmo vital que «La gran borrachera».

#### CUADRO SEGUNDO

La charla se interrumpe porque entra en escena un ser menudito y dúctil; empleando lenguaje franciscano diríamos que es una criatura graciosa y diminuta. Se trata de «Gacela», la podenca enana de Halcón, que desde este momento ya no nos deja y forma parte de la entrevista. Con este motivo se suscitan anécdotas de caza. Luego la conversación vuelve a su cauce.

GIRONELLA.—¿Usted ha sido lo que imaginó ser?

HALCON.—Lo que imaginé a los once años cuando escribí unos versos que nadie ha visto y que yo he olvidado. Entonces quería ser escritor o labrador.



La gran afición de Manuel Halcón son los libros que colecciona amorosamente

ALVAREZ.—¿Por qué esto último?

HALCON.—Por mi continuo contacto con el campo, soporte familiar y económico de los andaluces.

BLANCA.—¿Ha encontrado alguna vez entre los hombres del campo esa filosofía que Pemán pone en boca de su «Séneca»?

HALCON.—Yo no he tenido esa suerte. Al contrario, tuve que ayudarles muchas veces con mis propias palabras para que me dijeran lo que querían. El trabajo del campo es muy penoso. Cuando el labriego vuelve a su casa tiene preocupaciones. Su cerebro trabaja y piensa en las cosechas, en si lloverá o no, en mil cosas. Su esfuerzo es físico, pero también cerebral. El que vive más tranquilo respecto a su trabajo es el oficinista. Cumple su tarea, se marcha a casa y se desliga de todo hasta el día siguiente.

ALVAREZ.—¿Ha cavado usted alguna vez?

HALCON.—Sí, y ríanse de los demás trabajos. Aunque se haga por gusto termina uno agotado.

GIRONELLA.—¿Qué tal lo hacía usted?

HALCON (riendo).—Creo que muy mal.

GIRONELLA.—¿Qué piensa usted de la clase media?

HALCON.—Que mientras exista la democracia, fatalmente estará condenada a vivir en movimiento de ascensión. Esa es su fuerza.

GIRONELLA.—¿Y en España?

HALCON.—En España yo veo al obrerismo y la clase media en ascensión. En cuanto a la gente que se llama «bien», hay que distinguir entre

las solamente bien vestidas, las bien vestidas y bien educadas y las mal educadas y bien vestidas. Su presencia es un hecho real y fuerte. Ante ella, la única arma para un escritor es la crítica o el elogio que merezcan.

(Las copas se llenan por tercera vez. El vino es muy bueno, y también las almendras. Y el sofá es cómodo, y Manuel Halcón es amable y buen anfitrión. La rueda sigue sus vueltas.)

BLANCA.—De las dos facetas que usted cultiva, periodismo y novela, ¿cuál prefiere?

HALCON.—Sin lugar a dudas, la novela.

GIRONELLA.—¿Cree usted que el momento novelístico actual es de trabajo positivo?

HALCON.—Creo que es meritísimo. Lo decía no hace mucho: si los escritores del Siglo de Oro escribieran en las condiciones actuales, aquél hubiera sido «el siglo de calderilla».

BLANCA.—Para usted, ¿qué ocupa ahora en España el primer lugar: el teatro o la novela?

HALCON.—La novelística, indiscutiblemente.

BLANCA.—¿De qué cree usted que hay crisis: de novelas, de autores o de venta?

HALCON.—Bien preguntado. De venta es la crisis.

GIRONELLA.—¿Qué condición juzga indispensable para un novelista?

HALCON.—Sentido narrativo, profundidad en el diálogo y amenidad sin trucos.

BLANCA.—¿A qué concede más valor, al diálogo o la descripción?

HALCON.—Al diálogo.

ALVAREZ.—Háblenos usted de sus preferencias en la novelística de este siglo.

HALCON.—Iré un poco más adelante aún, porque para mí los maestros de la novela son Valera y Galdós, a quienes, por lo que sea, la gente lee poco. Pero, ¿a quién lee la gente...?

BLANCA.—¿Qué región de España cree usted que se presta más a ser novelada?

HALCON.—Tal vez Cuenca. En cambio, las regiones pintorescas están trilladas, machacadas por la literatura. Yo creo que de Cuenca se haría una novela estupenda. Y al decir Cuenca podría decir Logroño o Badajoz.

### EL TREMENDISMO ES UNA PORNOGRAFIA ROSA

GIRONELLA.—¿Cuál es su opinión, en términos generales, sobre el tremendismo?

HALCON.—Les recitaré un ro-



Encontramos a Manuel Halcón leyendo una Biblia. Una Biblia enorme colocada en un atril y con magníficas ilustraciones de Gustavo Doré

mance que oí en mi infancia a un ciego que se ponía en la plaza del Museo, en Sevilla, con un perro de aguas entre las piernas. El perro sostenía en la boca el platillo, en el que sonaban sin cesar las monedas:

Oíd lo que hizo el niño de la Venta de Saltera... Mató al padre y a la madre, y a una hermana más pequeña y hasta el sereno que estaba de guardia a eso de las once y media...

(Todos reímos mientras el novelista nos aclara.)

HALCON.—Ya ven ustedes si es antigua esta pornografía rosa del tremendismo.

GIRONELLA.—¿Qué le diría usted a un nuevo periodista?

HALCON.—Quisiera que él me diera un consejo y luego se lo daría yo a él.

ALVAREZ.—Y para terminar, don Manuel, ahora que está aún reciente la concesión de innumerables premios literarios, ¿quiere usted hablarnos de ellos?

HALCON.—No sabría opinar de esos premios. Yo siempre he vivido al margen de ese mundo tan discutido.

En este punto, «Gacela», con el instinto de la oportunidad, salta juguetona de uno a otro periodista. Con esta interrupción la charla se diluye ya en la despedida.

## LA MARQUESA DE PRADO OPINA SOBRE LA OBRA DE SU PADRE

NUNCA me he sentido más fuera de mi sitio que ahora que voy a opinar de mi padre; otros hijos han opinado ya desde estas páginas de sus padres. Opinar es casi juzgar.

Consciente de lo que aquí se pide y de lo poco preparada que para opinar estoy, me lanzo a hacerlo, pues, por lo menos, lo que voy a decir es sincero.

¿Qué opina usted de la obra literaria de su padre, sus costumbres, sus defectos, sus virtudes?

La obra literaria de mi padre culmina para mí con fuerza, madurez e intención en su última novela *La gran borrachera*. Tiene hondura en ese libro hasta la corteza de la buena sociedad, tan temáticamente tratada por él en toda su obra. Algo aun más importante que *La gran borrachera* le conozco, otra gran novela que espera su momento en el taller, que saldrá pronto. Lo que más me impresionó de su literatura, la agudeza y la concisión. Lo mucho en lo poco. Sus costumbres, tan buenas que nunca cena fuera; a las once, casi siempre duerme toda la familia en casa. Escribe con el alba, no bebe, fuma puros, no le gustan las revistas ligeras, tiene apetito y nunca se queja de las comidas.

Sus defectos se los conozco, pero no los usa para andar por casa; cuando sale, con el abrigo suele ponerse sus defectos y así se lanza a la calle; a la vuelta, cuidadosamente, los deja sobre la silla.

Una de sus virtudes más acusadas arranca de su defecto más acusado: la falta de memoria. No puede hacer uso ni de sus propias frases por segunda vez, por eso es un constante creador. En la intimidad es más espontáneo que en sociedad. En casa desarrolla su imaginación y sensibilidad en el simple trato con las cosas. Hoy mismo le he sorprendido diciéndole a su perra «Gacela», que lo miraba con actitud de excesiva inteligencia:



María Halcón de Heredia, marquesa de Prado

«Como me salgas hablando, verás el golpe que te doy.»

Esto tan sólo es un poco de lo mucho que de mi padre conozco.

María HALCON

# Yo, señorita, que soy soltero y enamorado

JOVENCITA, SI SIGUE EL CONSEJO DEL INSTITUTO DE LA OPINION PUBLICA CONTARA CON GRANDES POSIBILIDADES PARA LLEGAR HASTA EL ALTAR



**S**EA usted modosita y podrá casarse. Es un consejo que le da el Instituto de la Opinión Pública, con la experiencia de una consulta dirigida a un conjunto representativo de los españoles solteros.

El cálculo de probabilidades—el amor y la estadística se encuentran algunas veces—determinó que podía trabajarse con una selección de 400 individuos con la garantía de no superar un error mínimo y casi despreciable.

Con esta base, el Instituto de la Opinión Pública puede aconsejarle a usted: sea usted modosita. Los hombres prefieren a las mozas «de bandera», pero se casan con las otras, con las que superponen la belleza espiritual a la belleza física.

El español—como cualquiera que sepa lo que se pesca—la prefiere guapa. Sabe distinguir, sin embargo—como distingue el léxico popular, entre ojos con rimmel y ojos como soles—, y antepone a la hermosura física un valor espiritual, eterno, inmovible: la religión.

Ellos—¡cómo no!—quieren una esposa guapa; pero antes que guapa la prefieren religiosa.

EL ESP L.—Pág. 24



## MUESTRARIO M

### EL TIPO «NORDICO» GUSTA MENOS QUE LA «BELLEZA ESPAÑOLA»

Si es usted alta y tiene un cabello rubio, sedoso, y unos ojos azules como las ninfas del Danubio..., no se desanime. De cada 100 españoles—jóvenes solteros—, más de 50 prefieren a las morenas. Están de acuerdo con perpetuar las características etnológicas de la raza: esposa de mediana estatura, pelo negro y ojos negros. Hay, sin embargo, un grupito que se inclina por la mujer con características nórdicas: alta, ojos verdes o azules y con el pelo rubio. Los ojos grises y la estatura baja no gustan. Ellos sabrán por qué.

### LA SIMPATIA NO ES UN AGENTE DECISIVO

Una mujer simpática no lo tiene todo hecho. Sobre la simpatía hay otras siete cualidades que los hombres prefieren. Tiene usted más probabilidades de llegar al matrimonio si es religiosa, guarpa, hacendosa, inteligente, rica, femenina, bondadosa... La distinción, con leves excepciones, casi se ajusta a una escala de valores morales. Ellos, en primer lugar, quieren una esposa virtuosa y trabajadora. La piedad y el trabajo serán, al fin y al cabo, los soportes de la felicidad conyugal, del hogar mismo. Hay que considerar a la hermosura física como un aliciente. La inteligencia femenina será la ayuda y el complemento necesario para afrontar y resolver los problemas de la vida matrimonial.

Puestos en la coyuntura de elegir entre dos tipos de caracteres diametralmente opuestos—mujer melosa y mujer adusta—los solteros se inclinan por la primera. Si es usted seria como el cirio de noviembre, no se preocupe: alegre o seria, tiene usted las mismas probabilidades de hacer feliz a su marido. Ellos lo creen así. Eva, formalita o jovial, puede llevar la felicidad a cualquiera.

Otro consejo: Huya de los extremos, o sea usted más melosa que adusta; Adán la prefiere dulcemente cariñosa, aunque admita que una chica formalita pueda ser la mejor de las esposas.

Siglo XX: La categoría social de la familia de ella es el factor menos decisivo. No se ampare usted en la prosapia de los suyos. De cada 100 solteros, sólo a seis les importa la sangre azul o el abolengo de los suegros.

### AL AMOR HAY QUE LLEVARLO AL COLEGIO

Las dos terceras partes de los solteros consultados no creen en los efectos del «flechazo». El proceso amoroso requiere tiempo y meditación. Cupido puede guardar sus flechas para ese otro 34



## MICOLOR AL COMPAS DEL CORAZON

por 100 que sigue confiando en la eficacia de las pasiones-relámpago.

En amor y en periodismo, el «píston» es un arma lícita de efectos irreparables. El «píston» es una consecuencia de la lentitud, y para el ritmo de la vida moderna resulta lenta—y expuesta—la vieja conveniencia de la previa presentación entre futuros novios.

Ellos prefieren abordar directamente a la mujer interesante. Las reglas sociales restringen el campo de elección. El principio de una atracción mutua—no confundirle con el «flechazo»—puede surgir dondequiera, y los solteros se aferran al refrán: «Donde salta la liebre...»

### PRIMER AMOR

Ellos opinan que la felicidad se puede encontrar mejor en el «primer amor». De cada 100 consultados, 54 expresan su confianza en las ventajas del noviazgo único. Primer amor por ambas partes; novia y novio sin experiencias anteriores. Los hombres se muestran egoístas, pues hay un 37 por 100 que estima necesaria una experiencia anterior por parte del novio. Pero sólo el 2 por 100 de los solteros concede el derecho de realizar la misma experiencia a la mujer. Podríamos llegar a una conclusión general: No flirtee. El flirt puede proporcionar la satisfacción de sentirse admirada, pero le restará probabilidades de llegar al matrimonio.

### DINERO, DINERO, DINERO

De cada 100 solteros, sólo ocho viven de la sopa boba que le proporciona la familia. El resto saca dinero de donde puede; 62 entregan sus ganancias a la familia, 18 viven exclusivamente de su trabajo, 12 dedican sus ganancias a gastos particulares.

Dinero, dinero, dinero... Nadie se atreve a casarse con un sueldo de 1.000 pesetas o menos. Mejor dicho, hay un 5 por 100 de solteros—«contigo, pan y cebolla»—con pocas pretensiones. Ellos se arriesgarían a vivir—marido y mujer—con un billete grande cada mes. Hay quien vive con menos.

Vivir, vivir exclusivamente requiere un sueldo medio de diez duros por jornada. Es lo que necesita el grupo más numeroso, el 40 por 100.

Si es usted exigente y quiere comprarse dos abrigos de pieles por temporada, ahí tiene un 3 por 100 de solteros que no se resigna a vivir con me-

nos de 7.500 mensuales. La hipótesis es realmente maravillosa. ¡Quien lo consiga, que lo disfrute!...

### TIEMPOS MODERNOS

Nuestros abuelos se casaban a los diecisiete y... ¡tan felices! El noviazgo 1954 debe iniciarse a los veintinueve por parte de él y a los veinticuatro por parte de ella. Se trata, naturalmente, del noviazgo cuyo fin inmediato es el matrimonio. El grupo más representativo de los solteros—28 por 100—está de acuerdo en dedicar dos años al amor prematrimonial, y a contraer matrimonio entre los treinta y los treinta y dos. Para ella, la edad ideal de recibir el sacramento oscila entre los veinticuatro y los veintiséis años.

Las cifras están plenamente justificadas. De cada 100 solteros consultados, la mitad exactamente tienen menos de veinticinco años, y algo más de la mitad no tienen novia. Es lógico, por consiguiente, que pretendan dedicar unos años a la búsqueda de la «esposa ideal»... y se casen a los treinta.

La juventud soporta cada día mayores obligaciones. A la hora de contraer matrimonio, Adán prefiere una chica formada, preparada para afrontar las incidencias de la vida y educar a los hijos. ¡Eran otros los tiempos de nuestros abuelos!...

### LA MUJER QUE ESTUDIA, ESPOSA MODELO O AMIGA IDEAL

Hay un 18 por 100 de solteros «retraídos» que no se resignan ante el avance de la mujer en el campo universitario; 18 jóvenes de cada 100 no quieren nada con la mujer que estudia, 36 se casarían gustosamente con una chica de letras o de ciencia, 28 la admitirían como amiga personal, 12 como compañera de trabajo.

Aunque sea usted un pozo de sabiduría, no intente valerse de sus estudios para ayudar económicamente a su futuro. Ellos prefieren a la mujer hogareña.

Nuestro tercer consejo: No entienda usted que el hogar se reduce a la cocina o al cuarto de las calcetas. Es significativo que la mayoría de los solteros prefieran casarse con una mujer de estudios y 85 de cada 100 se inclinen por la mujer «hogareña». Una mujer de cultura tendrá que representar en el hogar algo más positivo, más humano, más dulce que la máquina lavadora o el cuchillo de las patatas.

Antonio GUERRERO TROYANO

EN LA PAGINA SIGUIENTE ENCONTRARA LAS OPINIONES DE ELLOS

1.<sup>a</sup>—¿CUALES SON PARA USTED LAS TRES CUALIDADES MAS IMPORTANTES QUE DEBERIA REUNIR SU FUTURA ESPOSA?

Religiosa ... ..	53 %
Guapa ... ..	48
Hacendosa ... ..	42
Inteligente ... ..	38
Rica ... ..	33
Femenina ... ..	29
Bondadosa ... ..	22
Simpática ... ..	19
De familia distinguida ... ..	6
Media de sin respuesta ... ..	10

(Cada auscultado ha escrito, en general, tres cualidades. Por eso la suma de los por cientos es 300. El sentido de cada uno es: el 53 por 100 de los auscultados la prefieren religiosa, etc.)

2.<sup>a</sup>—Y CON RESPECTO A SUS CUALIDADES FISICAS, ¿CUALES SON SUS PREFERENCIAS?

**El pelo**

Negro ... ..	54 %
Castaño ... ..	25
Rubio ... ..	20
No contestan ... ..	1

**Los ojos**

Negros ... ..	52 %
Azules ... ..	17
Verdes ... ..	13
Pardos ... ..	12
Grisés ... ..	5
No contestan ... ..	1

**La estatura**

Mediana ... ..	62 %
Alta ... ..	29
Baja ... ..	7
No contestan ... ..	2

3.<sup>a</sup>—¿CUAL DE ESTOS TIPOS DE MUJER CREE USTED QUE PUEDA HACER MAS FELIZ A UN MARIDO?

Jovial y alegre ... ..	49 %
Formal y seria ... ..	49
No contestan ... ..	2

4.<sup>a</sup>—Y DE PECAR SU FUTURA ESPOSA DE MELOSA O DE ADUSTA, ¿COMO LA PREFERIRIA?

Melosa ... ..	87 %
Adusta ... ..	11
No contestan ... ..	2

5.<sup>a</sup>—PIENSE USTED QUE YA TIENE A SU CARGO UN HOGAR, ¿CON QUE INGRESOS MENSUALES PODRIAN VIVIR USTED Y SU ESPOSA?

Menos de 999 pesetas ... ..	5 %
De 1.000 a 1.999 ... ..	40
De 2.000 a 2.999 ... ..	28
De 3.000 a 3.999 ... ..	9
De 4.000 a 4.999 ... ..	4
De 5.000 a 7.499 ... ..	8
De 7.500 en adelante ... ..	3
No contestan ... ..	3

6.<sup>a</sup>—DE ESTAS DOS ALTERNATIVAS, ¿CUAL CREE USTED QUE CONDUCE MEJOR A LA FELICIDAD CONYUGAL?

Casarse con la primera novia. ... ..	56 %
Haber tenido otras novias antes ... ..	42
No contestan ... ..	2

7.<sup>a</sup>—¿Y CON RESPECTO A SU ESPOSA?

Que sea usted su primer novio ... ..	91 %
Que haya tenido otros novios antes ... ..	7
No contestan ... ..	2

(Tabuladas en cruz estas dos preguntas, resultan las siguientes respuestas):

Que ninguno de los dos haya tenido novio ... ..	54 %
Que él sí, pero ella no ... ..	37
Que los dos lo hayan tenido. ... ..	5
Que ella sí, pero él no ... ..	2
Media de no contestan ... ..	2

8.<sup>a</sup>—¿CREE USTED QUE EL VERDADERO AMOR SURGE POR «FLECHAZO» O REQUIERE TIEMPO?

Requiere tiempo ... ..	65 %
Por «flechazo» ... ..	34
No contestan ... ..	1

9.<sup>a</sup>—PARA CONOCER A LA MUJER QUE USTED CREE INTERESANTE, ¿QUE SISTEMA PREFERE SEGUIR, ABORDARLA DIRECTAMENTE O ESPERAR LA PRESENTACION?

Abordarla directamente ... ..	68 %
Estar a ser presentados ... ..	30
No contestan ... ..	2

10.<sup>a</sup>—¿CUANTO TIEMPO CREE USTED QUE DEBE DURAR EL NOVIAZGO?

Menos de un año ... ..	12 %
Un año ... ..	23
Dos años ... ..	28
Tres años ... ..	14
Cuatro o más años ... ..	8
No opinan ... ..	15

11.<sup>a</sup>—CON RESPECTO A SU POSIBLE FUTURA ESPOSA, ¿PREFIERE USTED QUE SE DEDIQUE UNICAMENTE A LAS FAENAS DEL HOGAR O QUE DESARROLLE ALGUNA ACTIVIDAD PROFESIONAL REMUNERADA?

Que se dedique a las faenas del hogar ... ..	85 %
Que realice un trabajo remunerado ... ..	13
No contestan ... ..	2

12.<sup>a</sup>—EN CUANTO A LA MUJER QUE ESTUDIA, ¿CUAL DE ESTOS TIPOS DE RELACIONES LE GUSTARIA ESTABLECER CON ELLA?

Casarme con ella ... ..	36 %
Novia sin fin matrimonial ... ..	4
Amiga personal ... ..	28
Compañera de trabajo ... ..	12
Ninguna relación ... ..	18
No opinan ... ..	2

(Las respuestas que se dieron categorizadas tienden a una escala de intensidades: indican niveles de preferencias y no son excluyentes. Por ejemplo, los que la eligen para esposa la elegirían, probablemente, para amiga personal. Sólo hay una excepción: las dos primeras respuestas si se excluyen mutuamente.)

13.<sup>a</sup>—¿TIENE USTED NOVIA?

Sí ... ..	47 %
No ... ..	53

14.<sup>a</sup>—¿CUAL LE PARECE LA EDAD IDEAL PARA CASARSE EL HOMBRE?

Veintitrés años o menos ... ..	2 %
De 24 a 26 ... ..	28
De 27 a 29 ... ..	28
De 30 a 32 ... ..	31
De 33 a 35 ... ..	7
Treinta y seis o más ... ..	3
No contestan ... ..	1

15.<sup>a</sup>—¿CUAL LE PARECE LA EDAD IDEAL PARA CASARSE LA MUJER?

Diecisiete años o menos ... ..	1 %
De 18 a 20 ... ..	20
De 21 a 23 ... ..	36
De 24 a 26 ... ..	38
Veintisiete o más ... ..	3
No contestan ... ..	2

16.<sup>a</sup>—¿EN CUAL DE ESTOS SEIS GRUPOS CREE USTED QUE ESTA INCLUIDO POR LA ACTIVIDAD QUE DESARROLLA

Obrero ... ..	28 %
Estudiante ... ..	8
Empleado ... ..	29
Profesional ... ..	11
Hombre de negocios ... ..	13
Sin actividad específica ... ..	9
No contestan ... ..	2

17.<sup>a</sup>—¿QUE DESTINO DA USTED AL DINERO QUE GANA?

Lo entrego en casa ... ..	62 %
Lo reservo para mis gastos ... ..	12
Vivo por mi cuenta con ello. ... ..	19
No gano ningún dinero ... ..	8

(El total excede de 100, porque algunos de los auscultados dan más de un destino a su dinero.)

# 6 MESES EN REGULARES

"En las noches claras se puede ver a Mohamed-ben-Yusef sentado en los cuernos de la luna"

EL «Diario Oficial» publicó mi nombre con los de seis oficiales más de la I. P. S. Encabezando el epígrafe decía: «Grupo de Regulares Indígenas Larache, número 4». Me pilló un poco de sorpresa, la verdad. Acabé una película y, después del estreno de una comedia italiana, cogí el avión Madrid-Tetuán.

¡África! ¡Marruecos! Los ojos negros de las moras y el perfume de los pebeteros. «La bandera» de Duvivier, y «Beau Geste», de Wren. Todas las palabras que empiezan con «al», como alfombra, alcázar, almohada...

\* \* \*

Tetuán es una ciudad bonita. La parte europea, poco interesante: una calle para pasear, otra calle para comprar relojes suizos y plumas Parker a los indios; el Casino Militar, muy acogedor, y un bar flamenco, de moda. Lo sorprendente, lo increíble, lo maravilloso, es el barrio moro. En los tenderetes se venden cosas inverosímiles, mientras el dueño fuma soñadoramente «kifi» y escucha una melodía monótona y exasperante, que transmite una radio americana, último modelo. Nunca había visto ir a la gente tan de prisa; nunca había visto tampoco estar a la gente tantas horas sentada.

\* \* \*

Hay que ver Tetuán de noche y pasear por la Alcazaba sólo. Las calles son tan estrechas y tan pobres que no tienen eco. A uno le gustaría que los pasos no se quedaran para siempre sobre las piedras, porque este silencio coge los ruidos, los ahoga y entierra. Da miedo. Quizá morir sea un poco andar así.

\* \* \*

Hay que ver Tetuán de noche en el barrio moro y en su parte alta, donde las calles se empujan hasta convertirse en escaleras y donde, de pronto, se abre un mundo del hampa para turistas aburridos. Legionarios anchos de hombros y unas moras pintadas como cerámicas. La vigilancia pasa y se cuadra «A sus órdenes. No hay novedad». Me doy cuenta de que voy de uniforme.

\* \* \*

No creo que lo que se ofrece al turista no tenga encanto. Al contrario. Lo que un pueblo explota es siempre lo más pintoresco. Claro que lo pintoresco no es lo más interesante. Lo más interesante es lo humano. Pero lo humano

Impresiones de Tánger

## NOTAS DE UN ACTOR UNIVERSITARIO EN MARRUECOS

TETUAN Y LARACHE

LA VIDA MILITAR

EL TEATRO Y EL CINE

no tiene fronteras y no pertenece a ningún país.

\* \* \*

El Grupo de Regulares de Larache está en Alcazarquivir. Alcazarquivir está a 35 kilómetros de Larache y sólo a siete de la Aduana de Arbaua. Arbaua es la frontera occidental de las dos Zonas, española y francesa, en el Protectorado conjunto de Marruecos. La tierra en esta geografía es extraordinariamente fértil, y el paisaje, liso como la palma de la mano y suavemente ondulado en el horizonte, con algo femenino. Ahora, al abrirse el año, todavía hay rosas, y a veces, por la noche, un perfume vegetal llena la carretera. No hace frío, pero a uno le gustaría pasar calor para sentirse más en África. Si no vuelvo a Madrid moreno, me llevaré un disgusto.

\* \* \*

Desgraciadamente, ya estoy ambientado. Al principio, la chilaba era para mí una prenda misteriosa dentro de la cual podía ocultarse un Oteló marroquí o un casi Califa cordobés. Al principio, intentaba alcanzar de puntillas las ventanas de las mezquitas y escuchaba sus oraciones con una embriaguez soñadora, profundamente literaria. Al principio, mi máquina fotográfica componía bellas imágenes de niños harapientos junto a potros salvajes, y sorprendía la velocidad de los jinetes al correr la pólvora, parándolos para siempre en una instantánea. Ahora tengo un asistente moro europeizado que los domingos por la mañana hace fotos a sus hijos con mi máquina. Ahora conozco un grupo de chicas españolas que organizan excursiones en bicicleta y, alguna que otra vez, un baile, que no se realiza nunca. Ahora llevo mi chilaba con un marcado aire de húsar trasnochado. Ambientarse es, después de todo, aburrirse.



Adolfo Marsillach, autor de estas notas, con el uniforme de alférez de Regulares

Mi asistente tiene una enorme callosidad en la frente de tanto golpearla contra el suelo en sus oraciones. Es una callosidad hermosa, patética y casi lírica. Mi asistente se llama Mohamed, por la gracia de Alá.

Quando Mohamed habla de su mujer le brillan los ojos, y se adivina que si alguien intentara acercarse a ella lo mataría. Eso no impide que Mohamed sea un hombre práctico, y en las largas caminatas sea él quien monte en el burro y ella quien vaya detrás, a pie, con un niño en la espalda. Cuando uno contempla esta escena siente una terrible añoranza de la señorita rubia de piernas delgadas que toma con uno un «gin-fizz» en «Mensard». Pero cuando Mohamed dice, despacio, con gesto voluptuoso, que nadie conoce el sabor de la boca de Aixa, su mujer, uno quisiera añadir unos centímetros a la falda de la señorita rubia.

\* \* \*

Si usted, amigo mío, o usted, amiga mía, va alguna vez a Marruecos y, paseando por una calle,



Puesto de mando del cuartel del Grupo de Regulares Indígenas, número 4, de Larache

sorprende una algarabía de tambores y chirimías y se le ocurre volver la cabeza, es muy probable que vea un largo cortejo frenético alrededor de una especie de carroza, en el interior de la cual, casi asfixiada, va una dulce novia. El ruido es tan agudo y excitante, que no se comprende cómo la novia no se muere o cómo el novio no mata a puñaladas a sus invitados.

\* \* \*

Teóricamente, el novio no conoce el rostro de la novia hasta el día de las nupcias. Prácticamente, se hace alguna que otra trampa.

\* \* \*

Los grandes señores moros son estupendos señores feudales. Aún existen enormes latifundios bajo la férrea mano de un amo. La propiedad pequeña es escasa o, en todo caso, demasiado pequeña.

\* \* \*

El «bacha» (bajá), es un gobernador omnipotente. El dicta sentencia y recauda impuestos. Los coches americanos del «bacha» son envidiables.

El hijo del «bacha» se mató hace poco en un accidente en la carretera de Larache. El coche marchaba a 120. El hijo del «bacha» era un muchacho simpático y alegre, que vestía a la europea. Nuestra civilización es velocidad, y el pobre chico no pudo resistirlo. Le gustaba devorar kilómetros porque le parecía que esto le acercaba a nosotros, a nuestros whisks escoceses, a nuestras corbatas italianas de posguerra o a nuestras filosofías existencialistas. Si se hubiera quedado quieto, escribiendo el poemita a la palmera triste, ahora podría contemplar la luna y estos crepúsculos rojos de África, casi sangrientos.

\* \* \*

Cuando duermo una larga siesta en mi habitación, que da a un



Pabellón de la Sala de Banderas del cuartel de Larache

jardín, me siento perezosamente árabe y pienso en mi amigo el hijo del «bacha», muerto de un empacho de velocidad.

\* \* \*

Aquí el viernes es el domingo musulmán; el sábado, el domingo hebreo, y el domingo es claro, el domingo.

\* \* \*

En todas las ciudades moras hay un barrio especial para los hebreos. Se les reconoce porque van con las chicas más guapas de la población.

\* \* \*

Hace poco, en un cine de Alcazarquivir, se puso la película «Ivanhoe», y cuando, al final, los ojos verdes de Elisabeth Taylor ven con nostalgia cómo el guapísimo Robert se lleva a Jean Fontaine, un pequeño sector del público protestó por lo bajo.

No cabe duda de que los ojos verdes de Elisabeth Taylor son poco políticos.

\* \* \*

Si a mí me hubiese gustado una jovencita mora o hebrea, y la jovencita no me hubiese hecho caso, en vez de desesperarme o de averiguar su número de teléfono, tenía una solución mejor. Aquí hay misteriosos hechiceros que, previo un módico estipendio, se comprometen a enamorar para siempre a la desdichada. ¡Magnífica tierra en la que todavía tienen poder los bebedizos y en la que se pintan manos mágicas en las puertas para alejar el mal de ojo! Estas cosas separan ahora tanto de la era atómica que da gusto.

\* \* \*

Es curioso observar que cuando las características de las españolas, las moras y las hebreas parece separarlas más entre sí, viene el cine y borra todas las diferencias. Por las tardes los dos cines de Alcazarquivir se llenan hasta los topes, y el dueño del «bakelito», el bebedor de te y el oficial de Regulares depositan un duro en la taquilla para pagar su derecho a la ilusión.

\* \* \*

Durante siglos la humanidad ha

cuidado de que la imaginación no cayera en manos torpes. La literatura entonces era una exclusiva de las clases elevadas y aun cuando el teatro se hizo desde un principio popular y democrático, la nobleza tenía sus teatros particulares, en los que los aristócratas llegaban a veces hasta a prescindir de los cómicos.

Para el cine, en cambio, no existen clases y hasta la última trinchera de los precios altos en los cines de la Gran Vía no es más que teoría.

Cuando la película interesa afluyen al centro todos los barrios extremos de Madrid. Y es que a lo mejor el cine es gregario.

\* \* \*

Era divertido ver la cara de aquel moro durante la proyección de «Europa 1951» de Rosellini.

\* \* \*

Es difícil saber la edad de un moro. Con frecuencia tienen la ccquetería de ocultarla.

\* \* \*

En Regulares se llama grupo a un regimiento y tabor a un batallón. El uniforme es de color garbanzo con las estrellas bordadas sobre verde. La gorra tiene el plato rojo. Cuando hace frío llevamos una chilaba grisácea puramente mora.

Los días de gala, una especie de capa blanca contribuye a dar agilidad y belleza al uniforme.

Esto se llama «sulham».

\* \* \*

El coronel me recibió con mucha amabilidad y me desedó una feliz estancia bajo sus órdenes. Prometí hacer lo posible porque me estimara.

Es un hombre simpático, con ese no sé qué característico de los caballeros.

\* \* \*

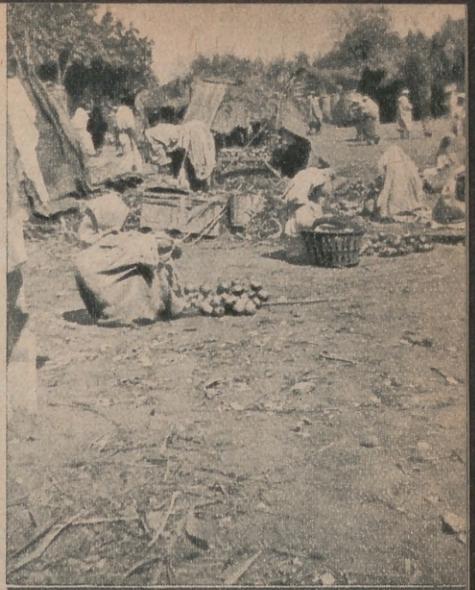
La vida militar sorprende al principio un poco. Levantarme a las ocho de la mañana, por ejemplo, sigue siendo para mí una sensación bastante nueva. Todos los oficiales solteros del Grupo vivimos en una residencia francamente acogedora. Es una forma de conocer a los demás. Cuando nos reunimos alrededor de la ra-



Una calle de Alcazarquivir



La vida sigue...



Un pintoresco zoco

do para charlar al grito de «¡pefiat!» se establece entre nosotros una corriente humana llena de comprensión. Hay oficiales muy simpáticos, y otros menos simpáticos, pero esto, no cabe duda, es un síntoma vital.

\*\*\*

A los tenientes de «la General» y a mis compañeros de Milicias Universitarias no les interesa el teatro. Cuando la juventud dice eso es porque algo le pasa al Teatro, no a la juventud.

Por lo menos esa es la reflexión más lógica. Y la más cómoda también.

\*\*\*

Me duele que para algún colega abogado que pasa conmigo estos seis meses de prácticas, un actor sea un individuo al que no se le debiera enterrar en sagrado.

\*\*\*

Cuando digo que he sido durante algún tiempo galán de los Teatros Nacionales nadie se inmuta. Cuando digo que he hecho cine todos se vuelven curiosos.

\*\*\*

No sé por qué hablo de teatro. Ahora queda algo lejos. Los únicos que me lo recuerdan son los moros. ¡Qué pueblo tan maravillosamente teatral!

\*\*\*

Larache es fácil de ver. Tiene un pomposo balcón sobre el Atlántico y una calle pequeña, pero abigarrada, que se llama: Chinguito.

Los niños de Larache hablan con un acento particularísimo, inimitable.

En un palacio algo triste viven los herederos de la Corona de Francia: los condes de París, duques de Guisa.

\*\*\*

Larache es una ciudad húmeda que, en verano, tiene mosquitos como elefantes.

\*\*\*

De cuando en cuando se puede

conseguir un permiso para ir a Tánger.

La Comandancia Militar de Ceuta es tajante y añade esta condición: «Para una sola vez y sin derecho a pernóctar».

\*\*\*

El ferrocarril Tánger-Fez para en Alcazarquivir media hora.

Tiempo más que suficiente para llegar a la estación, sacar mi billete e instalarme en un departamento.

He conocido a un tipo de Chicago que iba a Tánger y con el que no hubo forma de entenderse. Hablaba chino, ruso y japonés, pero no sabía una sola palabra francesa o española. Al final hablamos por señas.

\*\*\*

En Tánger estuvo hace poco Tennessee Williams, quien asegura muy serio que cuando se le habla a Greta Garbo de cine abre todas las ventanas para que la palabra obra circule.

\*\*\*

Otra nota de sociedad: pude conocer a «Mac, le fou», secretario, por lo visto, del príncipe Yusupof, el que acabó con Rasputín.

\*\*\*

También ha pasado una temporada en Tánger Truman Capote. Sí, no cabe duda, Tánger es una ciudad internacional.

\*\*\*

Lo de menos es el Acta de Algeciras. Tánger tiene encantos irresistibles. E internacionales.

\*\*\*

En Tánger puede usted comprar un traje inglés, unos zapatos franceses, una corbata italiana, un impermeable americano y un sombrero tirolés. Todo es cuestión de valentía.

\*\*\*

Mis amigos en Tánger son Emilio Sanz de Soto, un estudiante para diplomático, inteligentísimo, y Juan Estelrich—hijo del conocido escritor—con mucho talento también y el hombre que tiene el acento catalán más internacional del mundo. Es arrollador.

\*\*\*

Los moros de Alcazarquivir son partidarios del antiguo Sultán, Mohamed-ben-Yusef, y no recono-



Estampa mora con fondo de chumberas

cen al impuesto por los franceses, Mohamed-ben-Arafa Mi asistente, que sabe mucho de todo, dice que en las noches claras se puede ver a Mohamed-ben-Yusef sentado en los cuernos de la luna. Quizá cuando la luna esté llena, Mohamed V resbale suavemente por la redonda superficie y caiga en su palacio para ocupar de nuevo su puesto.

\*\*\*

Estas notas, que podrían ser interminables, no pretenden nada. Si tienen algún interés, será el que pongan ustedes. Gracias.

Adolfo MARSILLACH  
(Fotos del autor).



lar y de la participación de los obreros en los beneficios de la empresa. No han sabido comprender que hasta el interés material de sus negocios ganaba a la larga con aplicar generosamente las doctrinas sociales de la Iglesia.

Con frecuencia hemos oído a patronos lamentarse de que el obrero no rinde hoy en su trabajo como rendía antes. Nos lo explicamos perfectamente. Porque para poner en el trabajo el esfuerzo sin reserva de que el productor es capaz, solamente pueden mover a la voluntad dos estímulos: o la conciencia del cumplimiento del deber o la esperanza de un retribución mayor en proporción al esfuerzo que se desarrolle y la producción que se consiga. Hay que reconocer que por desgracia el primer estímulo falla en la mayor parte del elemento obrero, desde el momento que falla en su alma el sentimiento y la conciencia religiosa. ¿Por culpa de quién se ha llegado a esta situación? ¿No habrán sido responsables los que sordos a las enseñanzas de la Iglesia se desprecuparon además de la formación religiosa y moral de sus obreros como de cosa que no afectaba a su negocio, interesados solamente en obtener de ellos el mayor rendimiento en la producción?

Les podría quedar para su estudio el estímulo de una mayor retribución proporcional, participando razonablemente en los beneficios de la empresa, después de tener cubiertas sus necesidades imprescindibles con el salario familiar. Pero, ¿quién logra convencer de esto a la gran mayoría de los patronos, celosos de guardar ante todo el secreto de sus ganancias? Pues desde el momento que el obrero, seguro va de su colocación por la estabilidad que la Ley le concede, sabe que su salario es fijo, sin variación proporcionada a su trabajo, es explicable y lógico que se limite al esfuerzo mínimo para llenar lo que la Ley le exige como condición para no poder ser despedido.

¿Cómo hubiera variado el aspecto religioso, económico y social en el mundo del trabajo, si a tiempo, con resolución y generosidad, se hubiese implantado la doctrina de la Iglesia, cumpliendo los deberes de mutua justicia que señala para patronos y obreros. Porque es ahí, en el cumplimiento de los deberes, donde únicamente puede lograrse la armonía y la paz social; y eso es, los deberes, lo que principalmente debe enseñarse y predicarse a cada uno, ya que todos conocen y reclaman los derechos. Hoy más que nunca comprende que el signo característico de nuestra época es lo social en cuanto afecta al obrero y al trabajo. En esta apreciación coincide con el Estado español, y aprueba y aplaude las mejoras constantes que una acertada legislación social está llevando a cabo a favor de la clase trabajadora.

Por su parte se esfuerza por afrontar y resolver esos mismos problemas con un ardor y una decisión ejemplar, dentro de los escasos medios económicos que tiene a su alcance. No son sólo palabras, enseñanzas y exhortaciones, siempre necesarias en boca de los obispos; son hechos concretos y obras de carácter social realizadas por insignes prelados en los mismos aspectos que presentan más angustiosa urgencia.

Hay que reconocer que el contacto del sacerdote con el mundo del trabajo no ha sido todo lo personal, habitual e íntimo que debiera, y es preciso intensificarle con el espíritu y la misión sacerdotal que el sacerdote debe poner en todo su apostolado. Dirigiéndonos hace años a estos mismos asesores que nos visitaron mientras celebraban otra asamblea, les advertimos claramente que, si la orientación y asesoramiento desde las Delegaciones Provinciales de Sindicatos es importante, no recogerán el fruto práctico de su labor, si como sacerdotes no viven en contacto constante e individual con los obreros. Sólo así caerán ellos en la cuenta de que la Iglesia es y ha sido siempre su defensora más desinteresada, y que en sus programas de doctrina social con frecuencia se ha adelantado a sus reivindicaciones legítimas. Será éste el modo más eficaz de prepararles el camino del retorno a la verdad completa, que les puede satisfacer en todas sus aspiraciones, que no es sólo la verdad social, sino la verdad religiosa, la cual, resolviéndonos con los del cuerpo y de la vida los problemas del espíritu y de la eternidad, nos aquietará en Dios.

+ EDUARDO, obispo de Zamora.

## ¿CLASES SOCIALES? FASES SOCIALES

Voy a llamarte Eugenio, para llamarte con un nombre que no es el que te pusieron en la pila. Pero añadiré que cualquier parecido entre lo que voy a decir de ti y lo que le pasa a cualquier persona, viva o muerta, de este tiempo, probablemente no será una pura coincidencia.

Te conocí, ¿recuerdas?, cuando teníamos ocho o diez años. Tú eras hijo del gañán del marqués de M... Solas alternar con tu padre en el cuidado de las vacas y alternar conmigo ayudando a misa en la parroquia rural. Creo que aprendiste los latines de monaguillo antes de aprender a leer. Como se te daba tan bien lo clásico, tu padre te confió a los capuchinos, y llegaste a estar un par de temporadas en el convento de no sé dónde. Entonces empezaste a jugar al fútbol. Hiciste de voluntario la guerra, mintiendo la edad, porque si hubieras dicho la que tenías no te habrían admitido. ¿Recuerdas cómo un par de meses después de la Victoria viniste a preguntarme lo que tenías que hacer para irte al Japón a luchar contra los chinos? A falta de eso, y como Madrid te tiraba, te colocaste aquí de listero, empezaste Magisterio y te hiciste árbitro de fútbol. De no sé qué partido en no sé qué sitio regresaste con un ojo hinchado y en tratos con un señor que se dedicaba a la venta de carburadores. División Azul. En Alemania aumentas tus conocimientos mecánicos. Hace seis años montaste en Madrid un tallerito de reparación de motocicletas. Dos años después, cuando volví a verte eras dueño de un garaje aquí y socio de unos talleres de recauchutado en Valencia y en Zaragoza; tenías escritas dos comedias y una novela; pensabas marcharte a los Estados Unidos para ver lo que se puede hacer en eso de las máquinas lavarrropas y de las instalaciones para aire acondicionado.

Recibo ahora tu carta desde Filadelfia contándome la bronca que tuviste con Hemingway y todo lo demás, incluso tu negocio de suministro de prótesis a la mayor clínica dental de Norteamérica.

¿A qué clase social perteneces tú, Eugenio? ¿A cuál pertenecerá tu chico cuando sea grande?

Hace unos días me contaban que el hijo del marqués de M... está encamado en un sanatorio de la Lucha Antituberculosa. Hizo no sé qué y estuvieron a punto de expulsarle; pero se han quedado con él pensando, entre otras cosas, que para lo que va a durar... Ya sabes que se casó con una de las criadas, y ahora es ella quien le mantiene con lo que le saca a una tienda de «tricot» que tiene cerca de la glorieta de Bilbao.

Unos para arriba, otros para abajo... Siempre ha sido así, ¿verdad?

Pues no. Siempre no ha sido así. En otro tiempo tú, hijo de gañán, habrías sido gañán y no habrías salido del espacio que limitan en el barro las pisadas profundas de las vacas. Tenía que venir el fútbol y la guerra, y la escasez de neumáticos. Tenía que irse aquella «normalidad» de los ricos ricos y los pobres pobres, porque así es el mundo.

¿No recuerdas tú aquella cantilena de las «clases»? Lo deseable era que a todo el mundo le fuese bien, pero, claro es, cada uno dentro de su clase. ¿En qué cabeza cabía que el labradorcillo tomara café en el café, como si fuera un señorito? ¿Que el obrero no llevara blusa? ¿Que el empleado diese la mano al señor?

Tú has sido gañán, monaguillo, fraile en ciernes, soldado, árbitro de fútbol, artesano, escritor, industrial y propietario. Pensando en ti y en muchos me doy cuenta de en qué medida las «fases sociales» pueden sustituir a las antiguas «clases sociales». Porque tú, joven aún, puedes pasar todavía por fases más altas y por fases más bajas, por las fases extremas y por las fases medias. Hace treinta años se habría dicho de ti, con un desprecio cerrado y absurdo, que eras un «parvenu», un advenedizo. El mundo hoy es de los advenedizos, gracias al Señor.

Pero esto, tú lo sabes bien, no lo entendían de ninguna manera aquellos padres nuestros, tan llenos de sensatas palabras, para los cuales Dios mismo tenía dispuesto que sus hijos se quedaran devotamente metidos «cada uno en su clase».

Luis PONCE DE LEON

# LO RELIGIOSO Y LO SOCIAL

HACE poco se celebró una interesante conversación nacional organizada por la Asesoría Eclesiástica de Sindicatos, en la que han intervenido asesores de todas las regiones de España. Naturalmente, para poder conversar con fundamento y contrastar hechos e informes, de donde deducir conclusiones orientadoras, les han precedido numerosas encuestas entre millares de obreros, que han podido expresar su opinión con la más absoluta libertad. Tratándose de asesores eclesiológicos, los puntos estudiados lo han sido principalmente con miras al apostolado, que constituye toda la razón de ser de su misión entre los medios laborales.

Sin embargo, no debe entenderse esto con criterio tan estrecho que se estime solamente de su incumbencia lo estrictamente espiritual, religioso y moral. Porque es sabido que en el fondo de los mismos problemas sociales y aun económicos late como fundamento o como norma de su acertada resolución un verdadero problema de conciencia. Por eso, junto a temas de Religión y Moral en el mundo obrero, han tratado también los referentes a la situación económica y social de la masa trabajadora, analizándolos principalmente en cuanto a los puntos en que se revela con mayor urgencia y gravedad, como son los del salario y los de la vivienda.

A nadie debe extrañar. De siempre, desde su mismo origen, ha sentido la Iglesia predilección y ha prodigado cuidados más solícitos a los más desheredados del mundo. Si Jesucristo dió como señal de su misión redentora *«la evangelización de los pobres»*, los Apóstoles y sus sucesores no desdijeron esta preciada herencia que les legó su divino Maestro. Lo mismo en el pueblo judío que en el gentil las primitivas comunidades cristianas estaban integradas casi exclusivamente por miembros de las categorías sociales más modestas.

Ante nuestros ojos pone la narración del capítulo sexto de los Hechos Apostólicos a los Apóstoles, sirviendo personalmente a los pobres, y creando los primeros diáconos para atender permanentemente ese ministerio. Y San Pablo, como vemos en sus cartas, convirtió en costumbre durante sus viajes apostólicos, hacer colectas entre los fieles de las Iglesias étnico-cristianas, para socorrer a los pobres de las palestinas y en especial de la jerosolimitana. Religión de esclavos llamaban al cristianismo, y como a tal la despreciaban los poderosos, no-

Por **EDUARDO**  
Obispo de Zamora

bles y ricos de Roma y de su imperio, porque esclavos y gente humilde era casi siempre la que recibía la palabra de Dios. Y es que, aparte de su eficacia sobrenatural, el pueblo, los oprimidos, la masa veía en la doctrina y en la práctica de la justicia y de la caridad de la Iglesia el camino de su redención. Por eso durante muchos siglos esa masa trabajadora y proletaria se cobijó al amparo de la Iglesia, que la fué gradualmente elevando de condición social, en una lucha tenaz contra todos los egoísmos personales y sociales de los privilegiados, hasta crear el ambiente cristiano de la dignificación humana.

A pesar de todos sus esfuerzos desplegados mediante las únicas armas que puede manejar, la predicación y enseñanza multiforme, la dirección de las conciencias y su influencia por todos los medios en el ambiente colectivo, al chocar con la resistencia de los que temían perder algo de su posición de privilegio, no ha logrado una evolución al ritmo que requería la transformación de la sociedad, y se ha encontrado con el hecho doloroso y funesto de la apostasía de las masas. Doctrinas deslumbrantes basadas en el materialismo y la irreligiosidad, el socialismo y el comunismo con sus teorías y principios, halagando engañosamente las pasiones con promesas de una solución rápida y total, han llevado a la clase obrera a un estado de alejamiento y aun de hostilidad en algunos casos con relación a la Iglesia. No voy a analizar otras causas complejas de este fenómeno, certeramente señaladas en las conclusiones de los asesores.

Y no es que la Iglesia se haya cruzado de brazos en ningún momento. Atenta siempre a captar los más actuales y urgentes necesidades de cada tiempo, se ha adelantado a proponer los más eficaces remedios, y en este punto, la verdadera doctrina social, en las luminosas Encíclicas de los Romanos Pontífices y en las Instrucciones Pastorales de los prelados. Pero aquellos a quienes principalmente afectaba su cumplimiento no han querido oír, y hasta se irritaban cuando les hablaba del salario fami-



## CALMANTE VITAMINADO

Quita el dolor  
y Tonifica los nervios



REMEDIO EFICAZ  
CONTRA DOLÓRES  
NERVIOSOS,  
DE CABEZA,  
REUMATICOS,  
CATARROS, GRIPE,  
ETC.

LABORATORIOS  
PEREZ GIMENEZ  
AGUILAR DE LA FRONTERA  
(CORDOBA)

PRECIOS	
UNA TABLETA ...	0,75
CAJA DE DOS ...	1,50
TUBO.....	8,90

C.S. 12 898

# GÓMEZ DE LA S

## CUMPLE SU BODAS DE ORO DE ESCRITOR

ABRE LAS PUERTAS DE SU INTIMIDAD  
PARA LOS LECTORES DE "EL ESPAÑOL"

Ramón, que no sólo dibuja, sino que pinta, acaba de hacerse un autorretrato, que se ve colgado entre la algarabía de grabados que empañan las paredes de su cuarto

EN el sexto piso de la casa número 1.974 de la calle Hipólito Yrigoyen de Buenos Aires puede verse una pequeña chapa de cinc rudamente troquelada, que dice: «Ramón Gómez de la Serna, escritor.» Detrás de aquella puerta, que raramente suele abrirse para los extraños, está la intimidad del hogar del más famoso y universalmente conocido de los escritores españoles contemporáneos: el autor de las Greguerías, que ha escrito ciento y pico de libros y miles y miles de artículos y que trabajando ocho y diez horas diarias, como un jornalero del cerebro, continúa, después de cincuenta años de haber publicado su primer libro, ganándose la vida limpiamente, honradamente, pero también difícilmente, con el sudor de su pluma.

Sí; las plumas tienen que sudar hoy más que las frentes. Más que los brazos, más que los torsos de los demás trabajadores sí ha de vivirse íntegramente de ellas. Si alguien se había hecho la ilusión de que el oficio de escritor es buen negocio (escritor puro, sin aldeaños, se entiende) ahí tiene para desmentirlo el caso de este Ramón impar.

La vieja amistad que con él mantenemos nos hizo la excepción de abrirnos las puertas de su intimidad tan celosamente defendida desde hace tiempo, porque puede decirse de Ramón que es un escritor en clausura. Pero eran para EL ESPAÑOL estas impresiones, y el autor de «Pombo» comienza a hablar, al saberlo, sin demasiada necesidad de la ortopedia del diálogo fingido del que el periodista suele valerse para «armar» la entrevista. Y Ramón nos cuenta:

—Sí; cincuenta años desde la publicación de mi primer libro titulado «Entrando en fuego». Desde Madrid yo enviaba artículos a «El Adelantado de Segovia», que era el único diario que me los admitía en aquel tiempo, y un día, cuando ya había publicado bastantes, el director de aquel diario se prestó a hacerme el primer libro. Así, en vísperas de Navidad de aquel año, llegó a mi casa un gran cajón que primero nos pareció un regalo navideño, pero que al abrirlo mostró toda la edición del libro. Aquella España de 1904 era una de esas Españas pacíficas que a veces aparecían—olvidada de los del 98 que mucho más tarde surgían trascendentalizados—una España en que triunfaba el género chico en el teatro y en la vida, rica en agua, azucarillos y aguardiente. Pero la ilusión literaria no se achicaba—no se achicará nunca—y salí a repartir mi libro a los libreros que no querían quedarse con él ni en comisión. Recuerdo que uno que estaba estable-



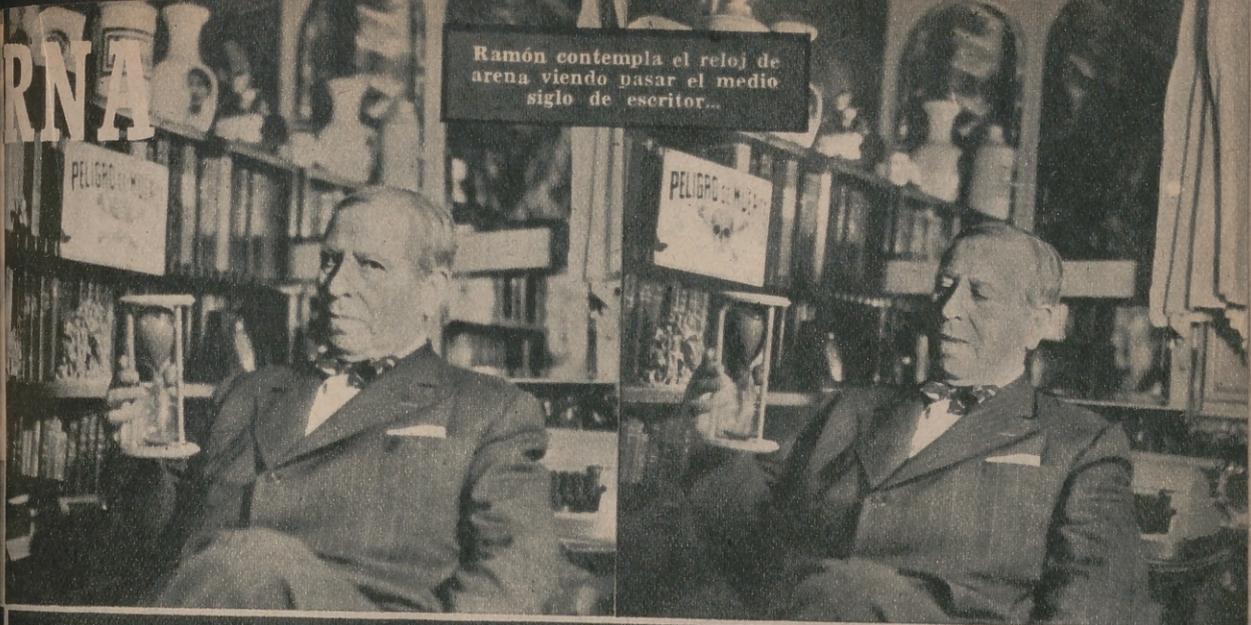
Ramón y Luisita, su esposa, el día de las bodas de oro del escritor, posa especialmente para EL ESPAÑOL

cido en el edificio de la Equitativa, en la calle de Alcalá, me dijo: «No le extrañe volverse a llevar los mismos ejemplares que trae. A Blasco Ibáñez le sucedió eso con sus primeros libros.» Y, en efecto, tanto de esa librería como de otras me llevé el mismo número de ejemplares que había entregado, y hasta a veces dos o tres más, como si hubiesen proliferado en el sótano. Lo curioso es que estoy como hace cincuenta años, si bien con más público, pero sin saber cómo va a salir mi posúltima obra. Por eso ha sido para mí un gran consuelo esa iniciativa que ha tenido Antonio López Llausás, director de la Editorial Sudamericana, concitando a todos los que fueron mis editores para publicar un libro de gran tamaño titulado «Total de greguerías» y en el que irán todas las que publiqué a través de los años y que irá ilustrado por mí. ¡Buenas bodas de oro!

—¿Entra usted con buena suerte en su segundo medio siglo de producción literaria?

—La Providencia me protege y, sin aviso previo, me va salvando en los peores momentos... Un cable, una carta que entra por debajo de

Ramón contempla el reloj de arena viendo pasar el medio siglo de escritor...



## RAMON ES EL LATIDO MAS LEJANO Y MAS SINCERO QUE ESPAÑA TIENE FUERA DE SUS FRONTERAS

la puerta, la iniciativa de un buen amigo, un golpe de teléfono, pues aunque mi teléfono no está en la guía, Ella sabe mi número.

—¿Y España...?

—Aquí veo como en ningún sitio la perspectiva de España... Aquí hay una ciudad europea que ha nacido lejos de Europa y habla español y conserva pura el alma española... No me atisgan los compromisos. Tengo las mejores revistas del mundo, incluidas las de aquí, que son también muy buenas, y me paseo por esta gran ciudad sintiendo las olas humanas y el estímulo de los escaparates que son iluminada civilización. Mi única fortuna es la soledad para crear mis artículos y mis obras, en una casa en que no suena el timbre más que cuando traen pruebas o vienen por más cuartillas. Esa es mi única fortuna que puede parecer negativa, pero que es positiva porque es el poderse mantener en forma el escritor. Es mi riqueza por que me sirve para no estar despistado y seguir la lenta declaración de la idea... No importa que la aislar sea pobreza.

—¿Debe, entonces, el escritor vivir aislado?

—No creo que este camino sea o deba ser el camino de todos, ni de muchos... Es un camino personal para el innovador que no puede distraerse con nada y que necesita un yoguismo especial, sobre todo para encontrar el matiz de la greguería. Me apena, pero mi integridad está en el no ir, en el no estar, para permanecer incólume, integérrimo, incorruptible. Claro que tengo el abismo por delante y lo que yo llamo ley Salaverría, porque el malogrado escritor una vez me dijo que «cuando llega una colaboración muere otra», y eso se verifica implacablemente y quizá para suerte del escritor que si quisiera atender a todas quedaría exhausto y muerto. Demasiada gloria y poco dinero, esa es la suerte del verdadero escritor, no intrigante y no sectario, cuando llega su vejez...

..... Luisita Sofovich, la excelente escritora que consagró su vida al esposo y maestro acurrucándose a su lado para que él brille y triunfe, para que nadie le estorbe, celando la soledad y el espléndido aislamiento de su torre de marfil, no nos oculta su emoción en estas fechas que para un escritor son tan profundamente emotivas.

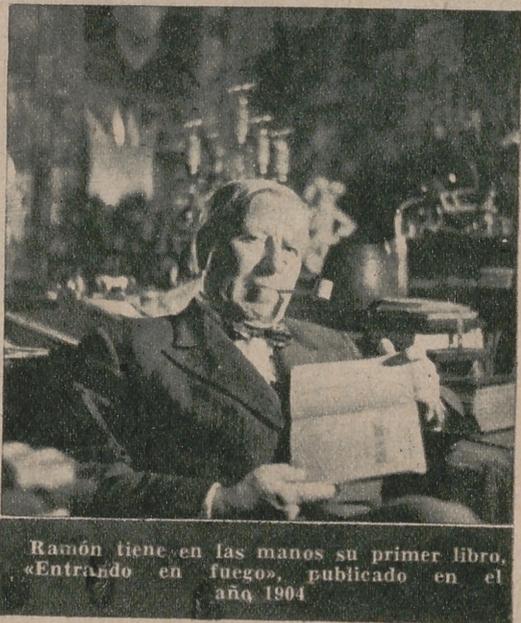
Se le humedecen los ojos y nos habla de Ramón, de su bondad, de su optimismo ante la vida, pese a las malas rachas, y nos dice cuán

sensible es para las pruebas de que los amigos no le olvidan.

Ramón considera providencial su colaboración en el periódico del Movimiento. Lo ha dicho en su «Automoribundia». Y la sigue considerando porque se enorgullece en escribir en el periódico políticamente más definido de toda España. No es Ramón escritor de meandros y encrucijadas. Cree en España y en su Caudillo, y proclamarlo a los cuatro vientos desde su atalaya de la calle Bernardo de Yrigoyen le ha costado represalias en varios periódicos del Continente. Porque cuando parece que ya no es de buen tono hacer pública profesión de fe política, Ramón sigue proclamando la suya. Y sigue al día la vida española a través de los periódicos, de las revistas, escuchando todas las noches a Radio Nacional de España, de la que es el primer radioescucha de América. Porque Ramón es, en definitiva, el latido más lejano y más sincero que España tiene fuera de sus fronteras.

José Ignacio RAMOS

Buenos Aires, febrero de 1954.



Ramón tiene en las manos su primer libro, «Entrando en fuego», publicado en el año 1904

BARCELONA TIENE TAMBIEN  
SU

# CIUDAD DE LOS MUCHACHOS

Una institución benéfica del  
Ayuntamiento barcelonés

Tiene ciento cincuenta habitan-  
tes y un alcalde menor de edad  
Una curiosa organización muni-  
cipal.-La suculenta comida

Se respetan las iniciativas personales

Funciona desde hace tres años  
con los mejores resultados



Calle de acceso a los pabellones de clases. La vegetación, muy variada, es el esencial ornamento de la Ciudad



—Porque hoy es jueves y como hemos tenido misa hacemos fiesta.

Estoy en la plaza de la Ciudad. Un gigantesco pino señorea la explanada. Giro la vista en torno y observo su irregular geometría. Un edificio de notables dimensiones, maciza obra de piedra barroqueña, que con el nombre de Casa Puig pertenecía a la sección de Fomento de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona, hasta que hace unos seis años pasó a Beneficencia. Aquella denominación está ya en segundo plano, desde que en la esquina derecha de su fachada hay una lápida rectangular de mármol blanco con la siguiente inscripción: «Plaza de la Ciudad». Al mismo nivel de este edificio se encuentra la capilla. Luego hay que dirigirse por un itinerario de calles en escalera para tener acceso a dos pabellones nuevos y a otro cuya fachada están ahora luciendo los albañiles. En total, una ciudad con cinco edificios.

Inició la visita. En la puerta del pabellón principal me presento al inspector de Beneficencia don Juan María Trabal Canals; a don Sebastián Vives Oller, administrador de la Ciudad, y a don Francisco Sendra, que tiene el cargo de educador y que en estos días se encuentra en funciones de director accidental. Ellos me acompañan y van alternando en el diálogo.

CUANDO el padre Flanagan puso en Norteamérica la primera piedra de una ciudad de los muchachos creó una nueva institución de beneficencia que habría de revolucionar los antiguos métodos pedagógicos de los asilos y reformatorios de menores.

Barcelona tiene también su Ciudad de los Muchachos. No la busquéis en un plano de Barcelona, ni siquiera en una guía de turismo; pero si tenis coche o subís por el funicular al Tibidabo, os recomiendo un paseo a esta recóndita ciudad.

## MEDIO JUEVES FIESTA

Cerca de la ermita de San Medin, entre la carretera de la Rabassada y San Cugat hay, detrás del Tibidabo, un monte con fron-

Esta es la Plaza de la Ciudad de los Muchachos, de Barcelona, habilitada por las circunstancias del momento en campo de fútbol

dosa umbría de pinos y golosa vegetación. Desde su cima arranca una carretera que, disimulando la pendiente, baja serpenteando en una longitud de dos kilómetros y medio hasta la Ciudad.

Es un jueves por la mañana y este Municipio guarda fiesta. Mi llegada levanta en sus ciudadanos un acento de admiración que pronto se convierte en afectivo saludo. Me rodean y observan con respetuosa complacencia. Son muchachos de unos ocho a dieciséis años. Me dirijo al más pequeño:

—¿Por qué estáis jugando?



La tristeza se ha desplazado de la ciudad de los niños a la de los hombres, empujada por la risa de los muchachos

### UNA CIUDAD PARA CIENTO CINCUENTA MUCHACHOS

La idea de esta Ciudad se debe al concejal ponente de Beneficencia y teniente alcalde del Ayuntamiento de Barcelona señor don Alfredo de Casanova, que la concibió como base de capacitación para que los muchachos internados aquí estudien o, después de cumplir los dieciséis años pasen al aprendizaje de un oficio en la Colonia Industrial de Nuestra Señora de Port, dependiente también de la Beneficencia de Barcelona.

—¿Cuándo se inauguró la Ciudad?

—Hace tres años.

—¿Cuántos muchachos hay?

—Ciento cincuenta.

(Salimos a la plaza para dirigirnos a los pabellones de clases.)

—¿Su programa de vida?

—Alternan, con el descanso y la comida, los ejercicios de piedad, el estudio y los juegos.

—¿Y la disciplina?

—Es suave al mismo tiempo que ordenada, y ellos mismos se encargan de la vigilancia de su cumplimiento. Nosotros—dice el señor Sendra—, como educadores, velamos desde fuera.

—¿Cuántos educadores son?

—Dos.

### UN ALCALDE MENOR DE EDAD

Nos paramos ante un grupo de muchachos.

—Aquí tiene usted al alcalde de la Ciudad.

El aludido me tiende su mano para besar la mía. Su nombre es Sebastián Triás; su edad, dieciséis años, y está estudiando la carrera de Comercio, con la que aspira ser en breve perito mercantil. Su aspecto no tiene el aire burgués de un funcionario público de su categoría. Hay en su cara rasgos de ingenuidad mezclados con una aparente conciencia de su autoridad, y todavía no se afeita, aunque piensa hacerlo pronto. Es un detalle que no tienen todos los alcaldes con mando en plaza.

—Ser alcalde, ¿es un cargo o un honor?

—Para mí es un honor.

(Más que comerciante resulta diplomático el muchacho.)

—¿Cuáles son tus funciones?

(El respetable público de ciudadanos escucha silencioso las declaraciones de su primera autoridad.)

—Vigilar por la disciplina.

—¿Impones muchos castigos?

—No, porque todos se portan bien.

(Feliz alcalde.)

—Y cuando castigas, ¿qué sanción impones?

—Si alguno charla en el comedor, cuando debemos comer en silencio, lo mando al pino.

(Y me señala al pino frondoso que hay en la plaza.)

—¿Cuáles son tus horas de despacho?

—Todas.

(Buen horario.)

—¿Dónde recibes?

—En todas partes.

(Buena oficina.)

—¿Quiénes te eligieron?

—Los muchachos.

(Buen sistema.)

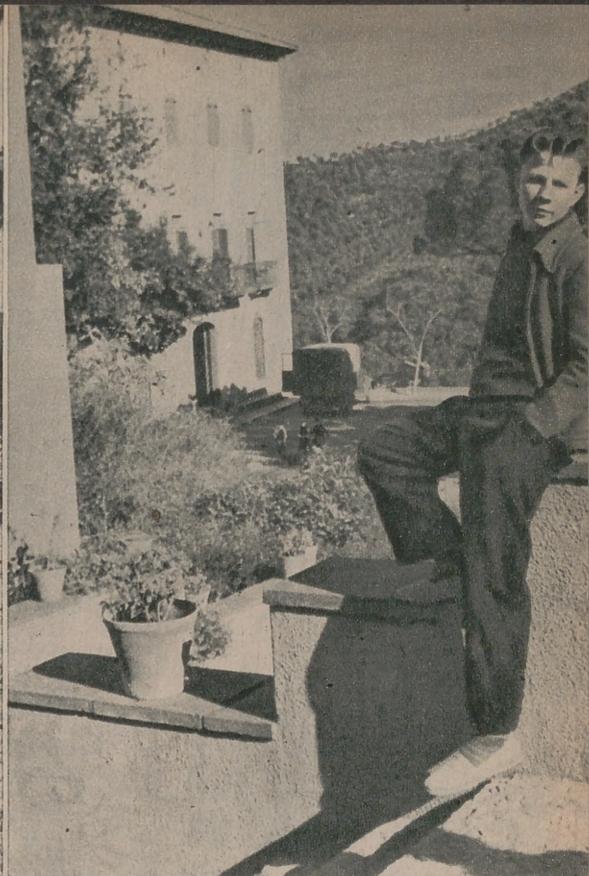
—¿Hubo soborno?

—No.

(Me lo creo.)

—Proseguimos la marcha.

—¿Es esto un asilo?



Sebastián Triás, todo un alcalde que vive su gesto de responsabilidad. Al fondo, la fachada del edificio principal

—Nada de eso. Hemos procurado limar en esta institución las asperezas propias de un asilo a cambio de dar a los chicos un margen amplio de libertad haciéndoles valer conscientemente la responsabilidad de sus actos. De este modo ellos mismos viven y vigilan sus derechos y obligaciones. Aquí se respetan las iniciativas personales y se encauzan sus preocupaciones. Todos los chicos viven muy unidos y la organización de la Ciudad permite con sus distintos cargos que ellos se vayan creando una personalidad. Así, por ejemplo, para el cumplimiento de la disciplina hay entre ellos unos agentes de servicio a disposición del delegado de orden y para los casos extraordinarios de su infracción hay un tribunal con su juez, fiscal y abogados.

—¿En estos casos ellos solos hacen el juicio?

—Asiste también el padre director o asesor religioso de la institución, que es el padre José María Savall, S. J.; pero su presencia es solamente orientadora y contribuye a reforzar la autoridad de la sentencia. Ellos son quienes deciden. Pero, gracias a Dios, creo que una sola vez se ha reunido el Juzgado.

Hemos llegado ya a la entrada de un pabellón de clases. En ella hay un armario con estantería, que sirve de biblioteca pública. Los libros son todos de estudio o de lecturas formativas. En el tejuelo de uno leo: «Cómo ganar amigos».

—¿Qué libros de entretenimiento leen con preferencia?

—A los mayores se les da el

terés general hasta que cumplan la edad de ingresar en la Colonia Industrial de Nuestra Señora de Port.

Aquí hay una pausa de transición y me preguntan:

—¿Quiere visitar el salón de actos? Estamos todavía de obras y esperamos que para abril esté concluido.

#### UN PERRO QUE SE LLAMA «TONI»

Al dirigirnos hacia él nos encontramos con Fernando Herrero, que tiene en sus brazos a «Toni», un perrito blanquinegro de su propiedad particular. Su presencia me sugiere la escena de Mickey Rooney con su fidelísimo can en la película norteamericana «La Ciudad de los Muchachos».

El teatro es un pabellón con planta baja y un piso. La primera está destinada a teatro y salón de proyecciones. Su capacidad es para doscientas cincuenta personas. Tiene foso de orquesta, un amplio escenario y cómodos camerinos. En el piso superior se está construyendo la residencia de profesores, que constará de nueve confortables habitaciones.

—Los muchachos tienen distribuido: los domingos de cada mes para recibir, alternativamente, visitas o asistir a proyecciones de cine.

(Ahora nos dirigimos a la capilla.)

—¿Son piadosos los muchachos?

—Es muy confortador ver con cuánta frecuencia se acercan al confesonario y a comulgar. Además, el índice de su piedad se manifiesta especialmente en las visitas particulares al Santísimo que realizan durante los recreos por iniciativa personal.

La capilla, de estilo románico-catalán, de líneas sobrias y modernas, acusa su reciente construcción. Los pintores andan todavía en sus funciones decorativas. La estancia es suficientemente amplia y acogedora, mientras diez radiadores eléctricos garantizan una temperatura agradable. Detrás del altar, donde se encuentra el pequeño sagrario, y poco más elevada que éste preside en trono de oro la Virgen de la Merced, bellísima escultura de

talla de Alfonso Pérez Fábregas. Sólo nos queda ya el edificio principal.

#### EL ESPAÑOL Y EL BARCELONA, EN FUTBOLIN

En la planta baja hay, a mano derecha, un pequeño salón de recreación, donde sorprendemos la espontánea algarabía de unos muchachos que juegan con un futbolín. Los futbolistas representan en sus camisetas los equipos de la Ciudad Condal: el Español y el Barcelona. Cuando me acerco está ganando el Barcelona, pero hay que tener en cuenta, me dicen los chicos, que el Español tiene a su defensa lateral derecho en reparación. Los espectadores comparten su afición por uno y otro equipo y hay también desinteresados admiradores del Atlético de Bilbao y del Sevilla.

Antes de visitar el comedor y la cocina pasamos a la despensa. Es un espacioso recinto con cámara frigorífica (aquí no hay radiadores eléctricos) y un abundante y suculento surtido de legumbres, frutas, embutidos y salazones, y hasta el detalle de una jaula con periquitos.

El comedor está ya dispuesto. Largas mesas sobre las que están los cubiertos, platos de aluminio con ensalada de lechuga y tres naranjas mandarinas para el postre.

—¿Comen bien?

—Se les da cuanto necesitan. Vamos a la cocina y podrá ver la comida que les servirán hoy.

El recinto está saturado de un denso olor de ollas humeantes. Y al tiempo que compruebo la abundante alimentación el inspector de Beneficiencia realiza sus funciones de inspección. Los muchachos comerán hoy arroz con bacalao y estofado de alubias; los profesores y obreros, guiso de patatas con carne y filetes de ternera a la planta.

En el piso superior se encuentran los dormitorios de los muchachos; una sala donde el doctor Fernando Cervantes tiene consulta diaria al servicio de la Ciudad, y el despacho del director con una nutrida biblioteca de obras sobre pedagogía, psicología, psicoanálisis, carpetas de tests, el fichero de orden comático, donde consta la constitución



Hinchar un balón ha sido para estos «muchachos» tarea más fácil que conseguir asomarse todos al ojo de la Leica

libro de Cuyás «Hace falta un muchacho». Los otros, como son más niños, leen novelas educativas.

Penetro en una clase. Por dos grandes ventanales entra la luz. El mobiliario escolar es cómodo y de factura moderna.

—Observe—me dicen—que en todas las dependencias hay calefacción eléctrica.

—¿Quiénes son los profesores?

—De religión, los padres jesuitas de San Cugat, que vienen todos los jueves y domingos, y de las demás asignaturas, diez estudiantes universitarios de las Facultades de Derecho y Ciencias, que tienen hospedaje gratuito en la Ciudad a cuenta de sus tareas docentes.

—¿Qué estudios realizan?

—De los ciento cincuenta hay dieciocho que estudian Bachillerato, un grupo que se prepara para profesión de practicantes y otro que estudia Comercio. Los demás cursan asignaturas de in-



Este fútbolín es el juego preferido por los niños de la Ciudad de los Muchachos barcelonesa



«Toni», el perrito, no tiene miedo a la sonrisa de este muchacho

morfológica de cada muchacho y los gráficos de aprovechamiento moral e intelectual que todos los meses se hacen.

—¿Qué se necesita para el ingreso?

—Los admite el Ayuntamiento de Barcelona y aquí se somete a los presentados a un examen de ingreso a base de preguntas fáciles e ingeniosas e inspección de algún test experimental moderno. Luego, en la ficha provisional de ingreso se hace constar lo siguiente: apellidos, nombre, naturaleza, fecha de nacimiento, peso, talla, padres, otros familiares, historia clínica, colegios donde ha estado, clase actual, morfología constitucional según el sistema Sheldon, temperamento, carácter, memoria, inteligencia, afectividad, voluntad, aplicación, conducta y juego.

#### UNA CURIOSA ORGANIZACIÓN MUNICIPAL

La Ciudad tiene un reglamento aprobado por la Comisión Municipal Permanente del Ayuntamiento de Barcelona. Los elementos directivos son: el alcalde, los delegados y los subdelegados. El alcalde ejerce sus funciones durante un año y puede ser reelegido. Los puntos fundamentales de su gestión consisten en ser representante de la Ciudad, presidente de todas las Comisiones y enlace con la Dirección. El alcalde, en Junta con los delegados, constituye la Comisión Permanente, que deberá reunirse cada quince días; reunido con los delegados y subdelegados forma el Pleno, que deberá convocarse con la frecuencia mínima de un mes. Siempre que sea preciso, el alcalde convocará sesión extraordinaria de Permanente. Los delegados son los agentes directivos de orden público, deportes, higiene, cultura y asuntos generales.

—¿Los muchachos tienen alguna tara social, antecedentes penales o anormales instintos?

—Nada de eso. Son huérfanos o chicos en cuyas familias hay problemas morales o económicos. Y aquí no se les llama asilados, sino acogidos, con la particularidad de que tienen amplia libertad para marcharse cuando ellos quieran. Pero el hecho es que ninguno quiere irse. Y los que ya salieron, botados al mundo para ganarse honradamente su pan, añoran la Ciudad.

Tal es la fisonomía de esta institución benéfica del Ayuntamiento de Barcelona, donde ciento cincuenta muchachos juegan en serio a ser mayores y se divierten como niños.

A la hora de partir, los muchachos comen y, por ser jueves, charlan en confuso rumor de voces y carcajadas. Hoy el alcalde no mandará a nadie al pino.

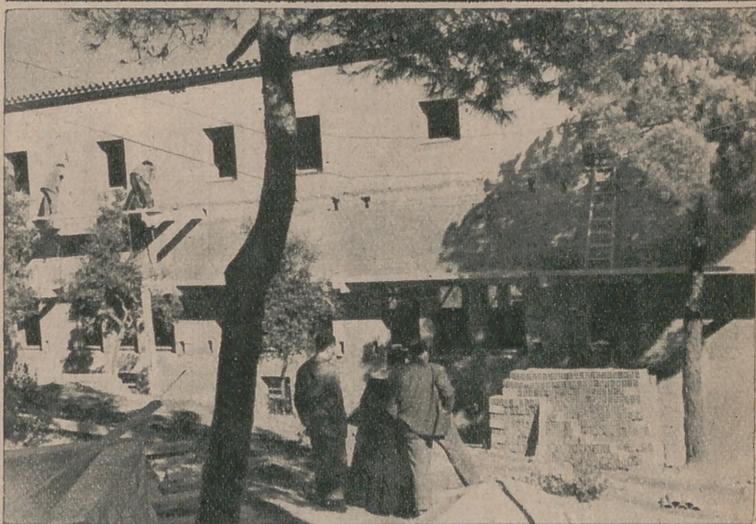
Cuando salgo a la plaza un muchacho deshoja con su armónica una desmayada melodía sentimental. ¿Un «Claro de luna»? No; aquí brilla el sol.

#### UN EPILOGO FORZOSO

Se impone la cortesía, y a las seis de la tarde estoy en el despacho que el concejal ponente de Beneficencia, don Alfredo de Ca-



«Dos muchachos» contemplan el bosque soleado desde la sombra acogedora de un pórtico



«Este es el nuevo pabellón donde estará el salón de cine y la residencia de profesores»

sanova, tiene en la calle Diputación.

—¿Cuántos años lleva de concejal en la sección de Beneficencia?

—Cinco y un poco más.

—¿Cuál ha sido su mejor obra?

—La creación de la Ciudad de los Muchachos. En ella he puesto todo mi esfuerzo y mi mayor ilusión.

—¿Qué había antes allí?

—Sólo estaba el edificio principal con el nombre de Refugio de Niños Mendigos, donde había alojado un grupo de muchachos en calidad de asilados.

—¿No le gustó esta denominación?

—En absoluto, y quise hacer un ensayo de la obra creada por el padre Flanagan adaptándola a nuestra psicología.

—¿Dónde buscó la información?

—Escribí a distintas Ciudades de los Muchachos de Estados Unidos y me contestaron dándome toda clase de informes.

—¿Encontró apoyo en el Ayuntamiento?

—Me costó hallar colaboradores, pero poco a poco la idea se fué ganando admiradores y la comprensión se convirtió en generoso apoyo.

—¿Ampliarán su capacidad?

—No conviene tener más de ciento cincuenta plazas.

—¿Qué presupuesto tiene la Ciudad?

—Seiscientos cincuenta mil pesetas anuales.

—¿Cuál es su máxima aspiración?

—Que la obra quede consolidada.

—¿Cómo espera lograrlo?

—Pretendo que se encargue de la Dirección una congregación religiosa.

—¿Lo conseguirá?

—La Virgen de la Merced, bajo cuyo patrocinio he puesto la Ciudad, tiene encomendado mi deseo.

—¿Hay alguna noticia de última hora?

—Que el Ayuntamiento de Barcelona, según me ha prometido el Alcalde, señor Simarro, votará en el nuevo presupuesto la creación de becas para que los muchachos que ahora estudian Bachillerato puedan continuar estudiando en la Universidad.

Este es el hombre que ha creado en Barcelona una nueva institución de beneficencia, donde la libertad y la alegría son el fruto auténtico del respeto a los derechos de la responsabilidad individual.

José María MILAGRO, O. P.  
(Reportaje gráfico Campaña.)



# EL TESTIGO FALSO

NOVELA

Por Elena SORIANO

Otra vez... Otra vez lo he visto. Y él a mí. ¡Gránuja! ¡Cómo se ha tirado del tranvía en marcha! A no ser por la rabia, me hubiera dado risa; la gente se ha a su estado, tomándole por un chalado o por un ratero... Ya me ha revuelto la bilis y estoy amargado para todo el día; ya no haré nada a derechas, porque su imagen aborrecible se mezclará a todos mis actos, a todas mis conversaciones, trabucándome las ideas y las palabras. Estoy seguro, fracasaré en la gestión de esta mañana con el fabricante francés; estaré torpe y no me dará las representaciones. ¡Este tipo me da mala suerte!...

Y precisamente esta mañana me sentía yo más despejado y optimista que nunca, más templado y seguro de mis dotes comerciales. Me había preparado para la entrevista de hoy cuidadosamente, desde ayer mismo; anoche cené ligero y me tomé una cucharada de esos gránulos que me limpian el riñón y el hígado; me acosté pronto y me dormí inspirado, construyendo frases felices y argumentos infalibles para convencer al franchute. Al levantarme he vencido la pereza y el escepticismo de otros días y he realizado a conciencia todas las flexiones gimnásticas que recomienda el método para adelgazar y mantenerse vigoroso. Me he afeitado meticulosamente, me he bañado y me he vestido todo de limpio, y luego he desayunado fuerte, a la inglesa, con jamón frito, tostadas, té puro bien cargado... Yo creo en los consejos de los higienistas y en que sus prácticas bastan para triunfar en casi todos los órdenes de la vida. Cuando voy a realizar una gestión financiera de importancia me gusta estar impecable, no sólo por fuera, sino en el interior de mi cuerpo y de mi espíritu; hasta me confesaría... Mi mujer, siempre que ve tantos preparativos, se enfurruña y hace comentarios celosos. ¡Ridículo error! Cuando los hombres nos sentimos tentados o metidos de lleno en una aventura suele ser por sorpresa, precisamente el día que menos preparados estábamos para ella, corporal y mentalmente.

En fin, repito, hoy he salido de mi casa en excelente estado de ánimo: mirando con simpatía a mis semejantes, observando por primera vez en

este año el riego de las calles y preocupándome en sus esquinas del cruzar de los niños que iban al colegio. De cuando en cuando, aspiraba con fuerza el aire de la nueva primavera y me parecía beber una fresca gaseosa, efervescente y

agradable. Y cuando yo me fijé en estas cosas, cuando siento cierta inspiración poética, es que lo mejor de mí está somero y activo, pronto a derramarse cordialmente sobre el mundo entero...

Todo iba bien. Pero ¡fíjese usted de los higienistas! ¡Viene un encuentro de éstos y le hace a uno polvo!... No sé por qué he tenido la ocurrencia de coger el tranvía, cuando sólo me faltaban tres paradas hasta el despacho; ha sido una repentina pereza de subir la calle en cuesta, tal vez influido por la visión de la primera mujer con traje sastre y ramito de violetas, por la sugestión de sus pantorrillas alzándose ante mí hacia el estribo. Sin reflexión alguna me he hallado en la plataforma. Y en seguida he visto que la muchacha se sentaba en el interior del coche y que a su lado quedaba otro sitio libre. Con la debida rapidez, abriendo los codos para que nadie me adelantara, me lanzo hacia allá. Me acomodo, suspiro de satisfacción y me dispongo a distraerme un poco mirando a la chica cuando siento en las rodillas un choque brusco con las del viajero que iba enfrente, en el asiento «reservado para caballeros mutilados». Alzo la vista y ¡era él!... Bueno, más que verle le adiviné, como siempre. Se había levantado como un resorte y ya me volvía la espalda y luchaba torpe y brutalmente por abrir la puerta corredera. No me dió tiempo a nada; sólo a incorporarme crispado y gritar «¡Sinvergüenza!», mientras él se abría paso como una sabandija en la plataforma delantera y se tiraba a la calle con el vehículo en plena marcha. Podía haberse matado—¿y qué falta hacen seres así en el mundo?—; pero, como otras veces, por milagro o por destreza bien aprendida no le ha pasado nada y ha desaparecido instantáneamente de mi vista. La gente ha gritado primero, se ha reído después, se ha echado mano al monedero... Y todos me han mirado a mí esperando que aquella fugaz escena tuviese continuación o explicación si-

quiera. Pero yo me he quedado inmóvil en mi sitio, callado, con el rostro impasible, aunque estoy seguro de que terriblemente pálido.

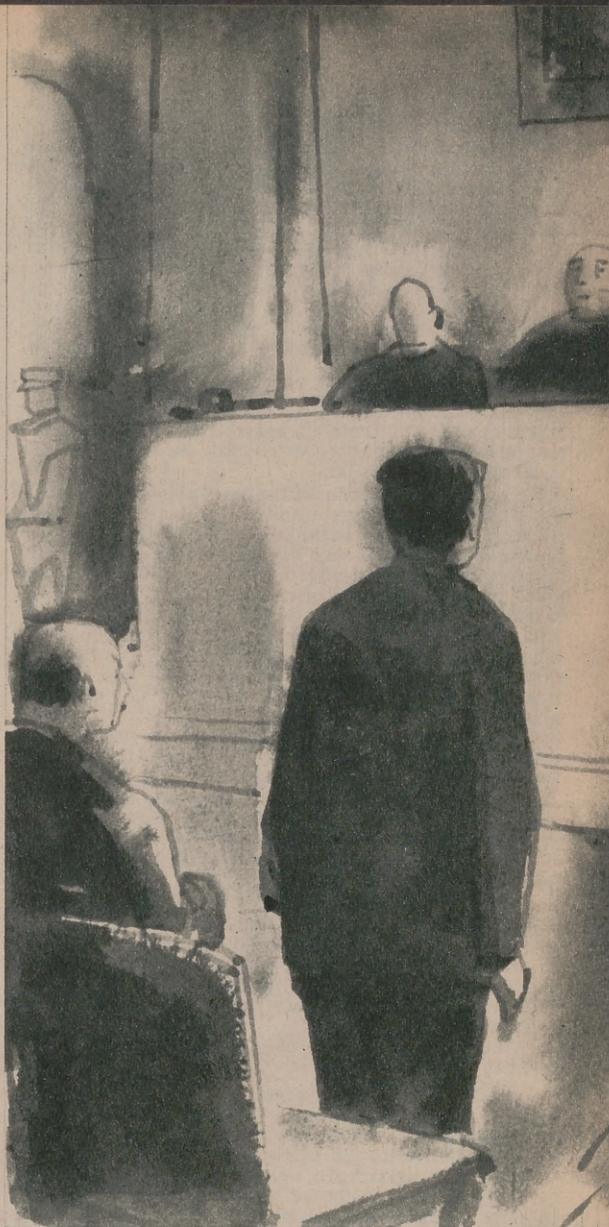
Y ahora ya sé que estoy desquiciado para todo el día; he perdido la sensación de limpieza y de fuerza, tengo los nervios tensos y la mente nublada, soy un hombre totalmente opuesto al de hace un cuarto de hora, barrenado por el más ingrato recuerdo, por el rencor, por el afán de venganza y también por otros sentimientos indefinibles, que quizá sean los que más me trastornan. Ahora entraré en mi oficina dando voces, todo me parecerá mal hecho, seré grosero con mi mecanógrafa y no sabré dictar una carta. Después estaré impaciente y poco hábil en la entrevista con el francés, y luego volveré malhumorado a mi casa y haré llorar a mi mujer y a mis hijos. En fin, iré transmitiendo a todo el mundo, como una maligna corriente eléctrica, los efectos de este encuentro.

\* \* \*

Hoy, recobrada la serenidad que perdí ayer tan inoportunamente, he decidido hacer un verdadero esfuerzo por vencer este encono de un asunto liquidado hace meses. No es nada fácil, sobre todo si me sigo tropezando con ese hombre. Pero voy a repasar y analizar cuidadosamente el caso, con la esperanza de hallar razones para olvidarlo, disculparlo o, al menos, desdenarlo definitivamente.

Yo he tenido un pleito. ¡Qué experiencia tan interesante e importantísima supone el trato directo con la Justicia: vencer el terror de su augusta proximidad, palpar los pliegues rígidos de su manto y percibir que debajo de ellos no hay piedra berroqueña, sino carne humana, cálida y flaca; ver de cerca su rostro, tan solemne y severo de lejos, y darse cuenta de que hace guiños; observar cómo la simbólica balanza en fiel que sostiene en su mano oscila y se inclina, a veces, al recibir alternados contrapesos!... Todo esto es tan aleccionador para un hombre, que, al menos una vez en la vida, todos debiéramos conocerlo. A mí, por ejemplo, me ha hecho cambiar ciertos conceptos, antes muy arraigados en mi espíritu. Aunque he estudiado y he leído un poco, y a pesar de mi larga permanencia en la ciudad, yo soy de pueblo y en mí perduran muchas ideas, tal vez ingenuas y erróneas, de puro carácter lugareño: una de ellas, creer, antes de mi pleito, que la genuina y venerable encarnación de ese ente abstracto que es la Justicia era el abogado... En mi pueblo la profesión de abogado era la más prestigiosa que un hijo de rico pudiera ambicionar. El título de abogado confería honores casi divinos, y recuerdo que en la fiesta mayor sólo iban bajo palio el cura y «el abogado». Llamábamos así a cierto personaje misterioso y tránfuga que de vez en cuando iba por el pueblo, siempre en coche y muy bien vestido, que era recibido en el Ayuntamiento, comía en casa del Alcalde y del cacique y que siempre se llevaba cuartos—según yo oía a los mayores—sobre no sé qué asunto de las tierras comunales. Yo veía también que todos los pardillos de mi pueblo, cuando tenían que ir a la ciudad, nunca olvidaban de llevar una cesta muy pulcra, que recomendaban mucho al chofer del autobús y que éste colocaba con insólito mimo en el mejor sitio de la baca, advirtiendo a todos que era «la cesta para el abogado» y sería catastrófico que se chafasen los mantecados, se rompiesen los huevos o se ahogasen los pollos. Y también vi que los civiles prendieron una vez a un hombre que mató a palos a su mujer—la arpia más deslenguada del pueblo—y que se lo llevaron a la cabeza de partido «para entregarlo a la Justicia», y oír decir a la gente que «el abogado» lo libraría en seguida. Todas estas impresiones infantiles se acumularon en mí y elaboraron una imagen sobrenatural del «abogado»: ser mágico, con poderes infalibles sobre vidas y haciendas, conjunción máxima del talento, la sabiduría, el privilegio y la respetabilidad. Sin duda resulta ridícula tal idea, sobre todo en estos tiempos; pero yo no la había revisado antes de mi pleito y vivía feliz y tranquilo con todos mis conceptos, por injustificados y supersticiosos que fuesen. Ahora sigo sintiendo simpatía por la abogacía y no puedo remediar cierta nostalgia de su brillo social, pero le he perdido por completo la admiración y el respeto. Y, sobre todo, el miedo. Y lo lamento infinitamente.

Pero vamos al caso: hace un par de años tuve una mala racha económica, me flaquearon las representaciones extranjeras, me falló un intento de



empresa por mi cuenta y andaba algo desorientado y pesimista. Incluso pensé que tendría que recurrir a la venta de unas tierrecillas que tenía en el pueblo. Fué entonces cuando apareció por casa mi amigo Camuñas. No lo veía desde la guerra, cuando servíamos en la misma unidad, nos salpicaban los mismos terrones alzados por los obuses y se confundían nuestros jadeos miedosos en el fondo del mismo embudo. A mí me produjo mucha alegría verle de nuevo por esa inevitable valoración del pasado, aunque sea más duro que el presente, y también porque él tenía un temperamento tan locuaz y animoso, que escucharle era recibir inyecciones poderosas de energía y de optimismo, y como he dicho, por entonces yo las necesitaba. Conste que ya en el frente tenía a Camuñas por un poco chiflado, pero extraordinariamente vivaz, inteligente y bondadoso. Proyectaba licenciarse en Ciencias Químicas en cuanto terminase la guerra y siempre andaba con un manual y un cuaderno, donde escribía fórmulas y complicadas cadenas de carbono, que parecían dibujos de mosaicos para enlazar, y que yo no comprendía lo más mínimo. La guerra se terminó, nos desperdigó a todos con sus coletazos y no volví a saber palabra de él. Hasta que un buen día, al llegar a mi casa, me lo encontré en el comedor andando a cuatro patas, con mi hijo menor sobre el lomo y los otros dos arreándole con palos. Al pronto no le reconocí, ni siquiera cuando se incorporó, arreglándose el pelo revuelto. Lo identifiqué por su voz y por su ímpetu para abrazarme; pero estaba tan arrugado, tan canoso y tan encorvado, que me produjo susto la idea de que el mismo tiempo hubiese laborado en mí de modo tan devastador. Además iba mal vestido, con el traje y los zapatos evidentemente prestados o heredados y no muy limpios. Siempre

fué pequeñajo y flaco, pero ahora, dentro de unas ropas grandes, lo parecía mucho más. Me dijo que había sabido de mí por casualidad, al ver mi nombre y dirección en un anuncio, como representante de una casa comercial. Y añadió que el mismo se había invitado a comer y que a partir de entonces quedaba indisolublemente reanudada nuestra antigua amistad. Al momento se produjo en mí cierta lucha entre los restos de la generosidad juvenil y la egoísta reserva de la experta madurez. Pero en seguida vencieron su simpatía y mi buen natural y le traté con decidido afecto, sobre todo cuando observé que a mi mujer y a mis hijos les caía en gracia desde su gesticular simiesco y su voz enérgica a su apellido leño, siendo un hombrecillo tan bondadoso. Además, me dió pena saber que ni se había licenciado, ni se había casado, ni tenía colocación ni vivienda fija; que era una vulgar escoria más de esas que las guerras dejan tras sí...

Naturalmente, desde entonces se pegó a mí como una lapa: siempre andaba a mi alrededor, haciéndome pequeños servicios, incluso gestiones comerciales y recados caseros, que yo le remuneraba discretamente, sin meterme a averiguar si alcanzaba para cubrir sus necesidades. Él seguía fantaseador y confiado en un brillante mañana, cuando alguien apoyase sus numerosos inventos industriales: polvos limpiametales de efectos duraderos, gaseosas hechas directamente con frutas frescas, tintes fijos para el pelo, sal de mesa vitamínada, cremas antiarrugas; en fin, siempre productos sorprendentemente necesarios en el mercado, aunque no sé si fácilmente fabricables. Yo le escuchaba, como siempre, con escepticismo maravillado, más de su ingenio y facundia que de su sentido práctico. Pero hubo una de sus ideas que me interesó, tal vez más por curiosidad de comprobarla que por interés económico.

—Mira—me dijo él—: lo que más tiempo llevo estudiando y es mi más genial invención es la fabricación del jabón potásico. Tengo la fórmula.

—Mira—le respondí yo de primeras—: hay demasiados fabricantes de jabón. Ya ha pasado la carestía de primeras materias y eso no tiene interés comercial.

—¿Tú sabes lo que es el jabón potásico? Es muy distinto al cáustico.

Confesé que, desde luego, ignoraba con qué se harían y en que se diferenciaban, pero que si los dos estaban ya inventados, no veía su interés comercial. Camuñas se echó a reír y dijo:

—Eres un ignorante; el jabón hecho con sosa es duro y, hasta ahora, el jabón hecho con potasa es siempre líquido o semilíquido. Pero yo he inventado el jabón potásico duro, tan duro como lo pueda exigir la más enérgica lavandera y lo sobre todo, tan barato como desee la más avarienta ama de casa. Incluso más suave y bienoliente que los jabones ordinarios, sin necesidad de incorporarles esencias aromáticas. ¡Tengo la fórmula! ¡Es el huevo de Cólón!

Siguió perorando brillantemente, explicándome en líneas generales el procedimiento de obtener el jabón potásico duro y demostrándome con cifras la inconcebible baratura de su fabricación y la seguridad de enriquecerse con ella. Desde luego, le hice ensayar en mi propia casa. Anduvo dos o tres días metido en nuestra cocina, ensuciándola terriblemente con un saco de cenizas que llevé y, desesperando a mi mujer y a la criada. Las dos me advirtieron de la resistencia de Camuñas a manipular claramente ante ellas —yo no tenía tiempo de vigilar el ensayo— y de que le veían echar en la pasta hirviendo algo que llevaba muy envuelto en un cucurucho y que apenas lograron ver, pero que olía a jabón común. El caso es que le salió jabón duro y espumoso, de color acaramelado y buen olor, un poco resinoso... Y yo comprendí que sus maniobras eran los naturales secretos de un inventor que aun no ha patentado su hallazgo.

Bueno, había que preparar local, había que comprar algunos utensilios indispensables y había que adquirir grandes cantidades de cenizas vegetales, materia prima para obtener la potasa, y había que contratar un hombre para las tareas rudas de transporte, limpieza y manipulación. Necesitábamos un socio capitalista, puesto que yo, como he dicho, atravesaba una época precaria, sin la menor reserva. Me ocupé de encontrarlo entre mis relaciones comerciales: era un modesto industrial, emancipado hacía poco de representaciones,

y que a mí me parecía un hombre honesto y emprendedor. Fué rápidamente conquistado por la indescriptible capacidad persuasiva de Camuñas, que se encargó de exponerle el plan del negocio. Recuerdo —y estos detalles son importantísimos para el caso— que, después de varias conversaciones preparatorias, nos reunimos los tres una noche en mi propia casa para llegar a un acuerdo total. Hicimos una sociedad en que Camuñas y yo éramos socios industriales, con obligaciones de trabajo especificadas —mi amigo, las de carácter científico, yo, las de propaganda y venta—, y por las cuales recibiríamos una pequeña retribución, sólo hasta que la industria rindiere beneficios. Estos serían distribuidos entre los tres a partes iguales. El socio capitalista no haría nada, pero aportaba a la sociedad un capital inicial de pesetas 20.000, que Camuñas aseguraba eran más que suficientes. Todo lo convinimos de palabra, sin escribir un solo papel, con absoluta y eficiente buena fe por parte de todos. En nuestra unión reinó la alegría que dan siempre unas cuantas copas de coñac y los proyectos de enriquecimiento fácil.

Camuñas se entregó con alma y vida a la empresa. Fué una especie de Juan Palomo de ella: él buscó y halló una buhardilla grande y barata; él compró en el Rastro cubos, baides y coladores; él viajó por los pueblos de La Mancha que producen vid encargando la recogida y quema de orujo para el momento oportuno; incluso se ocupó de menesteres que me correspondían a mí, como visitar droguerías y cacharrerías y redactar unas circulares de propaganda llenas de humor y de lirismo, que hizo imprimir y echó por debajo de las puertas... Yo, lo confieso, apenas me ocupaba del asunto, porque en realidad estaba, como siempre, absorbido por mi enorme trabajo particular. Y aunque a veces aprovechaba mis conversaciones para mezclar la del jabón potásico duro, reconozco que no lo hacía como debía y como sabía hacerlo. Experimentaba cierta timidez y miedo al ridículo al transmitir las ideas de mi amigo Camuñas, en su boca tan deslumbradoras e irrefutables; me parecía que repetir sus frases me restaba seriedad ante mis clientes, todos gente práctica y de poca imaginación. Yo, personalmente, creía por completo en su invento y en su enorme importancia comercial; pero me ocurría lo que a esos creyentes religiosos de carecen de fuerza argumental para propagar su fe, que no saben hacer prosélitos, por respeto mundano y también por cierto temor a parecer débiles y pueriles... Sí, yo creía en mi amigo Camuñas; hacer que los demás creyesen en él a través de mí me era imposible. Su fuerza convincente y sugestiva era algo absolutamente personal e intransferible. Por eso, perezosa y cobardemente, le dejaba a él hacerlo todo, confiado en que su infalible triunfo me aportaría el mío en bandeja.

Entre tanto el tiempo pasaba y nuestra producción de jabón era insignificante; apenas la suficiente para nuestro uso casero y la distribución de algunas muestritas. Claro que necesitábamos grandes cantidades de cenizas para la extracción de lejía suficiente, como nos recordaba Camuñas cada vez que el socio capitalista y yo íbamos por la fábrica y mirábamos pensativamente aquellas ridículas cantidades de jabón. El mozo que teníamos a nuestro servicio parecía mirarnos algunas veces con sorna y nos señalaba los trozos con el pulgar, por encima de su hombro, diciendo con retintín:

—Dice el señor Camuñas que estamos ensayando...

Pero era un mozo muy bruto, analfabeto, que nos miraba a los tres como si fuésemos locos y manejaba las cenizas y las lejías con las manos, negando que tuviesen fuerza para quemárselas lo más mínimo...

Por fin nos llegó el primer vagón de cenizas de orujo de uva. Desde luego, a mí me impresionó su contemplación. Los sacos llenaron casi por completo la buhardilla; el grandullón del mozo los empujaba entre blasfemias y el pequeñajo de Camuñas, todo él manchado de gris como un payasete y con la cara muy pálida, los palpaba nerviosamente, desviando sus ojillos de los míos. (Ahora repaso todos estos detalles, que entonces no analicé.) Golpeé a mi amigo cariñosamente en los hombros y dije:

—¡Ea, llegó el momento de fabricar al por mayor el mejor jabón del mundo! ¡Viva el jabón potásico duro «Los tres cerditos»!

El mozo soltó una risotada y un disparate:

—¡Vaya nombre! ¿Y va a llevar el retrato de los tres?

Tenia que haberle abofeteado o haberle despedido. Preferí, de momento, hacerme el sordo y seguí comentando con mi amigo nuestro inmediato exito.

\* \* \*

Pero, ¿qué se le ocurrió hacer entonces a mi amigo Camuñas? Nada de dilatar sus ensayos, nada de huir, nada de confesar su fracaso. ¡Se le ocurrió morir! ¿Cabe manera más rotunda, más absoluta, de salirse por la tangente, de eludir el cumplimiento de un contrato? Cuando me avisaron de su pensión que estaba enfermo —dos días después de llegar las famosas cenizas—, tuve un malicioso pensamiento: «¡Vaya, éste se pone malo cuando el maravilloso invento va de veras!»

Pero en seguida vi que lo que iba de veras era su vida. Yo sabía que andaba mal del vientre desde años atrás y con frecuencia, sobre todo últimamente, le veía muy demacrado y macilento. Pero era natural, con su excitación y movilidad exacerbadas por entonces, y, por otra parte, me parecía tan optimista y bienhumorado como siempre. Estuvo una semana empeorando velozmente, y cuando el médico me dijo que se moría en veinticuatro horas por una complicación de leucemia, tuve que comunicárselo a nuestro socio capitalista. Este se indignó:

—¡Eso es una broma! Una broma muy pesada. Eso lo han fraguado entre los dos.

—¡Señor mío, mire lo que dice!

—¡Ah!, perdone; nadie se muere en broma, claro... Pero vamos a ver: supongo que usted sabra el medio de fabricar ese famoso jabón.

—Pues...—hasta aquel instante no me di cuenta de que habíamos procedido infantilmente—. Pues mire, concretamente, no... Yo sólo sé que se hace con lejía de cenizas, con grasa, con talco, con pez...

—Bueno, bueno, su amigo tendrá la fórmula escrita.

—Claro, seguramente.

—Pues que la entregue a la sociedad. Pídasela usted.

¡Así! A un hombre que se está muriendo, pero que es un iluso optimista, va usted y le dice que antes de dársela entregue su gran secreto científico. ¡ES un atraco peor que a mano armada! Hice estas consideraciones a mi socio, intenté también convencerle de que era cosa de él, como interesado financieramente en el asunto y como menos amigo de Camuñas. No hubo modo; se puso terco como un mulo y dijo que yo le había inducido al asunto y yo tenía que resolverlo.

Todavía me vuelven los sudores al recordar la escena con mi querido amigo, la última conversación que tuve con él. Sentado a los pies de su triste cama de pensión paupérrima, le hice una visita larguísima, casi de dos horas, pocas antes de morir. Y como yo lo sabía, me parecía irle viendo disolverse en la nada con aterradora velocidad, como un azucarillo en el agua. Y, sin embargo, yo llevaba la conversación en tono alegre, arrastrándola constantemente hacia mi objeto; pero él, siempre que tocaba el tema del jabón, lo eludía y se escapaba hacia nuestros recuerdos comunes de años atrás, los más entrañables. O bien se callaba, con extraña reserva, con una resistencia triste y tenaz a tratar la cuestión importante. ¡Pero estaba tan malo, yo sabía que estaba tan malo! Por fin logré aferrarle unos minutos:

—¿Cuánto tiempo te ha dicho el médico que estarás aún en la cama?

—¡Qué sé yo!—respondió animosamente—. Por mí la dejaría ahora mismo; puede que tenga que estar dos o tres días más...

—¡Eres un vago!—mi fingimiento era innoble—. Y, oye, a propósito: por allí ha estado esta mañana el socio. Quiere empezar sin más tardanza; dice que llevamos perdido mucho tiempo, que tiene muchas pesetas amortizadas en esto. En fin, ya sabes...

El tuvo un ademán enfático, una reacción de las suyas:

—¡Muchas pesetas! Unos ochavos comparadas con las que le caerán de bómbis en los bolsillos. Fue lástima que tú... Nos sobrábamos nosotros...

Se calló de pronto, se mordió los labios y volvió a ensimismarse tristemente. Pero yo seguí hablando de carrerilla para no perder el impulso adquirido:

—Oye, y ¿por qué no vamos nosotros haciendo algo? Tú dame instrucciones, dime exactamente

cifras y podemos ir trabajando ya el chico y yo. ¿Sabes que me gustaría mucho gachupear en todo eso de las lejías, los cocimientos y los moldes?

Se agitó extraordinariamente y tardó en responderme. Cuando lo hizo, la expresión de su rostro era entre enfadada y burlona:

—Sin mí no haréis nada. ¡Son mis manos, sólo mis manos!—y se las contempló con una extraña mirada que me acongojó y me quitó ánimos. Apenas insistí, en falso tono polémico:

—¡Hombre, una fórmula industrial haciéndola al pie de la letra!... ¿Es que no tienes confianza en mí?

Me echó una de sus miradas más tiernas y alegres, como de perrillo faldero, como las de nuestros buenos tiempos. Pero yo percibí en ella suspicacia, recelo, y también una indefinible imploración, que me aplañó definitivamente. ¡Qué importaba ya el jabón potásico duro!

—En cuanto me levante, todo marchará—murmuró.

(«¡En cuanto te levantes, desgraciado! ¡El día del Juicio Final!...»)

Callamos los dos de nuevo y él se puso a mirar fijamente el horrendo cuadro religioso que había encima de un escritorio viejo, y al cabo de un grande, penosísimo silencio, yo no sé si inspirado por el cuadro o porque me adivinase el pensamiento, dijo con voz apagada, como esforzándose:

—De todos modos, si hiciese falta, ahí, en mi maleta, en un cartapacio, encontraréis todo lo referente a ese asunto.

¡Ya estaba! Me así a esta vaga, insuficiente indicación y me sentí aliviado y con mi misión cumplida. Y sentí acrecentarse mi ternura y mi admiración por mi muribundo amigo y mi rabia hacia nuestro desconfiado socio capitalista, que iba a encontrarse con la ganga de un gran invento gratis. ¡Honrado Camuñas! ¡Generoso Camuñas, que elegantemente nos decía: «Ahí, en mi maleta, está todo el dinero: para vosotros dos. Yo me retiro. Así tocaréis a más!»...)

Apenas lo enterramos, el otro socio y yo nos hicimos cargo de su vieja maleta de cartón y —¡qué vergüenza!— nos pusimos a registrarla. Hallamos en ella (aparte de las consabidas prendas usadas y unas fotografías remotas de una vieja de pueblo y una modistilla de 1930 en la verbera) un recetario industrial barato muy manoseado, con numerosas acotaciones marginales, y entre sus páginas, unas cuartillas escritas de puño y letra de Camunas, ¡no con una, sino con numerosas fórmulas para la fabricación de jabón potásico! Pero en ninguna de ellas había indicación especial de que fuese la genuina, definitiva e infalible receta que nuestro fallecido socio había



utilizado en sus pequeñas demostraciones... Al pronto, aunque un poco enfadados del desorden de Camuñas, no sentimos preocupación; ensayando las diversas fórmulas, que sólo se diferenciaban en algún ingrediente accesorio o en las cantidades proporcionales, acertaríamos en seguida. Durante un par de semanas, mi socio y yo, descuidando otras ocupaciones, nos dedicamos casi exclusivamente a hacer pruebas: nos ensuciamos atrocemente con las cenizas, nos quemamos las ropas, nos picamos las manos con las leñas, nos sofocamos recociendo y batiendo los líquidos y pastas jabonosas que nos salían. Pero jamás logramos obtener un pedazo de jabón duro ni del tamaño de un dedal. Cuanto más tiempo lo poníamos a secar, más se desmoronaba y se disolvía. El mozo ayudante rezongaba, se reía entre dientes y decía:

—Eso mismo le pasaba al señor Camuñas.

—¿Cómo? Todos hemos visto y usado el jabón duro obtenido.

—Sí, sí; pero eso nunca lo logré delante de mí. Yo no sé qué le echaría a escondidas a la masa para que de pronto se endureciera...

Empezamos a inquietarnos, pero nos resistíamos a consultar a un técnico para no levantar la liebre, que queríamos cazar en exclusiva; nos sentíamos tan ambiciosos como desconfiados, avaros de una idea que no era nuestra y cuyo usufructo tal vez perteneciese a la vieja de pueblo —si vivía— o a la modistilla verbenera. De todos modos, ya desesperados, tuvimos que hacerlo. Y un químico nos desengañó: con potasa no había medio de fabricar jabón duro, o sea divisible en trozos para el uso doméstico; nuestras muestras tenían mezcla de sustancias cáusticas. Y, por otra parte, la destilación de cenizas vegetales era superflua y antieconómica. Todo aquello eran tanteos empíricos, ocurrencias de un aficionado ingenuo...

Ahora todo me parece ridículo y me sonrojo un poco, pero en mi fondo aun subsiste cierta fe en el invento de mi amigo, cierto pesar porque no tuvimos suerte, él sobre todo. Pero, naturalmente, mi socio estalló; a él le preocupaban los cuartos gastados en el intento y, aunque mi inocencia era evidente, se revolvió contra mí con inesperada saña. Comenzamos a disputar mientras liquidábamos la empresa; amén de la fonda del muerto y los gastos de médico y entierro, hubo que pagar indemnización de despido al mozo, y si por los cacharros del laboratorio y por los sacos nos dió un traperero veinte duros, tuvimos que gastar cuarenta en alquilar un camión que llevara las cenizas a un vertedero de las afueras. Cuando hicimos balance final, resultó que la sociedad había gastado más de 20.000 pesetas, exclusivamente del bolsillo del señor Sotero. Ya sé que esto es bien poco comparado con las pérdidas de la Renfe y otras grandes empresas serias, pero la nuestra era una empresa de pobres, con una base mínima; era la pura y clásica ilusión española de sacar millones de la nada. El capitalista mismo había puesto allí casi todos sus ahorros. Yo reconcí todo esto y lo lamenté más que nadie y me esforcé en quedar bien con mi socio, acusándome de mi única culpa: haber recurrido a él para la empresa. Pues bien, el burro del hombre reaccionó contra mí de la manera más absurda: pretendiendo que le abonase la mitad del dinero perdido. Claro, yo soy bueno y comprensivo, pero tonto, no. Me negué redondamente. No quiero ni repasar nuestras discusiones, porque parecería un juego de despropósitos; ya he advertido que el señor Sotero era duro de mollena y con él no era posible razonar, y menos polemizar. Incluso llegó a decirme:

—¡Usted es otro pájaro como el difunto! Usted sabe más y me lo oculta. Usted quiere alzarse con el santo y la limosna. ¡Pero Dios le libre en toda su vida de lanzar el jabón potásico duro al mercado!

—Puede estar bien seguro de que no.

—De todos modos, esto no se queda así. Usted no se va de rositas mientras yo pierdo todo mi dinero. Nos veremos pronto las caras.

Me encogí de hombros, di por liquidadas nuestra empresa y nuestra amistad y le volví la espalda sin saludarle, aunque, repito, sin sentir por él animadversión, sino condolencia y pesadumbre por mi culpa moral.

\* \* \*

Pocas semanas después empecé a sufrir las consecuencias de todo este pueril deslíz. Una noche, al volver a casa, mi mujer me recibió con cara preocupada y me llevó en seguida aparte.

—Ahí tienes unos papeles que han traído del Juzgado.

—¿Del Juzgado? ¿A mí? ¿Para qué?—respingué con el natural sobresalto y como si recibiera un insulto en el mero hecho de atraer la atención judicial.

—Yo no sé qué será. Los ha traído un hombre que ha dicho que era agente. ¡Figúrate qué susto! He tenido que firmar yo. ¿En qué lío te habrás metido? Ha dicho que tienes ocho días para presentarte. ¡Jesús, Jesús! ¿Qué habrás hecho?

Eludí a mi mujer con irritación, me encerré con los papeles y me puse a leerlos minuciosamente lleno de ansiedad. Se trataba de un oficio —bueno, de eso que llama la curia cédula de emplazamiento— y de una copia de la demanda de mi ex socio acusándome de incumplimiento de contrato verbal y exigiéndome el pago de 10.000 pesetas, mitad de las pérdidas sufridas por la sociedad, en la cual éramos los dos capitalistas, si bien él había adelantado, en concepto de préstamo, la cantidad que me correspondía. En medio de mi sorpresa y mi indignación, me dió risa. Pensé: «Bueno, que demuestre todo esto con documentos escritos. No hay ni un papel; sólo unas cuantas facturas, los recibos del alquiler de la buhardilla y los innumerables firmados por Camuñas por cantidades y conceptos irrisorios, aparte del cuaderno escolar donde los tres socios, según caía, habíamos ido anotando todas las cantidades que gastó la empresa a lo largo de los seis meses que duró. Nada de aquello servía para exigirme dinero alguno.»

Pero, de todos modos, aquella noche apenas cené ni dormí; los arraigados conceptos infantiles se alzaron de pronto en mí con toda su fuerza y me trastornaron por completo; en las turbias horas de la duermevela por mi cerebro empezaron a pasar disparatadas ideas, hijas de mi absoluta ignorancia curialesca; nunca me había puesto a distinguir entre un juicio criminal y otro civil, en mi vida había pisado la Audiencia, ni siquiera un Juzgado ni una Ccmisaría. Siempre me había hecho de estas cosas imágenes solemnes o terroríficas, inspiradas en novelas y películas, y ahora me veía, alternativamente, en calabozos con rejas, en inmensas salas, en solitarios y destacados banquillos vergonzosos, ante altísimos estrados, tras los que se asomaban impresionantes filas de jueces con toga, birrete y mirada implacable. ¿De qué me iban a acusar, qué me iban a obligar a reconocer, cuál iba a ser mi condena? Me angustiaban inminentes catástrofes: publicidad periodística, difamación de mi nombre, pérdida de mi crédito comercial, ruina, desgracia y miseria para mi mujer y mis hijos... Bueno, todo el mundo sabe a qué extremos puede llegar la imaginación excitada y sin freno en una noche de insomnio. Claro que por la mañana todo el asunto recobró sus proporciones normales, aunque siempre revestido del prestigio que yo daba a todo lo relacionado con la diosa Justicia.

Intranquillo, pero también con cierto sentimiento de heroísmo dramático, me fui bien temprano al palacio de las Salesas, que siempre había mirado sólo por fuera, con respeto y confianza. Y mi primera sorpresa fué que un guardia o ujier, apenas miró el exterior del sobre que yo había recibido el día anterior, me dijo:

—Eso no es aquí; es ahí al lado. Vuelva la esquina y cruce la calle a la acera de enfrente.

Reconozco que me sentí vagamente decepcionado, sobre todo al fijarme por primera vez en el edificio de los Juzgados, tan distinto del fronterico: achaparrado, pobre y anodino, con fachada blanqueada y lisa, como la escuela nacional de mi pueblo. Allí se entraba y se salía sin vigilancia de nadie. Y en una especie de rotonda central, con un catafalco en medio con lápidas sirviendo de respaldo a una suerte de diván circular, se fumaba, se hacían corrillos y se charlaba en voz alta, como en una plazuela. Aquello no parecía sede de la Justicia, sino unas pobres y vulgares oficinas. Tuve que esperar mucho rato en una gran habitación cuadrada, sin más decoración que unos estrechos bancos adosados a las paredes. Sobre esta antesala se abrían varias puertas idénticas, en las que figuraban los números de los Juzgados correspondientes. Los bancos estaban ocupados por personas de muy diversa condición, con aire preocupado o aburrido, en espera de ser llamadas por alguaciles que de vez en cuando se asomaban a las puertas. Allí, a medida que transcurrían los minutos, me tranquilicé casi por completo en un sentido —el peligro y la trascendencia

del asunto— y me fui exasperando en otro; ahora me revenía con todo detalle la estúpida historia del jabón potásico y la injusta pretensión de mi ex socio y renacían mis capacidades de lucha y mis poderes de defensa. Empecé a hilvanar el relato más rápido y exacto, los argumentos más contundentes para demostrar ante el juez mi inocencia. Iba a ser cosa de pocos minutos.

Transcurrió casi toda la mañana hasta que conseguí introducirme en mi Juzgado. Un momento antes de entrar, aun volvió a nublar mi mente y a hacerme palpitar el corazón la antigua imagen prestigiosa e imponente. Pero en cuanto traspuse la puerta se desvaneció para siempre. Era una sala amplia y destartalada y había allí, colocadas sin ninguna simetría, cinco o seis mesas grandes, cada (cual con otra pequeñita al lado, con su correspondiente máquina de escribir. Tras de cada mesa grande había un hombre, sin ningún signo distintivo de los demás mortales, y tras de cada pequeña, un mecanógrafo vulgar. Y ante cada entidad de éstas estaban uno o varias personas hablando, respondiendo a las preguntas que el funcionario de la mesa grande les hacía. Y aquellas gentes hablaban todas a la vez, en voz demasiado alta, bien por excitación, bien por necesidad, entre el ruido de las máquinas, que funcionaban simultáneamente. Yo me detuve un instante turbado, confuso, oyendo a un tiempo, por curiosa capacidad perceptiva, nítidos retazos de asuntos muy dispares: una riña de vecindad, un hurto, una disputa sobre una herencia, una separación conyugal, un abuso de autoridad paterna... Las voces se cruzaban en distintos tonos desde todos los ángulos de la estancia y las máquinas tecleaban todas a un tiempo, como si hicieran coro de carcajadas a aquel galimatías. Me dieron unas ganas locas de huir, cogido de pronto por una de las impresiones más penosas de mi vida: por una vergüenza y una rabia intolerables. ¿Cómo? ¿Aquello era la Justicia? ¿Mi Tribunal era una mesa grande y otra chica, una máquina de escribir y dos funcionarios pobretones, rutinarios y bostezantes? ¿Y yo tenía que decir mis verdades allí a voces? Era como desnudarme en público, sin grandeza, gregariamente, como en las piscinas baratas. No podía hablar allí de *mi caso*, del pobre Camuñas, de sus fantasías sobre el jabón potásico duro, de sus viajes por La Mancha a comprar cenizas, de su irónica muerte, de toda aquella empresa penosa y grotesca. Y allí no era yo capaz de defenderme contra la absurda pretensión de estafarme, allí huían de mi mente todos los argumentos que pensaba exponer ante un hipotético juez venerable, solemnemente revestido y sentado en un sillón con dosel, sobre una plataforma a más alto nivel que el mío.

—¿Qué desea usted?—me estaba preguntando por segunda vez el hombre de una mesa grande.

—Pues mire...—me sentía más turbado y vacilante que si, como yo esperaba, él hubiera sido un personaje impresionante—. Yo he recibido estos papeles y venía a ver...

—¿Cómo, que viene a ver?—me replicó con extrañeza, pero sin acritud, como acostumbrado a desplegar una paciencia infinita. Dió una larga

chupada a su colilla y echó una ojeada a los papeles que le mostré—. ¿Tiene ya su defensa preparada? ¿Viene a presentar la contestación?

—Mire, yo puedo explicarlo todo ahora mismo. Yo...

Me interrumpió friamente, informativamente, apresuradamente:

—Es juicio de menor cuantía y puede usted mismo personarse, o bien nombrar procurador, si lo desea. Ya sabe que tiene nueve días para responder a la demanda y designar abogado.

—¿Abogado y procurador?—reaccioné con el pánico—. ¿Cómo? ¿Voy a gastarme los cuartos en un asunto que no me va ni me viene? Se trata de una filfa, un absurdo, una trampa que me quiere poner ese tío bestia. ¡Pero no me asusto! ¿Se va a ver conmigo en la calle!

—No se excite, hombre—dijo él con aire aburrido, sin la menor simpatía—. Lo mejor que puede hacer, si usted no entiende de esto, es ir a ver un abogado. El le aconsejará y le llevará el asunto como es debido.

Y sin hacerme más caso se puso a dictar al escribiente.

Salí de allí humillado y triste, profundamente descorazonado. De golpe se empequeñecían en mí muchas ideas antes grandiosas, y con ello, yo mismo me sentía repentinamente achicado, desvalorizado como ser humano. Me di cuenta de que yo no era un personaje heroico por tener un pleito, de que *mi caso* no era un acontecimiento importante y dramático, sino una nadería, una gota perdida en el mare magnum de pleitos civiles y causas criminales que promiscuamente llevaban los numerosos Juzgados de la gran ciudad. La Justicia perdía para mí el carácter de ente supremo, misterioso y solemne y me parecía una máquina tan rutinaria, lenta y grasienta como todas las máquinas burocráticas. Y me produjo repugnancia y rabia atroz que semejante artificio, irio y sin espíritu, me hubiese pillado en su engranaje y que yo fuese a dejarme en él tiempo, dinero, tranquilidad, y tal vez cosas aun más importantes.

\* \* \*

Así fué. Desde entonces empezó para mí una época ingratísima en todos los órdenes, con repercusiones en todas mis actividades: me pasó varias semanas enfrascado en aquel absurdo asunto, con los mios propios abandonados, yendo de acá para allá, a las órdenes de un procurador comodón, que a su vez estaba al servicio de un abogado, que apenas me recibió un par de veces y que parecía actuar con la superioridad y el hieratismo profesional de mi leyenda infantil. Me encomendó a su procurador y no creo que él volviera a ocuparse personalmente del asunto: no le vi aparecer una sola vez por el Juzgado. El procurador me repetía que no era preciso y en todo momento aseguró que era pleito ganado:

—Ese pobre hombre—me dijo, refiriéndose a mi socio—ha debido caer en manos de algún leguleyo rapaz y sin escrúpulos—exactamente lo que me parecía él cuando le veía actuar—que le ha aconsejado mal. La demanda está montada al aire. Perderá con costas.

Yo también estaba seguro de ello. Pero andaba desasosgado, viviendo en equilibrio inestable, pendiente de la solución del pleito para recuperar mi firme andadura anterior. Actuaba con timidez en mis operaciones comerciales, temía que mi asunto trascendiese entre mis relaciones, que los informes bancarios que de vez en cuando se pedían sobre mí mostrasen un punto vidrioso, en fin, que mi prestigio y mi crédito sufriesen menoscabo. En estos casos nadie sabe quién tiene la razón de veras, aunque termine por proclamarla el mismísimo Tribunal Supremo...

Pero ahora viene lo más tremendo: algo inaudito, inconcebible, que pulverizó por completo mi fe y mi moral legalistas. Cuando se abrió el período de prueba testifical, yo conseguí llevar a declarar en mi favor algunas personas: el mozo que tuvimos, el portero de la bohardilla, el droguero que nos vendía ciertos productos. Pero sus declaraciones fueron honestas y demasiado inconcretas: suponían, sí, que el de las pesetas era el señor Sotero, y a su nombre habían presentado recibos y facturas; pero eso no determinaba de qué bolsillo habían salido o debían salir los cuartos. En cambio, mi demandante fué más astuto y menos escrupuloso que yo. Un buen día, al ir por el Juzgado con mi procurador, hallé allí a mi contrincante con el suyo y con su abogado, como otras veces (siempre me producía envidia verle tan asistido). Y allí

TODO EL PANORAMA DE LA  
POESIA CONTEMPORANEA EN

## “ POESIA ESPAÑOLA ”

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración:

PINAR, 5 — MADRID

estaba también otro individuo desconocido e insignificante, que al pronto no me llamó la atención: creí que aguardaba para alguna diligencia ajena a las nuestras. Después me extrañó ver que el oficial de Secretaría decía un nombre, que el abogado de mi contrario hacía una seña a aquel extraño y que éste avanzaba hacia la mesa y empezaba a declarar. Pero me quedé pasmado cuando, entre las preguntas generales de la ley, le dijeron si me conocía a mí y respondió:

—Sí, señor.

Lo dijo sin mirarme, con voz modesta y comedida, pero firme, como constatando una verdad natural irrefutable. Yo sufrí un fuerte sobresalto y quise aclarar que yo no le conocía a él. Mi procurador me contuvo:

—Espere, espere, ahora no puede intervenir.

—¿Cómo conoció a este señor?—preguntó después el funcionario.

—Me lo presentó en una ocasión el señor Camuñas.

—¿Conoció usted al señor Camuñas?

—Sí, señor. Era amigo mío.

Yo estaba boquiabierto, sin comprender aún el objeto de aquella inesperada intromisión. Incluso hice desesperados esfuerzos por recordar si yo había visto alguna vez a Camuñas con aquel tipo. Entonces me fijé en él: era un hombrecillo cincuentón, delgado y algo encorvado, vestido de negro, incluso la corbata, pero con puños y cuello blancos. Todo él iba muy raído, como si sus ropas llevaran lustros enteros de uso. Tenía el rostro estrecho y saliente, sobre todo la nariz, fuerte, algo ganchuda y de color asalmonado—de las que yo llamo de mosca caído—, y llevaba unas gafas de montura oscura, con cristales tan gruesos que en absoluto pude distinguir sus ojos. Su voz, su calva y sus ademanes eran sacristanescos. Y, cosa extraña, por un instante me sugirió la imagen contrahecha de mi propio amigo Camuñas.

—¿Es cierto que usted conocía al señor Sotero anteriormente?—le preguntó el oficial, a propuesta de mi procurador.

—No, señor; le conocí a la vez que al señor Fulánez—y me nombró a mí, aumentando mi temeroso estupor.

—¿En qué circunstancias conoció a estos dos señores?

—Pues yo—se puso a decir lentamente, sin duda recordando una lección aprendida, pero como si recordase un hecho real—acompañé a mi amigo Camuñas a un café donde estaba citado con estos señores, que, según él me había dicho, eran sus socios capitalistas. Al presentármelos, volvió a decir lo mismo: que eran los capitalistas de la empresa.

Di un salto y, sin poderme contener, grité:

—¡Mentira, todo eso es mentira! ¡Yo no le he visto a usted en mi vida, yo farsante!

—Haga el favor de callarse—me dijo el escribiente con energía; y mi procurador me reprendió en voz baja:

—No le conviene ponerse así; ya sabe que no puede interrumpir al testigo.

—Ese no es testigo de nada! ¡Yo no le conozco, ni él a mí! ¡No deben escuchar sus trolas!

—Por favor, conténgase ahora—me cuchicheó mi defensor—. Ya intervendremos luego.

Así que, temblando de ira y de impotencia, tuve que soportar la actuación de aquella marioneta movida por la malicia de mi ex socio y sus defensores. Yo los miraba furioso, desorbitado, mascullando injurias, mientras ellos me daban el perfil de sus rostros impasibles y seguían con atención summa la actuación de aquel hombrecillo de apariencia tan inofensiva, incluso inocentona, que, siéndome totalmente desconocido, me hacía más daño que el peor de mis enemigos: según él, estuvo presente en una larga conversación de nosotros tres, los socios, y en todo momento yo me manifesté como consocio capitalista e incluso hablé de la venta de ciertas tierras que poseía, para aumentar el capital de la sociedad... Afirmó todo esto con voz tranquila y monótona, sin mirarme una sola vez. ¡Aquello era una desfachatez inaudita! Aunque acaso la farsa duró pocos minutos, a mí me pareció una eternidad, y hubo instantes en que la sangre se agolpaba en mi garganta y me nublaba los ojos.

Luego, a la salida, quise enfrentarme con mis adversarios y despacharme a mi gusto, pero todos se habían escabullido rapidísimamente.

—No se preocupe, hombre—me decía mi procurador, arrastrándome materialmente hacia la calle—. Eso no tiene importancia. Ganaremos de todos modos. Hemos puesto tacha al testigo. Es un amaño de la parte contraria.

—Pero ése, ese hombre... ¿Quién es?... ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué hace eso?

—Lo hace por veinte o treinta duros que le habrá dado el señor Sotero—dijo mi acompañante, y se echó a reír.

Me quedé frío de asombro.

—¿Y cómo lo ha consentido usted? Hay que meterlo en la cárcel. Debemos denunciarlo.

—¿Denunciar el qué? ¿Usted tiene un testigo de que es un testigo falso?

Me di cuenta de que aquel enredo podía no tener fin y sentí crecer mi repugnancia y mi espanto. Dije que a mí ya no me importaba ganar o perder el pleito, que sólo quería buscar a aquel tipo y librar a la humanidad de un ejemplar semejante. El procurador tuvo una sonrisa entre irónica y triste, y dijo:

—No vale la pena. No es un caso excepcional. Con frecuencia ocurre eso. Claro, en pleitos civiles, tiene poca importancia...

—¿Poca importancia? ¿Tienen poca importancia el crédito y la fama de una persona? ¿Cómo puede consentir eso la justicia?

—Mire, la justicia es algo muy distinto a lo que usted cree. Aparte de que no es infalible, es bastante perspicaz; no piense que se deja embaucar tan fácilmente por los picapleitos y los vividores. Espere usted con confianza el fallo del juez.

\*\*\*

Efectivamente, gané el pleito y mi ex socio tuvo que pagar hasta las costas... Pero, ¿qué importa? A mí no me devolvió la candorosa fe de antaño. A mí me hizo tanto daño la actuación del testigo falso, que no pude disfrutar mi triunfo. Ya el mismo día de su declaración famosa tuve mi primer cólico hepático, y desde entonces no me siento bien por completo: me he convertido en un hombre desconfiado, suspicaz, demasiado preocupado por lo que digo y ante quién lo digo. Actuó con excesiva cautela en mis transacciones mercantiles. Todo esto es fatal para un hombre como yo, que tiene que vivir y triunfar a base de facundia y desenvoltura. Pero lo más importante de todo es que el testigo falso, su mera existencia impune, constituye para mí una obsesión que me complica la vida. Durante muchos días fui a buscarle por los Juzgados, por el Supremo, por los bares de las Salinas y los alrededores. No logré encontrarlo ni nadie lo recordó a pesar de las minuciosas señas que di sobre él a porteros, ujieres, escribientes y taberneros. Yo creo que sospechaban mis feroces intenciones y fingieron, para no comprometerse. Seguí, aun después de liquidado por completo el asunto, con el empeño de hallarle, fijándome en cada transeúnte con furioso interés, con el ahínco que sólo dan las malas pasiones, haciendo fuerza telepática para atraerlo a mi vista. Hubiera sido mejor no conseguirlo, pues quizá ya lo hubiese olvidado y su influencia maligna estaría ya disipada...

La primera vez que me lo encontré, bien lo recuerdo, era vispera de Reyes, por la tarde. Yo iba en busca de mi mujer, excelentemente dispuesto de cartera y de ánimo para comprarle a ella y a

los niños los regalos. Me lo tropecé de pronto, en una plaza de mucho tránsito, en la misma boca del Metro. Aunque le había visto en una sola ocasión de mi vida, lo reconocí en el acto, más que por memoria visual, por instinto, por aviso infalible del corazón, que llevaba muchas semanas alerta. Me atravesé en su paso, entre la oleada de personas que subían y bajaban hacia el subterráneo.

—¡Por fin, buena pieza! ¡Ya era hora de echarmelo a la cara!

Me miró alargando el cuello, con expresión oegata, y dijo, muy suave y cortés:

—¿Cómo? ¿Qué dice, caballero? ¿Quién es usted?

—¿Que quién soy? ¡Ahora no me conoce! Sinvergüenza, ¿no me conocía tan bien en el Juzgado?

—chille.

Instantáneamente cambió toda su expresión. Bajó la cabeza, pareció retraerla entre la bufanda y el raído abrigo, igual que se retraen las tortugas en su concha, me volvió la espalda y huyó. Toda la escena fue rápida como un relámpago. Yo iba a cogerle por la solapa y a sacudirle dos tortas—ésa era, sobre todo, la satisfacción que mi sangre buscaba desde hacía dos meses—. Pero se me escapó con una facilidad inconcebible, lanzado esaleras abajo de un modo extraño, con precipitación y tiento a la vez, como si temiese que los escalones huyesen bajo sus pies y al mismo tiempo como si no le importase mucho romperse la crisma. Sólo mis insultos le persiguieron:

—¡Granuja! ¡Cochino! ¡Estafador!

La gente me empujaba y protestaba. Alguien dijo:

—Oiga, oiga, no estorbe el paso. Este no es sitio de discusiones.

Y la cerillera dió su opinión:

—Pero si era un pobre viejo. ¡Sabe Dios! Estos de cuello duro...

El guardia de tráfico se había aproximado:

—¿Qué le pasa?

En medio de mi excitación, me aturrullé:

—¿Se me ha escapado, el bribón!

—¿Quién?

—Ese maldito tipo.

—Pero, ¿le ha quitado algo, ¿qué le ha hecho?

—No, nada. Es un mal sujeto. Vende su conciencia por veinte duros—a mí mismo me sonó hueca y enfática mi expresión.

—Si tiene algo con él, ventílelo en otra parte.

—No sé quién es, ni cómo se llama, ni dónde vive...—murmuré.

El guardia me miró suspicazmente:

—Bueno, aquí no escandalice. Hagan el favor de circular: están taponando la boca del Metro.

Sofocado, tembloroso, huí de allí tan de prisa como mi enemigo, presintiendo que me había gafeado la fiesta de Reyes. En efecto, disputé con mi mujer en todas las compras, cambié mi premeditada generosidad por repentina y ridícula tacañería, en fin, estuve grosero con ella en una tienda de sombreros, inclinándome por el que menos le gustaba.

—¿No te parece que me hace muy mayor?—me consultó.

—No, te va muy bien, mujer—dije con desgana e impaciencia.

Ella me echó una ojeada triste y recelosa.

—Es un sombrero de señora mayor, Balbi.

Desde que pasó la luna de miel me irrita que me llame Balbi y sé que ella me lo dice cuando quiere molestarme; por eso respondí con dureza:

—Pues es el que te corresponde.

Como es una mujer de cortos alcances, al pronto no supo replicarme como merecía; pero la vi profundamente herida, casi llorosa, mientras la dependienta intentaba cambiar conmigo una miradita cómplice y yo le devolvía una de desprecio: en aquel instante odiaba tanto su tersa juventud maquillada como la maquillada madurez blanda de mi mujer... Naturalmente, nos fuimos sin comprar ningún sombrero, y ya en la calle estalló en improprios y yo no acerté a decir una frase amable para conformarla y se negó a elegir sus reyes y los míos. Así aquella noche, por primera vez desde nuestro matrimonio, mi mujer se acostó sin preparar los reyes para todos. Lo hice yo solo, con la pesadumbre de no saber qué dedicarle a ella, mientras que hasta la criada tenía su paquetito. Por fin, confuso y atolondrado, me decidí por poner un billete de quinientas en un sobrecito a su nombre. El resultado fue que a la mañana siguiente faltó espontaneidad y alegría en tal hallazgo y mis niños dudaron por vez primera, hicieron comentarios extrañados ante el sobre escrito con mi letra y nos miraron a nosotros dos con desoladora clarividencia. ¡Esto de destruir una de las más hermosas fiestas familiares tampoco se lo perdonaré nunca a ese tipo!

\*\*\*

A partir de entonces, he vuelto a encontrarme con él con cierta frecuencia. Por fatal casualidad, debe vivir en mi mismo barrio. Al principio, mi impulso era arrojarle sobre él, sacudirle por las solapas y abofetearlo. Pero nunca he podido atraparlo. Tiene una rapidez de sabandija o una habilidad profesional para escabullirse, siempre escondiendo la cara, sin pronunciar una palabra, sin demostrar en nada que oye siquiera mis voces insultantes. Disimula y escapa de tal modo que apenas le ven los demás y soy yo solo quien da el espectáculo y hace el ridículo, corriendo tras una sombra, con toda mi corpulencia. Desde luego, la gente misma tiene la culpa de que nunca le haya echado mano. Con esa estúpida curiosidad disfrazada de ciudadanía, le rodea a uno inmediatamente, le acusa a preguntas necias, se lanza a suposiciones gratuitas.

—¿Qué pasa, qué pasa?

—¿Es un timador?

—Es un ratero, ¿no? ¿Le ha birlado algo?

—Allí hay un guardia. ¡Guardia, guardia, un ladrón!

—¡No, no, por favor! ¡Déjenme en paz, llevo prisa!

Y tiene uno que zafarse de todo el mundo a empujones, sin dar las gracias, aturrido y temeroso de que nuevamente un guardia llegue a tiempo y pida explicaciones. Toda explicación sería vana y cómica, ya lo sé...



Por eso, últimamente, he decidido actuar con cierto humorismo. Ya no me interesa pegar a mi enemigo, ni acercarme a él siquiera. Hago algo más refinado, más maligno, menos arriesgado para mí—siempre la gente se vuelve contra el que pega, sobre todo si es a una persona de edad—: le insulto desde lejos, le apunto con el dedo, me burlo de él con sarcasmo, le arrojo de los vehículos con mis voces, le lanzo entre el tráfico rodado, le hago correr como un ladrón (lo que es, un ladrón de honras, artero y escurridizo...). La penúltima vez le sorprendí en la barra de un bar cuando, apaciblemente, iba a tomarse un chato de blanco y unas aceitunas. Desde el otro extremo del local, le señalé y dije a gritos:

—¡Eh, eh! ¿Cómo dejan a ese hombre estar entre personas decentes? ¡Es un traidor! ¡Es un sinvergüenza! ¡No deben servirle! ¡Fuera, fuera!

¡Hubo que ver cómo soltó el vaso en mitad del camino, cómo miró a todos lados presa de pánico, cómo abandonó el campo sin tomarse nada, en medio de la chacota general!

Analizándome bien, hay en mí como un regusto vicioso en el encuentro, una complacencia especial en perseguirle, en ensañarme con él, en comprobar su reiterada cobardía. Y resulta que ahora, sobre todo mientras ando por las calles de nuestro barrio común, bulle en mí un desasosiego recóndito, una impaciencia, una espera de algo incierto y problemático, pero anhelado y temido a la vez. Es como un pesar oscuro que necesita aclararse y definirse por una brusca sensación. Y esta precisa sensación es su presencia: su figura enteca y negra, su nariz encarnada y lacia, sus gruesas gafas impenetrables, su espanto y su fuga al escuchar mi implacable voz... «Ya está, esto es lo que me pasaba, que me lo iba a encontrar; era un presentimiento.» Y momentáneamente descanso de mi ansiedad. Pero luego el malestar se renueva, más fuerte y definido, y perdura durante todo el día, como una reminiscencia amarga, como un nervosismo malhumorado que me incapacita para el trabajo. A todos mis actos y pensamientos se mezcla su recuerdo como una música de fondo con innumerables y machacones motivos. Otra vez... Otra vez le he visto. ¿Qué maldición es ésta? Apenas paso un mes sin verle. Es curioso, y parece cosa del diablo, que en una ciudad tan grande pueda uno encontrarse tantas veces precisamente con la única persona que no debiera encontrarse jamás... Y nunca me desahogo por completo; se me escapa. ¡Vaya agilidad! Claro, es un hombre joven todavía; aunque parece gastado y débil... Iba tan tranquilo, tan descuidado, disfrutando su misera porción de vida... ¡Qué absurda cara llorosa, humilde, acobardada ha puesto al oírme! Resulta cómico... ¡Me está pagando bien su faena! Y parece aceptarlo como una cosa justa; no dice nada, nunca dice nada; baja la cabeza, se desliza y huye... Pero, si es tan tímido, ¿cómo hizo aquello? ¿Cuánto le darían? ¿Lo haría por alguna otra razón? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe qué motivos, qué tremenda necesidad le obligaría a venderse o qué coacción terrible haría sobre él mi socio! Tiene cara de hambre y de enfermedad, va mal vestido; el traje que lleva tiene quince o veinte años... ¿Tendrá familia? ¿Mujer, hijos? ¿Trabaja en algo? ¿Será de veras testigo falso de profesión? No puede ser; ya hubiera caído en manos de otro más bruto que yo. No conseguí verle por los Juzgados, y allí nadie le conocía. Tendrá otros trapicheos el sinvergüenza. ¿Y cómo puede ser tan cobarde? ¿Cuánto le desprecio! ¡Cómo me divierte perseguirle, abochornarle, vengarme una y mil veces; de su infancia, amargarle la vida como él me la amarga a mí...! ¿Qué sentirá él? ¿Le remorderá la conciencia? Me gustaría que alguna vez reaccionase de otro modo; debería rechazarme, responderme algo, incluso pegarse conmigo; o disculparse, pedirme perdón, explicármelo todo... Pero no, se espanta y huye, siempre suye... Desaparece en el acto, como una sombra... A lo mejor hoy no era él, a lo mejor no era nadie. ¡Estoy tan obcecado!... Acaso sea

un fantasma... ¿Y si fuese el fantasma de mi amigo Camuñas? Tienen los dos un vago parecido; son así como el anverso y el reverso de una misma personalidad... ¿Llegaría mi amigo a eso, a reencarnar en un testigo falso, para imponer su criterio en el asunto del jabón? Camuñas era muy capaz de opinar que yo debía perder a medias con el señor Sotero, que todos debíamos perder algo, ya que él mismo perdió la vida. ¡Vaya un disparate!... Estoy enfermando de los nervios; todo esto es absurdo y morboso. ¡No quiero acordarme más de aquel maldito asunto, no quiero pensar más en este hombre! ¿Es Dios o el diablo quien me tienta con él? ¡No quiero verle! Necesito recobrar mi personalidad y mi equilibrio. Pero no lo lograré mientras no deje de verle; tendré que mudarme de barrio, tal vez de ciudad... Me es imposible continuar así, con la existencia de otro hombre incrustada, como un molesto parásito, en la mía. Creo que ya le temo más que le aborrezco.

\* \* \*

Al fin, gracias a Dios, creo que estoy salvado de esta pesadilla. Este último encuentro, el de hoy, al cabo de un mes, ha sido verdaderamente providencial.

Era el anochecer y regresaba yo a mi casa, con cierta prisa, después de una jornada de trabajo intenso. No iba pensando más que en mi necesidad de paz y de reposo en el seno de mi familia. Y al volver una esquina me topé de frente con un hombre, al que tuve que coger de un brazo y sujetar fuertemente para que no cayese. ¡Era él! ¡Era el testigo falso!

—Perdone, señor... Apenas veo; cada día menos... Se me acaban de romper las gafas...

Su cara estaba bajo la mía, sin la menor defensa; la he visto muy bien, tan de cerca como veo a diario las caras de mi mujer y de mis hijos. Tiene el rostro devastado por el hambre, por la enfermedad, por la indignidad y la deshonra. Me ha producido la más penosa confusión. Todavía sostenido por mi brazo, dijo:

—Muchas gracias, caballero. ¿Podría indicarme si ésta es la calle Tal?

—Sí, es esta misma, a la vuelta de la esquina.

—Al oír mi voz, aunque por vez primera fue para él blanda y tranquila, se estremeció; alertó todo el rostro y abrió los ojos desmesuradamente. El foco de la esquina se encendió de pronto y dió de lleno sobre ellos. Por primera vez los vi por completo al desnudo. Sentí que mi alma se derretía de compasión, de ternura y hasta de arrepentimiento. Yo leí hace tiempo que un hombre mataba a otro porque éste le miraba con un solo ojo. Es increíble. Estoy seguro de que las gentes que matan pueden hacerlo porque cierran los ojos y no ven los de su víctima; estoy seguro. Nadie podría asesinar ni hacer daño a nadie si en el instante decisivo se parase a mirar bien, a fondo, los ojos del otro. Los ojos de las gentes, por dentro, son intocables, como su alma, y, como ella, tienen independencia absoluta de la condición de todo el resto. Nada tienen que ver las arrugas alrededor, los rictus endurecidos de los párpados, la usura atroz del tiempo en las demás facciones. Yo digo lo de dentro, ese extraño núcleo central, rodeado por curiosos círculos y estrias, de una sustancia tan delicada... Eso no envejece ni se perverte jamás; eso es siempre tan desvalido y tierno como el día que se abre a la luz primera...

Solté su brazo, murmuré un adiós indefinible y eché a andar lentamente, sintiéndome respirar con amplitud y gozo, como no lo hacía desde mucho tiempo atrás. Se me ha pasado todo rencor hacia el testigo falso. Me he dado cuenta de lo infeliz, lo misero, lo desgraciado que es. Sólo es eso: un desgraciado. Nunca más volveré a ocuparme del pobre hombre. O quizá, cuando me cruce con él, le saludaré alzando el sombrero, para que se sienta halagado y respetable.



# LA ALDEA MALDITA

## UNA CIUDAD SATELITE ALZADA EN MADRID



Limita con la ciencia del Consejo de Investigaciones Científicas y la fotogenia de los estudios cinematográficos



Este es el estupendo aspecto de esa nueva ciudad satélite, al final de la calle Mola, por donde se ensancha el Gran Madrid

Y dónde vive usted?—pregunta la periodista a esa amiga cuyos asuntos económicos marchan divinamente.

—Hemos tenido mucha suerte. Conseguimos un piso en la Aldea Maldita.

La periodista abre los ojos con el bobalición asombro propio de los amigos caracoles, y en cuanto consigue ordenar su sorpresa comienza la investigación.

A la Aldea Maldita se llega por medio de elegantes trolebuses y

suntuosos autobuses de dos pisos. Sus límites urbanos son impresionantes. De un lado el elegante barrio de la Colonia del Viso, morada de diplomáticos, Ministros, catedráticos y ancianos matrimonios rentistas de los que adoran su trocito de jardín donde cuidan un rosal, un sauce llorón y dos ocas; de otro lado, el ancho campo, ese campo que en las afueras de Madrid parece más campo que en los mismísimos trigales de Castilla la Nueva. Luego, la Aldea Maldita

cuenta con otros dos límites de tipo intelectual y psicológico. El Consejo de Investigaciones Científicas, por una parte y por la contraria, algunos de los estudios cinematográficos más importantes de la Villa, lo que pudiéramos llamar nuestro Hollywood para ir por casa. De esta suerte las jovencitas de la Aldea Maldita están situadas en el mejor lugar estratégico de la ciudad, teniendo a tiro a los sabios las de tendencias técnicas, filosóficas o poéticas, y a tiro a los guapos

las de tendencias estéticas, plásticas o fotogénicas.

«ESAS CASAS DE FINAL DE GENERAL MOLA»

Este barrio «satélite» cercano a las estrellas cinematográficas, además del título de Aldea Maldita tiene la designación popular un tanto nebulosa y abstracta de «esas casas de final de General Mola». Esas casas albergarán en su día 80.000 madrileños, y sus rentas oscilan entre las 350 y las 700 pesetas. En ellas funciona ya un cine y hay dos más a punto de inaugurarse. Resulta encantador ir de compras a esta pequeña ciudad que acabamos de inaugurar; la farmacia, la tienda de comestibles, la verdulería, la perfumería, la peluquería..., todo está recién puesto; todo como recién sacado del embalaje con el níquel, el cristal, la madera o el bronce conservando todavía la huella de las virutas, los papeles y el serrín. ¿Y los comerciantes de esta nueva ciudad? ¡Qué maravilla! No como los comerciantes antiguos, los de las calles angostas, los que quieren vendernos los botones del año del cólera que han encontrado olvidados en la bodega, los que nos tratan de tú y nos tienen cogidos porque un día de pequeños les dejamos a deber una perra gorda y ya de por vida «nos comieron la moral».

UN BARRIO «CON ZAPATOS NUEVOS»

Los comerciantes de la Aldea Maldita atraviesan ese magnífico momento humano en el cual el individuo estrena algo, ese momento inconfundible de «chico con zapatos nuevos». Mirad ahí al caballero propietario de la mercería.

—¿Sirven a la señorita? ¿Qué desea la señorita? Una silla para la señorita. ¿Perlé para hacer unos guantes? ¿Lo quiere de nylon? Aquí lo vendemos de nylon. La señorita puede verlo, puede llevarlo, puede probarlo y puede devolverlo si no le gusta como queda. Un momento, ¡perdón! La señorita tiene una mota de pelo en el hombro. Luisita. Un cepillo para la señorita.

Y salen del mostrador para abrirle la puerta y le despiden desde su establecimiento con una sonrisa abierta, familiar, deportiva, y cuando pasa, ya de regreso.



La pequeña gran ciudad que se alza cerca del Viso dispone de los elementos más modernos de instalación hoy día

en el trolebús, le hacen señas desde su puerta con ese gesto inconfundible que se usa en las estaciones y en Barajas.

¿Y quienes viven en la Aldea Maldita? Pues vive mucha gente. Por ejemplo:

Viven Luisa y su hermana Petra. Luisa es secretaria del jefe de personal de una empresa, y su hermana empleada de Hacienda. Antes de la construcción de la Aldea Maldita vivían en una residencia para señoritas. Tienen uno de los pisitos pequeños, lo han arreglado de esa manera encantadoramente camélistica que arreglan las habitaciones las señoras aficionadas a los figurines y las revistas femeninas. Baules, maletas, cajones, tablas y mesas viejas han desaparecido bajo el alegre embuste de unas cretonas vivas que pintan de exposición de floricultura la casa entera.

—Estamos muy bien organizadas. Lunes, miércoles y viernes friego yo y Petra guiso. Martes, jueves y sábados cambiamos el turno. El domingo, que es el único día que estamos en casa, viene una mujer a lavar. Cada semana corresponde la limpieza total de la casa a una de nosotras, de manera que cada mes gozamos de dos semanas de vacaciones domésticas. Se han inventado ya tal cantidad de sopas concentradas, jugos de carne a presión y calamares en lata que la cocina da poca guerra. El domingo hacemos flan o natillas, y por la noche todos los días puré y huevos, que se hacen en un relámpago.

CAMPO DE MANIOBRAS PARA FANTASMAS LITERARIOS

El otro piso que he visitado tiene por todo vecino a un montón enorme de libros que ocupan lo que ha de ser cuarto de estar, y otro montón todavía más gran-

de de libros que ocupa lo que ha de ser dormitorio matrimonial. De manera que los señores fantasmas literarios que corren sus vidas a través de aquellos miles de páginas, sean Don Quijote, Hamlet, los Amantes de Teruel o Pulgarcito, tienen campo de maniobra para duendear sin que nadie les incomode. En otra habitación hay un par de maletones viejos, otro de bastones de hockey, una mochila, una jabalina y varias cuerdas de escalador de montaña.

—¿Y esto qué es? ¿Alquiló este piso algún aprendiz de trape-

—No señorita, este piso está alquilado por un joven periodista que espera tener muy en breve arreglado su ingreso en la Asociación de la Prensa para contraer matrimonio. Algunas veces vienen la pareja a dejar más libros, nuevas mochilas o periódicos viejos. Lo miran todo, miden las paredes, hacen proyectos, se miran a los ojos, me dan una propina, hablamos de fútbol y les acompaño hasta la parada del trolebús. Son mis inquilinos favoritos. Mi mujer sube todos los sábados y les barre el cuarto para que no se les amontone el polvo. Y lo barre sin cobrarles nada, ¿eh?, pura simpatía que les tenemos.

Dos casas más allá prendo la hebra con un portero simpaticón y pícaro.

—Mire usted, aquí el primer inquilino que llegó es un caba-llero que tiene en el centro un piso con catorce habitaciones, dos cuartos de baño, tres criadas, esposa y seis hijos. Esto lo sabemos porque Madrid no es tan grande como para no conocer al-

Casi sin darse cuenta... será un experto en **CONTABILIDAD** (Teneduría de Libros)

\* CALCULO MERCANTIL REDACCION

TAQUIGRAFIA \* ADMINISTRADOR MECANOGRAFIA \* CORRESPONSAL

PIDA FOLLETO GRATIS A

Centro de Cultura por Correspondencia

ACADEMIA CCC APARTADO 108 S. SEBASTIAN



Si, señores. Cuando algún amigo le diga que vive en la Aldea Maldita no se asuste, es una verdadera ciudad confortable y moderna

gún portero de cualquier calle. ¿No le parece? El caballero es lo que pudiéramos llamar un hombre picarón, ¿me entiende?—y me hace un guiño de lo más existencialista.

Luego está el divertido piso de un pintor joven que tiene allí establecido su estudio. Un muchacho estudioso y trabajador. Algunos días llega su hermana, que está casada en Madrid y tiene varios hijos, y comienza a limpiar por el vestíbulo y no se va hasta que no deja relucientes hasta los lienzos que su hermano tiene a medio pintar. Es un piso simpaticón, en el cual siempre se encuentra la cafetera con café reciente, la bolsa de las galletas encima de una mesa, un bote de mermelada abierto y una colección de tomates y pepinos con los que el propietario de la casa está haciendo una «naturaleza muerta».

El porcentaje más elevado de pisos lo ocupan matrimonios jóvenes. El marido sale de casa a las ocho y media para tomar el autobús, y una hora después comienzan a poblar las aceras las esposas, todas arregladitas con ese vestido que al decir de sus mamás «Todavía te servirá para ir a la compra». Estos pisos son nidos encantadores con mucha mantelería de «Tú y yo», mucho delantal de labor haciendo juego con el cubrebandejas, mucha taza de materia plástica, mucha muñeca de trapo de las que regalaba el esposo a la joven esposa por Reyes y por San Valentín, un aparato de radio comprado a plazos, una máquina de coser comprada a plazos y una bandeja para servir el desayuno, regalo de tía Carolina, que no

puede emplearse porque no cabe por el minúsculo pasillo.

#### CUANDO LA CIGUENA LLEGA

En algunas casas ya llegó la cigüeña, y en el portal se ve ese simpático garaje infantil compuesto de modelo 1952 de silla plegable, modelo 1953 de coche con capota, modelo 1950 de silla con toldo. En los casos en que la cigüeña llegó ya a estos hogares nuevos el patio de vecindad es ya un recinto simpático.

—Luisito. Si no comes las patatas ahora mismo llamaré al hombre de la cara de tigre.

—Mama, ¿qué es más, capitán o sargento?

¡Tengo una muñeca vestida de azul con su camisita y su canesú!

Luego de esta inspección ocular de la Aldea Maldita, la periodista toma el trolebús. En la cola hay dos electricistas de los cercanos estudios de Sevilla Films, tres extras que esta semana trabajan de «millonarias en vacaciones», una señora de la limpieza y un anciano caballero de barba cuidada que viene de ver a sus nietos.

—Todas las mañanas me acerco a casa de mi hija—me dice—. Si no viera a los pequeños me parecería que me faltaba algo. Les traigo caramelos, pepitas de girasol o castañas.

Al llegar a Serrano suben varios sabios en la parada del Consejo.

—Mire usted, Ramírez—los sabios pueden llamarse Ramírez y Gómez, amigo lector—, yo creo que este problema nos lo va a resolver la silicona. El caucho de silicona resiste temperaturas mayores de los 120 grados centígrados, como usted sabe.

—Bueno, señorita. Yo me apeo aquí—me dice el anciano de las pepitas de girasol cuando llegamos a Goya.

Ochenta mil madrileños vivirán en la Aldea Maldita—vengo yo pensando—, electricistas de Suevia Films, contables de un Banco, jóvenes investigadores, algún poeta, que nunca falta, algún grueso caballero picarón, matrimonios jóvenes, abuelos de las clases pasivas..., ¡hermosa y variada ciudad la nuestra!

Pilar NARVION

(Fotos de Aumente.)



«Nuestra ciudad», como dicen los habitantes de la Aldea Maldita, no carece de nada. Modernos establecimientos, cine y, entre otras cosas, un excelente servicio de transportes hasta el corazón de Madrid

# Rialto

HOY, ESTRENO

UNA GRAN SUPERPRODUCCION  
QUE ASOMBRARA AL MUNDO



**RAFAEL  
RIVELLES**

## EL BESO de JUDAS

**FRANCISCO RABAL**

GERARD TICHY • FERNANDO SANCHO  
FÉLIX DAFAUCE • LUIS HURTADO  
JOSE NIETO • GABRIEL ALCOVER

CAMARA: A. FRAILE • DECORADOS: E. ALARCON  
ARGUMENTO, GUION Y DIÁLOGOS:

DIRECTOR:

**RAFAEL CIL**

**VICENTE ESCRIVA**  
ESTUDIOS: C.E.A.

Millares de extras, escenarios gigantescos, vestuario fastuosísimo.  
Todos los medios se han empleado en esta impresionante y colosal obra  
cinematográfica.

# INSTITUCIONES VENERABLES

**NADIE PODIA  
ATACAR PUBLICAMENTE  
A LAS ACADEMIAS  
SIN HERIR JUSTAS  
SUSCEPTIBILIDADES**

**Se organizan  
Corporaciones  
autónomas  
para impulsar  
las actividades  
académicas**

## VIAJEROS A LA INMORTALIDAD CON BUTACA NUMERADA

*Las Academias, de la Lengua, de la Historia, de Ciencias Morales y Políticas..., son instituciones venerables hacia las que no puede menos de sentirse verdadero respeto. Nadie podría atacar públicamente a las Academias sin peligro de herir justas susceptibilidades y hasta puede que provocar una cierta repulsa en algunos sectores que adoptan hacia tales organismos una actitud reverencial muy explicable.*

*EL ESPAÑOL, sin que renuncie a tratar cuestiones de interés público como éstas, empieza en este caso por proclamar su mejor buena voluntad hacia esas instituciones culturales.*

*Pero el preocuparse por el «deber ser» ha sido siempre un cometido académico, desde la antigua Grecia a nuestra España actual, y es en virtud de esa preocupación de altura y perfeccionamiento por lo que nos ocupamos de las Academias, que, como obra de hombres, son perfectibles y pueden ser, por tanto, objeto de mejora y acomodación al tiempo.*



Esta es la biblioteca de la Real Academia de la Lengua. La fotografía de arriba muestra parte de la fachada de la docta Casa

Creo que, para todos, la travesura infantil de más dramático desenlace ha sido aquella de despanzurar un muñeco para saber «qué tenía dentro» y hallarse con una entraña reseca y fría de serrín.

No sé por qué extraña, y tal vez incongruente asociación de ideas, se me ocurre eso ahora, cuando aspiro a poner en orden algunas notas que he reunido acerca de las Academias.

Uno ha estado dominado, como casi todo el mundo —y hasta hace bien poco—, por el sentido reverencial de las Academias. Estas instituciones se me aparecían como algo lejano y glorioso, como entidades, en cierto modo olímpicas, ante cuyos pórticos a las gentes del montón no nos correspondía otra actitud que la de dejar que rodasen, en un gesto de humildad y acatamiento, nuestras vértebras cervicales.

Y tal vez, precisamente porque a mi modestia se le antojaban las Academias corporaciones ilustres y remotas, pienso ahora que los respetos humanos son un simple problema de distancias. Por algo se ha dicho —dando en el clavo— que para su ayuda de cámara no hay hombre grande.

En los últimos ocho días he acertado considerablemente la distancia que me separaba de la intimidad de las Academias. Ha sido, ciertamente, un avance lento, porque estas instituciones pertenecen a un mundo hermético, de persianas caídas y cortinas y visillos en perpetuo celestineo con la penumbra.

Y me interesa hacer constar, a estas alturas, que en esta pesquisición no me ha guiado el consejo de aquel dirigente liberal que señalaba la conveniencia de andar por la vida con una mano llena de respetos y un saco a cuestas colmado de faltas de respeto.

Con un respeto absoluto he realizado —movido por los imperativos de mi oficio— estas indagaciones.

Uno no es responsable de que las presentes notas disten de contribuir al prestigio de las Academias. Tampoco es culpable la curiosidad del niño que, al destripar su muñeco, se encuentra con las manos llenas del innumerable, minúsculo y artezano coágulo del serrín.

### LA INMORTALIDAD ELIGE A CIEGAS

A nuevos tiempos, modos nuevos. Hace unos años era norma que pocos se saltaban la de poner una anécdota como colofón a cierto género de reportajes. Prefiero yo esta vez, alterando esa desusada rutina, utilizar inicialmente el trampolín de la anécdota para saltar a las revelaciones ulteriores.

Era candidato a un sillón en la Academia de la Lengua un literato relevante, a quien ponía el veto una ilustre personalidad, cuyo voto decidía. Los amigos del aspirante a la inmortalidad, con butaca numerada, realizaron tenaces intentos para reducir la obstinación del intransigente opositor.

Todo fué momentáneamente inútil y la votación se mantuvo en un interregno vacilante por espacio de varias semanas, en el curso de las cuales los amigos del candidato vetado mantuvieron su forcejeo. Nada hubiesen conseguido, sin embargo, de no haberse producido fortuitamente una circunstancia que favoreció sus planes.

En manos de la personalidad que formulaba el veto cayó un número de una revista en la que se insertaba un poema, cuya firma identificó erróneamente el académico con la del candidato a quien él había vetado. Aquel trabajo—del que era autor un sobrino del candidato, de igual apellido—obró el milagro de quebrantar la intransigencia de la ilustre personalidad e inclinó su voto—obediendo a la simple ventolera de una momentánea emoción estética— a favor del vetado. De modo que éste debe su solemne investidura académica—es decir, coyunda con la inmortalidad asegurada a todo riesgo— a un puro despiste.

Por cierto que el sobrino del elegido—es decir, el autor del poema que decidió la elección—apostilló el episodio en los siguientes términos: «Siempre conservaré la duda de quién es el elegido: si mi tío o yo».

#### LA ACADEMIA DE LA LENGUA COMPRA LAS PALABRAS

En la Real Academia de la Lengua existe un enorme mueble-fichero en el que se acumula una fabulosa cantidad de papeletas de palabras enviadas a la «docta Casa» por los que podríamos llamar sus «colaboradores espontáneos». La Academia ha venido pagando estas papeletas a dos pesetas. Constituyen un material precioso, pero que forzosamente hay que incorporar a la relación de tesoros escondidos, pues su utilización y divulgación es tarea, hasta ahora, tozudamente soslayada por la Academia. Sólo de raro en raro los académicos aprovechan estas papeletas para sus trabajos particulares. Don Emilio Cotarelo solía decirles a los amigos, ajenos a la Casa, que alguna vez le acompañaban en sus visitas a la Academia: «En ese fichero (y se refería al que contiene las papeletas de los «colaboradores espontáneos») se guarda la ciencia de la mayor parte de los académicos».

Por lo visto, las reuniones oficiales que todos los jueves celebra la Academia no modifican la crónica actitud de desdén hacia el tal fichero.

Hay, no obstante, una prueba de la actividad de la insigne Corporación: el apéndice—unas doce o catorce páginas—con que la Academia ha completado recientemente su diccionario. Apéndice que, por fortuna, no modifica dos magníficos rasgos de humor académico que contiene el diccionario. Nos referimos a la definición de la palabra mula, que se consigna literalmente así: «Mula. (Del lat. mula.) f. Hembra del mulo»; y a la del vocablo perro, expuesta del siguiente modo: «Perro. m. Mamífero carnívoro doméstico, de tamaño, forma y pelaje muy diversos, según las razas, pero siempre con la cola de menor longitud que las patas posteriores, una de las cuales suele alzar el macho para orinar». ¡Delicado detalle el que nosotros nos permitimos destacar en cursiva! Pero, si no se les ha escapado esa pulcra advertencia, en cambio los inmortales olvidaron incluir, lo mismo en el diccionario que en el apéndice, términos de tan castellana raigambre como «berenjenero», empleado frecuentemente por Cervantes y Covarrubias.

#### LA HORA DEL CEDAZO

Hay un agustino en El Escorial cuyo prestigio como investigador de la Historia hace mucho tiempo que ha rebasado nuestras fronteras. Es seguro que el lector habrá sospechado ya que nos estamos refiriendo al vallisoletano padre De la Pinta Llorente.

Quien, dentro o fuera de España, quiera seguir sin riesgo de extraviarse la huella de la actividad de la Inquisición, tendrá, sin remedio, que apelar al resultado de las investigaciones del padre De la Pinta.

Diffícilmente podrá ser hallado nadie en nuestro país con más decidida vocación por los estudios históricos que el religioso a quien estamos aludiendo.

Se cuentan por millares los españoles que consideren, de antiguo, que si alguien se merece un sillón en la Academia de la Historia es el agustino de El Escorial. Más recientemente, esta misma convicción se apoderó del ánimo de algunos académicos.

Pues bien, planteada en el seno de la Corporación, con carácter oficioso, la conveniencia de re-

conocer los méritos del padre De la Pinta nombrándole académico, la sugerencia halló en cierto sector de la Casa una oposición cerrada e irreductible.

Juzgando por ciertas elecciones, podemos afirmar—apoyándonos por anticipado en unas manifestaciones de don Luis Astrana Marín que hallará el lector si sigue prestándole atención a este trabajo—, que no siempre la Academia de la Historia ha empleado, a la hora de aquilatar merecimientos, un cedazo tan sutil.

#### CARTA Y TELEFONAZOS

Soy de una tierra—nací en el mismo pueblo que don Gabino Bugallá y Araúz—donde el arte del pucherazo electoral tiene tradición y puede ofrecerse con caracteres de ejemplaridad para el resto del mundo.

No sólo la norma jurídica por que se rigen, sino, además, la irreprochable contextura moral de sus miembros, excluyen el pucherazo de los usos electorales de las Academias. Porque el pucherazo es una trampa descarada, que va desde romperle la urna en la cabeza al presidente de la mesa, con el fin de aprovechar el alboroto para añadirle algunos votos al candidato del agresor, hasta resucitar muertos olvidados para que emitan su sufragio ultraterreno con exquisita escrupulosidad cívica. Vuelvo a decir que en estas trampas ostensibles no incurren los académicos.

Pero mi célebre paisano el lucense Pepe Benito tendría, a la hora de «añañar» una elección, mucho que aprender de las Academias. Porque en las votaciones de éstas son lícitos todos los recursos que no constituyen figura de delito: el telefonazo, la carta, la constitución de escuadras de coacción moral, las exclusiones previas por razones extra-académicas...

Gracias a esto puede darse el caso de que en una de estas corporaciones ingresen exclusivamente gentes vinculadas por razones que nada pueden tener que ver con lo que debe contar en una valoración académica.

Y permítasenos señalar, si quiera sea de pasada, que las Academias—y lo decimos en elogio de su ecuanimidad—han actuado en los tres últimos lustros con absoluto y elegante divorcio de cualquier género de «prejuicios» políticos.

#### SE BUSCAN—Y SE HALLAN— SUCEDANEOS

Ni aunque hubiese sido rigurosamente angelical—que no lo fué—la actuación de las Academias, dejaría de haber descontentos. En las tertulias literarias ha sido con frecuencia promotor y revulsivo de malos humores el tema de las Academias.

Se lanza con frecuencia contra las Academias la acusación de que son organismos anquilosados, a quienes una vieja atrofia impide cualquier movimiento con resultados fértiles.

Para sacar de su estancamiento unas tareas que están abandonadas por las Academias, se organizan actualmente corporaciones autónomas que aspiran a una gran amplitud de acción. Se da el caso de que incluso algunos académicos prestan su asistencia a las nuevas entidades, que vienen con una gran dotación de ímpetu inicial a realizar las misiones de cuyo cumplimiento parecen haber dimitiido, desde hace algún tiempo, las Academias. Este es el caso de don Gregorio Marañón y don Wenceslao Fernández Flórez, que aparecen incorporados desde el primer momento a la Sociedad Cervantina, entidad cuyo nacimiento se debe al desvelo del señor Astrana Marín.

De momento, la Sociedad Cervantina—de carácter internacional—agrupa a 115 socios fundadores y ha instituido el Premio Larragoiti, de 25.000 pesetas, que será otorgado anualmente a la mejor novela escrita en castellano.

Se propone la Sociedad Cervantina—además de avivar el culto a la memoria del autor del Quijote—fomentar el cultivo de las letras y las artes y promover todas aquellas empresas que puedan contribuir a suscitar en el ámbito de la Hispanidad un vigoroso florecimiento cultural.

La Sociedad Cervantina tendrá su sede—en hermosa congruencia con sus fines—en la casa de la calle de Atocha—cedida a la entidad por el Estado—donde tuvo Juan de la Cuesta la imprenta en que fué editada la primera parte del Quijote.

Otro grupo de escritores relevantes, capitaneados por don Eduardo Aunós, tiene ya articulado el plan de creación de la Academia Libre, que, según nuestros informes, será algo así como la versión española de la Academia Goncourt.

## AQUI TRAIGO UN DON LUIS QUE VALE LO MENOS DOS

La alianza de una mesurada afición al vino con los más nobles afanes literarios le da un carácter simpático a esta tertulia germinal de la Sociedad Cervantina, que se reúne todas las noches en un bar de la calle de Núñez de Arce. Preside, con su aire de pajarero inteligentísimo, pero un poco ausente de su circunstancia, don Luis Astrana Marín. El investigador Portabales Pichel—que se enorgullece de haber oscurecido la aureola de creador escorialense que rodeaba a Herrera—chilla mucho con su acento pontevedrés, y Astrana Marín, que no oye bien, chilla todavía más con su irreprochable castellano un poco nasal.

La gente que ocupa mesas próximas a la nuestra hace, de cuando en cuando, gestos de regocijado asombro ante algunas de las afirmaciones de Astrana. Yo me siento un poco incómodo, porque tengo la impresión de que estamos dando el mitin, pero don Luis trata de tranquilizarme diciéndome:

—No se preocupe, no estamos conspirando. Además, esto que digo aquí soy capaz de gritarlo en la Puerta del Sol.

Tengo la impresión de que no va a hacer ninguna falta que nos movamos de aquí para que medio Madrid se entere de lo que decimos.

—A juicio de usted, ¿la Academia de la Lengua hace algo útil?

Astrana se ríe con una risa metálica que se parece al sonido de una lima mordiendo hierro:

—No sea usted humorista. No hace nada que valga la pena, y si se reúne los jueves es para hablar mal de mí.

—¿Es que la gente valiosa que hay en la Academia no hace nada?

—En la Academia nadie hace nada; pero, además, gente valiosa hay allí muy poca. Si se exceptúan cuatro o cinco nombres de positivo mérito—no concedo ni uno más—, con los restantes puede hacerse lo que hicieron el cura y el barbero con los libros de Don Quijote: tirarlos al patio.

—¿No hay más que cuatro o cinco escritores de nota en la Academia?

—Ni uno más. Los restantes, si pretendiesen vivir de su pluma como profesionales, acabarían muriéndose de hambre.

—¿Tiene usted mejor opinión de los académicos de la Historia?

—Por ahí anda la cosa. ¿Cómo pretende usted que yo tome en serio a una Academia de la Historia que cuenta entre sus miembros a... alguno que no tiene nada que ver con lo que se debe entender por investigación histórica?

—¿No le parece injusto que a usted no le haya llamado la Academia de la Lengua ni la de la Historia?

—No me importa nada. Hace más de treinta años que me juramenté para rechazar mi propia elección si se produjese.

Yo digo aquellos versos de la «Letanía de nuestro señor Don Quijote»:

«De las epidemias  
de horribles blasfemias  
de las Academias,  
¡libranos, Señor!»

Astrana saca a relucir su erudición:

—Tenga usted en cuenta que mucho antes que Rubén ya Leonardo Luperco de Argensola había rimado Academia con blasfemia.

Carlos RIVERO

## POSIBLE CREACION DE UNA ACADEMIA DE LAS LETRAS

CERCA DE 1.500 ESCRITORES HAN ENVIADO YA SU ADHESION

Los discutidos premios literarios



Una galería del Museo de la Real Academia de Bellas Artes

En la información que antecede se hace referencia a la Academia de las Letras entre las corporaciones autónomas que aspiran a desarrollar una función académica. Resulta oportuno, pues, recoger aquí las interesantes declaraciones que, sobre los fines de esta proyectada Institución, ha hecho don Eduardo Aunós a uno de nuestros colaboradores.

### HACIA UNA ACADEMIA DE LAS LETRAS

YA la posible creación de una Academia de este tipo aviva las polémicas que en sus colosales se traen de continuo las gentes de pluma. ¿Para qué una nueva Academia? En un diálogo con don Eduardo Aunós, siempre por parte suya tan denso en sugerencias, interfiere el tema. Intereso del ilustre escritor y hombre público el estado en que se encuentran sus conversaciones o gestiones para el logro de tal propósito.

—Las aspiraciones todavía no están cuajadas para una realidad posible—me confiesa—, y no porque no se hayan estudiado y analizado los propósitos ni los fines para crear esta Institución. Pero se está formando ya un ambiente del que ha de surgir una opinión, que posiblemente permitirá la constitución de ese organismo dentro de los valores de la literatura española.

—Hay discusiones... ¿No implicaría una dualidad académica?

Arguye Aunós:

—La Academia de la Lengua no es una Academia de las Letras ni todos los componentes de aquella son escritores, sino representantes de otras actividades de la vida a quienes llevaron al sillón sus conocimientos técnicos. Hay marinos, ingenieros, oradores..., hombres de ciencia que pueden ayudar a la formación del diccionario. Es una Academia idiomática, que responde a sus fines de depurar el lenguaje, un organismo centralizador, unificador del idioma, según la concepción borbónica por el espíritu que Felipe V imprimió a la Academia al crearla. Aparte de las de España y Francia y la de Italia, surgida en la época de Mussolini, acaso no existan Academias de ese tipo en ningún otro país—desde luego, el señor Aunós tiene frases de encendido elogio para la Real Academia de la Lengua—. Pero no es una Academia de las Letras—insiste—, pues ésta debe estar constituida exclusivamente por literatos: poetas, escritores, periodistas..., hombres de pluma que se reúnan y determinen...

—¿Determinar qué?

### LOS DISCUTIDOS PREMIOS LITERARIOS

A mí interrupción precisa el señor Aunós:

—Su misión sería similar o parecida a la fun-

ción que ejercen otras Academias, como las de Bellas Artes, Medicina, Farmacia, Jurisprudencia... Es decir, realizar estudios e investigaciones en torno de la producción literaria. Podría centralizar y fijar las condiciones esenciales que debe reunir la concesión de premios literarios, de modo que quedase garantizado en todo momento el verdadero mérito de la obra presentada a concurso, evitando así que esos premios sean un factor propagandístico y comercial.

—¡Pero usted presidió, no hace mucho, el Jurado de uno de esos concursos!

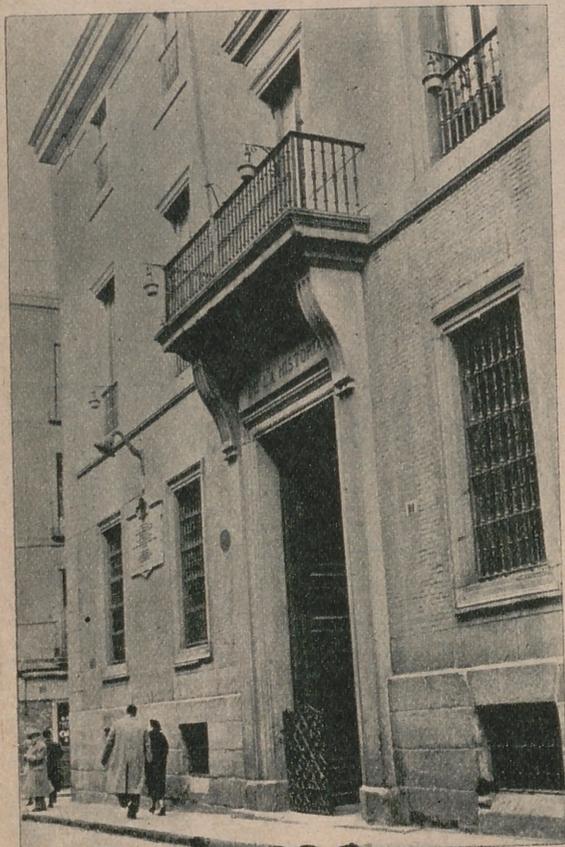
—Y me he jurado a mí mismo no volver a formar parte de ningún otro mientras sigan así. Tal como se constituyen no es posible justipreciar la obra presentada, pues un estudio profundo para desentrañar sus valores requiere largo tiempo de meditación, de compulsión de valores y de ponderación de méritos, que exige dedicarse a esta labor durante meses y consagrarle jornadas enteras de lectura. Sólo así podría llegarse a una discusión sería de los valores presentados ante un Jurado.

—De esto se deduce que los premios se conceden... digamos que un poco alegremente.

—La responsabilidad en que incurren los componentes de esos Jurados es inmensa—replica el señor Aunós con acento de lamentación—. ¡Cuántas vocaciones literarias de desconocidos no se habrán cortado en flor por el desencanto de un fallo injusto! Un desengaño inmerecido puede producir la caída vertical de muchas ilusiones justificadas, y con ello la pérdida de un escritor para la Patria. Los certámenes de Bellas Artes son menos peligrosos. Hay una participación del público, que ve las obras y las juzga y un fallo injusto del Jurado merece la repulsa general. En cambio, la obra literaria desechada muchas veces queda inédita, y esto es lo grave.

#### OTROS FINES DE LA FUTURA ACADEMIA

De todo lo dicho cuidaría muy celosamente una Academia de las Letras. Además podría tener otra finalidad de tipo social: publicar bajo su patro-



Entrada al edificio ocupado por la Real Academia de la Historia

cinio obras que, por dirigirse a un público de selección, no presentan carácter comercial, aun con ser de verdadero interés literario y entrañar una concepción totalmente renovadora con la aportación de nuevos elementos artísticos que puedan servir de base a un movimiento literario. La Academia de las Letras las publicaría precedidas de estudios aclaratorios o de comentarios encaminados a situar la obra en su verdadero ambiente. Otra misión suya: conceder préstamos de honor a los escritores que, por las peculiaridades de la obra concebida, tuvieran necesidad de viajar, ambientarse en cualquier lugar del extranjero, en países exóticos... Gerardo de Nerval, tan cariñosamente estudiado por Aunós en su reciente libro, no hubiera podido realizar su obra sin las bolsas de viaje que le otorgó repetidas veces el ministerio de Instrucción Pública francés. La Academia se resarciría luego del anticipo si la obra tuviera éxito. Podría también la Academia ejercer la censura de libros, siempre con las garantías que el Estado creyera oportunas.

—Todo esto implicaría un desenvolvimiento económico. ¿Con qué medios contaría la Academia de las Letras?

—Podría la Academia ser de orden privado, claro. Pero entonces la mayoría de estas finalidades no se cumplirían. La verdadera misión de esta Academia exige, tarde o temprano, su oficialidad, con una personalidad reconocida y vigorosa. Creo que no habrá un verdadero impulso de alta cultura en la producción literaria española sin que exista un organismo de tal carácter. La Academia se dividiría en varias secciones: novela, ensayo, poesía, arte dramático, crítica, periodismo...

#### LA SOCIEDAD DE ESCRITORES Y PUBLICISTAS

La conversación deriva hacia la tan esperada Sociedad de Escritores y Publicistas Españoles. Pendientes de aprobación sus Estatutos, va a ser una realidad inmediata. Aunque parezca paradójico, su gestación ha durado cuarenta años. ¡Las gentes de pluma somos incorregibles en eso de no sabernos organizar y enfocar la vida con un elemental sentido práctico! Campañas de «Andrenio», de Tomás Borrás, de Eduardo Marquina... ¿Es que nunca llegarán a una inteligencia los escritores para lograr una buena administración de sus obras? Nuevo esfuerzo de Serrano Anguita y del maestro Guerrero: crear una sección integrada en la Sociedad General de Autores. Al fin, en 1951, ya con la S. G. A. E., presidida por Fernández Ardavin, se celebra en la Sociedad de Autores una reunión que puede considerarse histórica: se toma en firme el acuerdo de que los escritores sean administrados por la Sociedad. En su apoyo viene el «Manifiesto de los sesenta», suscrita por escritores castellanos y catalanes. La S. G. A. E. designa a Serrano Anguita como mediador administrativo de la Sociedad de Autores en la S. E. P., que velará en todo momento por la defensa o la reivindicación de los derechos de propiedad intelectual de sus asociados. Además de los Estatutos, está ya redactada la primera parte del Reglamento, que se refiere a las relaciones entre el editor y el autor en lo referente al libro, labor de la Junta provisional. Esta Junta está formada por Wenceslao Fernández Flórez, como presidente; por Eduardo Aunós, vicepresidente; Bartolomé Mostaza, contador; Federico Carlos Sainz de Robles, secretario, y vocales, Tomás Borrás, Manuel Halcón, Alfredo Marquerie y García Mercadal. Como representante de la Sociedad de Autores, Serrano Anguita, y por el Instituto del Libro, Julián Pemartín. Por decisión del Ministro de Educación Nacional, la S. E. P. pasará a ser una sección autónoma dentro de la Sociedad General de Autores. No una sociedad nueva, como se pensó en un principio. Se estudia ahora la fórmula de incorporación, y en su día la Junta provincial convocará Asamblea general y dará cuenta de sus gestiones. Cerca de mil quinientos escritores han enviado su adhesión.

Al fin todo parece indicar—por una serie de factores ambientales—que el escritor español empieza a saber organizarse y va dando ya de lado aquel viejo espíritu suyo de bohemia y de des- preocupación personal.

F. FERRARI BILLOCH

(Fotografías de Basabe.)

# BERLIN ES UN MUNDO APARTE CON PROBLEMAS QUE EL RESTO DEL MUNDO NO ENTIENDE

## UNA CIUDAD ENFERMA Y ARTIFICIAL

En la zona oriental todo le pertenece al pueblo, menos el pueblo mismo que pertenece al Gobierno

De nuestro enviado especial JESUS PARDO

### COSAS DE TODOS LOS DIAS

«UN «vopo» disparó sobre un hombre que cruzaba la frontera entre los sectores oriental y occidental; le había dado el alto, y el fugitivo, que probablemente llevaba los bolsillos llenos de cosas delatoras, echó a correr; el «vopo», por tanto, disparó. El fugitivo cayó herido justo en el sector americano y ahora está a salvo.»

«Dos borrachos se equivocaron de Metro una noche y, en vez de ir a casa, se metieron en pleno sector ruso; sin darse cuenta de dónde estaban, se pusieron a cantar una canción americana; la gente, inquieta, no hacía nada. Finalmente uno les mandó callar; ellos se negaron. En la estación inmediata se vieron rodeados de «vopos» y gente que les sacó del Metro, y no se ha vuelto a saber de ellos.»

«El otro día, a una chica que me decía que tenía que irse porque se hacía tarde y perdía el Metro, le dije que no se preocupase, que yo la llevaba en taxi. «No vale la pena—me contestó—; el Metro mio cruza el sector rojo y vuelve a salir por el occidental; el taxi, en cambio, tiene que dar un rodeo largo porque no puede atajar por el sector rojo. Costaría un dineral y no vale la pena.»

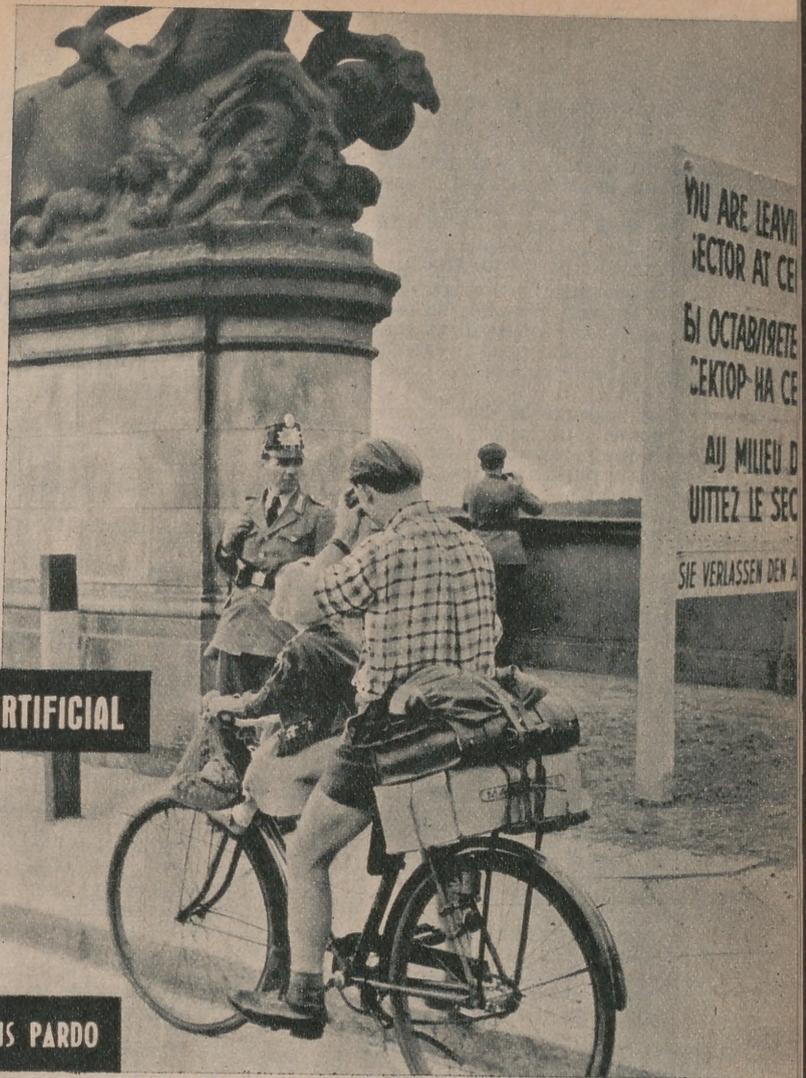
Berlin es una ciudad enferma y artificial; todo en ella es antinatural y está basado en una división absurda que lo complica todo y que repugna a la esencia misma de lo que es una ciudad. El anhelo de los alemanes es irse a la República Federal; las chicas sólo se van con chicos que

las puedan llevar a Colonia, o a Düsseldorf, o a Hamburgo.

Los berlineses, en el fondo, saben que Berlín está tan seguro como, por ejemplo, París. Si los rusos entrasen hoy en el sector occidental sería la guerra, y París cae la semana que viene. Pero las oscilaciones políticas, los berlineses las sienten en la médula misma de sus huesos; por ejemplo, cuando comenzó la guerra de Corea todo el mundo se apresuró a comprar diccionarios rusos y cianuro de potasio; el cianuro, sobre todo, a las veinticuatro horas se había agotado hasta en el mercado negro.

Todo el que tiene algo que crecer se va de Berlín; hoy conoces a un médico o a un arquitecto y mañana se ha ido a Bonn o a Hamburgo. Todo huele a provisional: en los cabarets y los salones de té, en los bares del centro incluso, las sillas están desconchadas; a nadie se le ocurre pintarlas de nuevo. ¿Para qué? ¿Para que vengan los «Ivanos» y las despinten a bayonetazos?

Las seguridades sociales que rigen en la República Federal tienen poco valor aquí, porque hay mucha gente que vive ilegalmente y no puede invocar la protección de la ley y estar segura de que no acabará volviéndose de punta. Los dueños de cafés y cabarets ganan muchísimo dinero porque pagan a sus empleados sueldos de hambre; un refugiado, recién huído del sector oriental, no puede pedir mucho en una ciudad donde ya hay 200.000 parados. Y si ha hecho cosas sucias o tiene un pasado tur-



El cartel avisa en cuatro idiomas el límite de la zona

bio, como no es raro que ocurra, razón de más. Acaban por irse a la otra Alemania y emplearse en la industria o en oficinas, pero siempre hay otros dispuestos a sustituirles.

Esto se ve claro con las criadas; en la República Federal no se puede tener criada porque para tenerla hay que hacerle la competencia a la industria pesada, a las grandes empresas, que dan sueldos altos a sus empleadas, y seguridades sociales. Aquí, en Berlín, con tanta chica que lleva seis años sin comer a gusto, se puede tener criada para todo por poco más de la comida.

Berlin, como todas las ciudades provisionales, se presta mucho al tremendismo. A un gran repórter que vino aquí para hacer reportajes por cuenta de cierto semanario ilustrado, no se le ocurrió otra cosa que hablar de las bombas, dispuestas a explotar en cualquier momento, que aún deben yacer entre los escombros suburbanos; un comentarista político berlinés acaba de ser despedido por su periódico porque resultó ser rusófilo, y llevaba tres años escribiendo para periódicos del Berlín occidental sin que nadie se diese cuenta.

La zona roja es la que más se presta a lo inesperado; en ambas Alemanias reina la arbitrariedad, y la misma Policía de Bonn tiene poderes que en Inglaterra sólo se le darían en casos muy espe-

ciales; también es cierto que la Alemania de estos años es un caso muy especial. Pero el peligro mayor del sector rojo es precisamente que la arbitrariedad le acecha a uno en cada esquina. Un día de éstos llegaron a Berlín dos noticias que, vistas desde el Occidente, tienen cierta gracia.

Un «vopov» joven y borracho estaba en un baile popular, de esos que se abrieron después de la guerra. En el guardarropa, el «vopov» empezó a pedir su capote a voces.

—Más despacio—le dijo la chica—; ponte a la cola y espera; no creas que porque tienes un uniforme ruso puedes hacer lo que te dé la gana.

El «vopov» empezó a gritar que allí todos eran agentes imperialistas y que se los iba a cargar a todos. Sacó el pistolón y empezó a tiros; a uno de los presentes le dejó baldado para el resto de sus días con una bala en la cadera. Llegó la «Volkspolizei» y rodeó el edificio. En fin, en aquel edificio podría haber estado yo, porque el sector rojo no presenta en sí otro peligro que el de lo inesperado.

La otra noticia es la de un sueco medio loco—la versión oficial, incluso la de la Embajada sueca, es que se trata de un demente—que entró en la Embajada soviética y dijo que él era sobrino de Molotov y que quería ver a su tío inmediatamente. A los que se le opusieron les dejó «k. o.» sobre el terreno, y cuando ya no hubo nadie a quien dejar «k. o.», la emprendió con las cortinas, los muebles y los cuadros y lo dejó todo hecho un campo

de Agramante. Finalmente consiguieron detenerle y ahora está en el hospital, pero tan bárbaramente han debido vengarse los «vopos» de la paliza que les pegó, que, según rumores, el médico alemán a quien tocó curarle ha huido al Occidente, horrorizado del estado en que se lo entregaron.

La versión oficiosa es que se trata de un sueco nazi, un fanático de tantos como hay, que quería asesinar a Molotov.

#### ESTRAPERLISTAS Y PROFESIONALES

En este Berlín hay mucha gente que vive bien del estraperlo entre ambos sectores. Estos son, claro, los únicos que no se irán de Berlín hasta que ocurra un milagro y la ciudad vuelva a la normalidad.

Este estraperlo es doble: de Oriente a Occidente y de Occidente a Oriente. Berlín occidental está bien provisto de cosas buenas, pero casi todo es muy caro. Con lo que me he gastado estos días en Berlín sólo en comer, como yo tres meses en Londres igual de bien. Pero no es sólo la comida, es todo; Berlín es una ciudad cara porque está sitiada, porque los alemanes pagan unos impuestos fabulosos para sufragar los gastos de la ocupación y las reparaciones de guerra. En el Berlín oriental las cosas—menos la comida y otras así—son quizá no tan buenas, pero cinco veces más baratas para quien vaya allá con dinero occidental, porque los rusos mantienen su marco artificialmente a la par con el de los occidentales, mientras que en los

Bancos occidentales sólo dan un marco blanco por cada cinco rojos. La gente, por ejemplo, compra una máquina de escribir—y el que dice una máquina de escribir dice mil otras cosas—por 400 marcos «Ost»; las máquinas en el Occidente cuestan 400 marcos «West», y si el fulano consigue pasar sus marcos sin que los aduaneros federales o los «vopos» le descubran, y pasar luego la máquina al sector occidental, puede venderla por 300 marcos «West» y ganar doscientos y pico limpios.

Es cosa muy arriesgada: Si los «vopos» te cogen, desapareces sin remedio, «telón de acero» adelante; si los federales, vas a la cárcel. Si te dan el alto y no te detienes, disparan.

Menos arriesgado es especular en casas y solares. En el Berlín oriental, todo le pertenece al pueblo, menos el pueblo mismo, que pertenece al Gobierno, o sea que allí no hay nada que hacer; pero en el occidental, lo bueno es comprar solares y casas.

Como Berlín está deshabitado, el problema de la vivienda no existe y las casas son baratas; los alquileres, bajísimos. Como Berlín está en ruinas y las inclemencias de la política no animan a la gente a reconstruir, los solares en el centro mismo de la urbe cuestan cuatro perras gordas. Hay gente con dinero que acepta el riesgo de que todo se desvanezca tras del «telón de acero» y compra solares sabiendo que dentro de equis años tendrán de nuevo el valor que tiene el espacio habitable en las grandes urbes. La gente que quiere huir vende sus casas, y los especuladores las compran baratas, porque la cuerda se rompe por el sitio más flojo.

Berlín es un mundo aparte, con problemas que el resto del mundo no entiende; Berlín es la única ciudad del mundo en que no hay un solo comunista. Es una ciudad híbrida y muy pasiva, con mucha sangre eslava y mucho sentido del humor.

#### EL MISTERIO MOLOTOV

Esta conferencia se distinguió por su falta de sorpresas. En parte, porque el Occidente está acostumbrado a las salidas de tonos rusas y ya no hacen gracia. No hace gracia, por ejemplo, que Molotov le diga a Figl, el delegado austriaco, que es un mero instrumento del Parlamento vienés, cuando el mismo Molotov es, a ojos vistas, la marioneta de Malenkov.

Molotov tuvo unas cartas magníficas durante la primera semana de la conferencia y podía haber ganado su lado propagandístico, ya que no el estratégico, pero no las jugó. Luego ni siquiera ganó el estratégico, porque si se refuerza la Comunidad de Defensa Europea, Rusia, por comparación, se debilita.

Los corresponsales ingleses y los alemanes estaban muy optimistas, y más de uno envió a su periódico cables anunciando grandes cosas que luego, de la noche a la mañana, se desvanecieron. Precisamente cuando los rusos podían haber jugado su carta maestra, se celebró Consejo de Ministros en el Kremlin y Molotov se vió atado de pies y manos; apenas contestó a lo que le preguntaban,



Una estampa típica del Berlín actual

aplazó la lectura de su plan sobre la reunificación de Alemania y, en conjunto, se comportó con mucha torpeza, repitiendo acusaciones y ataques que ya no hacen gracia, después de diez años de oírlos. Gromyko, aquel mismo día, se puso malo y no acudió a la sesión; según algunos, lo que hizo fué volar a Moscú en busca de instrucciones.

Aquel día—que creo que fué un miércoles—jalonó definitivamente la conferencia. Molotov se volvió torpón y reticente, repetitivo y como inseguro en sus argumentos. El clima de confianza que había medio conseguido se desvaneció; Dulles volvió a encolerizarse y se produjo una especie de pánico entre los corresponsales que habían mostrado más optimismo. Molotov, que días antes había sugerido que se estableciesen relaciones culturales entre la Unión Soviética y la República Federal alemana, calificó, cuarenta y ocho horas más tarde, a Adenauer y su Gobierno, de «grupo de burócratas envanecidos».

Poco a poco, Molotov fué rehaciéndose y recobrando su buena forma; las instrucciones del Kremlin debieron haber sido tan súbitas que hubo que dar un cambio total e inmediato al clima de la conferencia, con perjuicio de su calidad. Sus dos «bombas»—el plan alemán y el plan austriaco—fueron otros tantos triunfos occidentales, pero la propaganda no parecía preocuparle mucho a Tovarich Molotov.

Hubo quien quiso ver en el cambio brusco de Molotov una crisis inminente en el Kremlin, es decir, una derrota de Malenkov por elementos retrógrados stalinianos. Para otros, era al revés: Molotov se había excedido en sus funciones y Malenkov le había llamado al orden.

La única constante de la conferencia fué la insistencia por parte rusa de que se crease un ambiente más cordial y se incrementase el comercio entre ambos mundos: de los cuatro, el único que perdió la paciencia fué Dulles; Bidault, una vez solamente—y muy oportuno, por cierto—se dirigió a Molotov para decirle que ni Marruecos ni Gibraltar tenían nada que ver con Alemania; Eden jamás perdió el tono patético-consolatorio. Molotov, en cambio, fué la amabilidad misma con todo el mundo. Incluso cuando propuso la soviétización de Europa entera como única alternativa posible, lo hizo con tanta amabilidad que costaba creerlo. Recuerdo que el día mismo en que Molotov tradujo la doctrina de Monroe al europeo, estaba yo en la conferencia de Prensa francesa. A mi lado había una periodista de cierto rotativo parisiense tomando notas. Cuando el portavoz francés concluyó de hablar, yo me volví a ella y le pregunté qué le parecía el plan Molotov:

—Ah, no se lo puedo decir así, de pronto—me replicó ella con aire de sabeletodo—; es muy complicado y hay que meditarlo mucho.

—¡Qué va a ser complicado!—intervino un corresponsal alemán que estaba cerca—. Es muy simple: es la soviétización de Europa.

Luego, el alemán aquel y yo nos reímos mucho cuando compramos



Policias comunistas controlan los accesos a Berlín severamente. En fotografía les vemos averiguando la identidad de una muchacha en un tren

el periódico de la chica y leímos en grandes titulares: «Molotov veut la soviétisation de l'Europe», o cosa así.

Hacia el final de la conferencia, los optimistas incorregibles hallaron nueva leña con que reavivar su optimismo: la vida social de la conferencia seguía animadísima y los «cuatro grandes» se invitaban entre sí continuamente e invitaban al doctor Figl; los peces menores de las cinco Delegaciones se invitaban también y todo el mundo parecía muy contento. «Ahora se producirá una distensión internacional—decían los optimistas—y en futuras conferencias todo se irá arreglando.»

Pero esto de las futuras conferencias, maldita la gracia que les hará a los alemanes y a los austriacos.

Los dos últimos días de la conferencia la mayoría de los periodistas extranjeros que vinieron a Berlín se hallaban inquietos; todos habían hecho sus profecías y ahora temían que un suceso repentino se las echase abajo. «No ocurrirá nada, ¿verdad?», se decían los unos a los otros. Y así fué, no ocurrió nada. Pero es lo que decían ellos: «Con los rusos nunca se sabe; de la noche a la mañana lo vuelven todo del revés.»

### COSMOPOLITISMO PROVISIONAL

En un artículo anterior dije que los berlineses tienen complejo de inferioridad, y creo que me he equivocado; lo que tienen es «complejo de situación», que pudiéramos decir. Los alemanes saben que, por separado, ellos pueden con todos los países de Europa, pero cuando es todo el mundo lo que se les echa encima, no queda más remedio que claudicar. Por eso desconfían del extranjero y le tienen rencor. Le despluman si pueden, le tratan con deferencia, le ayudan a ponerse el abrigo y se crecen si uno se acobarda, pero cuando uno se pone serio y grita «¡Firmes!», todos se ponen firmes sin chistar. Como han sido muy humillados y muy ofendidos, se creen justificados para sacarle a uno «cuanto puedan»; las chicas guapas de Berlín se van con los franceses, los americanos y los ingleses; el clima moral es muy bajo.

Es lamentable pasearse por Berlín en pleno día y no ver más que viejos, niños y mujeres. Los hombres se han ido de Berlín y están en la República Federal trabajando y ganando buenos sueldos. Berlín es la ciudad de las mujeres solas; en cualquier café o restaurante en que uno entre se ven chicas solas en una

mesa, o de dos en dos, dispuestas a pegar la hebra con cualquier chico simpático que se siente con ellas. Le prefieren alemán y que viva en Berlín, o que se vaya a la República Federal y se las lleve allí con él, pero, en último caso, incluso los extranjeros sirven, sobre todo los americanos.

Berlín se ha vuelto una ciudad muerta y provinciana; aunque parzca mentira, la gente mira a los extranjeros por las calles y se asombra de cosas que a un parisiense o a un londinense le dejarían frío. La conferencia ha reavivado mucho a esta ciudad y, concluida la conferencia, todo vuelve a perder importancia.

Los periodistas y los diplomáticos que se han concentrado en Berlín por la conferencia viven en círculos muy cerrados y apenas se mezclan con la población. Los franceses comen en la «Maison de France», donde, por cinco marcos, dan de comer mejor que en cualquier restaurante berlinés, y tiene la ventaja—desde el punto de vista francés—de que a los alemanes les está prohibida la entrada. Los ingleses se reúnen en el «British Centre» y en algún club que deben tener por ahí, porque ellos siempre tienen un club o dos dondequiera que van; como ninguno de ellos sabe alemán, sólo se ven con alemanes que saben inglés, y aun eso, no mucho.

Para los periodistas estos, la conferencia de Berlín es un lecho de rosas; viven en hoteles de superlujo y tienen un coche con chófer alquilado por semanas; tienen un secretario que les trae los discursos de los «cuatro grandes» recién salidos de la multicopista; a su modo de ver, Berlín es una ciudad conquistada; cuando quieren comunicar con su periódico, tienen el teletipo o el teléfono.

Con sus pasaportes pueden entrar en el sector rojo y telefonar desde allí a sus periódicos; pagan las conferencias en marcos orientales, o sea que les cuesta cinco veces más barato, pero luego le pasan la cuenta al periódico en marcos occidentales. Un negocio redondo.

Los americanos, sobre todo, se cierran como lapas y apenas se

mezclan con el resto del mundo; por las calles del Berlín occidental no se ven apenas uniformes yanquis, mientras que el oriental está lleno de rusos.

### LAS CONFERENCIAS DE PRENSA

Las cuatro Delegaciones han venido dando conferencias de Prensa a todo lo largo de la conferencia. La mejor de todas era la inglesa, en el «British Centre», porque era muy objetiva y se daban los textos íntegros de los cuatro discursos, primero en inglés y luego en alemán; al concluir, dos portavoces del Foreign Office daban los puntos de vista oficiales. El inconveniente del «British Centre» es que la calefacción funciona mal. La conferencia americana era menos completa, y del discurso de Molotov sólo daban extractos, omitiendo a veces párrafos enteros que no les convenía o no creían necesario citar.

En la conferencia francesa sólo estuve una vez, porque era confusa y mal organizada. Los resúmenes estaban mal hechos y la traducción alemana me han dicho que era deficiente. Además, los franceses allí congregados gritaban mucho y no había forma de entender nada.

En la rusa tampoco estuve más que una vez, en los días risueños en que Molotov y Dulles parecían buenos amigos. A pesar de que me habían asegurado que no corría ningún peligro, cada vez que uno de los asistentes me miraba se me ponían los pelos en punta de miedo que me entraba. En el bar comí muy bien por un marco «West», es decir, por lo que me costó comprar cinco marcos «Ost» en un Banco occidental.

Durante los días de la conferencia, los rusos abrieron mucho la mano en esto de entrar y salir en el sector oriental. Incluso periodistas alemanes occidentales fichados por los rusos desde hace tiempo, y yo, y otros periodistas españoles, hemos entrado y salido con relativa facilidad. En el «Centro Internacional de Prensa», los rusos instalaron un tenderete donde se vendían libros y discos en ruso por nada; yo compré un diccionario ruso-italiano por cinco duros, que en cualquier otro sitio hubiese

costado más de 100 pesetas. Cosas de la propaganda.

Los corresponsales comunistas no rusos eran objeto digno de estudio; por ejemplo, el del «Daily Worker», a quien yo conozco un poco. Vino a Berlín con mucho menos dinero que los colegas de la Prensa capitalista. Porque el «Daily Worker» es un periódico pobre y los rusos no le invitaron a nada especial ni le hicieron los honores. Yo le observaba en las conferencias de Prensa, y el pobre, cada vez que Molotov abría la boca, se veía negro. «¿Cómo explico yo esto a mis lectores?», debía pensar. A mí casi me venían ganas de consolarle: «No se preocupe usted, hombre; tiene usted muy pocos lectores, y los pocos que tiene son tan comunistas que se tragaran impunemente todo lo que usted les eche.» Se diría que Molotov ha venido a esta conferencia sólo para poner en apuros a los corresponsales de los periódicos comunistas europeos. Tengo ganas de volver a Londres para ver cómo ha explicado el «Daily Worker» las proposiciones de Molotov sobre Austria, por ejemplo.

En el hotel Am Zoo, en la Kurfürstendamm, la Delegación que vino de Bonn a observar la marcha de la conferencia daba un «cocktail» todas las tardes; allí, entre pinchitos y copazos, nos reuníamos la Prensa mundial a cambiar impresiones y confidencias. El jefe de la Delegación de Bonn nos hablaba en el idioma que fuese, muy cortés, y nos preguntaba si nos gustaba Berlín, si nos parecían bien las berlinesas. Hacía las cinco de la tarde solían dar alguna noticia o bien el punto de vista del Gobierno de Bonn sobre la noticia del día; pero el objeto principal de la conferencia de Prensa alemana era «hacer ambiente», como me dijo uno de los delegados, y hacerse simpáticos a la Prensa extranjera, me figuro. La camarera que me sirve en el hotel se echó las manos a la cabeza cuando se lo conté: «¡Somos nosotros los que pagamos los guateques esos! —me decía—. Nosotros, con los impuestos y las contribuciones.»

La Delegación austriaca daba otro «cocktail» todos los días, a la misma hora más o menos, en el hotel Kempinski, que está al lado del Am Zoo. Había corresponsal—no era yo, me apresuro a añadir—que cenaba gratis yendo a los dos «cocktails» seguidos y atracándose de pinchitos y de copas. El día mismo en que Molotov iba a anunciar su plan sobre Austria, el doctor Figl, cabeza de la Delegación, anunció conferencia de Prensa para la mañana del siguiente, donde se daría el punto de vista vienés sobre las proposiciones rusas; la explosión de la «bomba Molotov», como se la llamó aquí, fué, sin embargo, tan inesperada que hubo que suspender la conferencia. «Viena no tiene nada que decir», anunció el doctor Figl. «Excepto—añado yo—que con Molotov no se puede tratar.»



Uno de los accesos al Metro de Berlín en la zona soviética.

EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# MI EJERCITO PARTICULAR

Por Vladimir PENIAKOFF

VLADIMIR PENIAKOFF

PRIVATE  
ARMY

1953

CUENTO aquí lo que me ocurrió, pasada la cuarentena, de 1940 a 1945. Hasta el momento de comenzar esta historia, la vida no me había proporcionado grandes satisfacciones. Pero, durante esos cinco años, cada minuto ha sido para mí plenamente feliz.

Mi relato es la guerra. O sea, sangre y violencia, pero también astucia, el placer de andar a manopros y, por encima de todo, la amistad.

Es inútil que me extienda sobre mis cuarenta y cinco primeros años. Bastará con que recuerde esto: «Nací en Bélgica de padres rusos, pertenecientes a una especie hoy desaparecida. En 1914 ingresé en Cambridge. Era un joven pedante imbuido de altas ambiciones científicas y que cultivaba los argumentos de los objetores de conciencia. Pero, al terminar mi cuarto trimestre, abandoné la Universidad para enrolarme como simple soldado en el Ejército francés. Mi impaciencia era tal que no quiso seguir los meses de entrenamiento necesarios para obtener el grado de oficial en el Ejército británico. Los franceses se mostraban más acomodaticios; once días después formaba parte de una batería de artillería.

La aventura terminó en doce meses de hospitales y casas de convalecencia. Poco después se firmaba el armisticio.

Se había desarrollado en mí el sentido práctico, y volviendo la espalda a una carrera universitaria me hice ingeniero. Luego, en 1924, me establecí en Egipto. Allí, durante numerosos años, me he consagrado a la fabricación de azúcar, me casé, tuve dos hijos, leía, viajaba, hice algunos amigos, pilotaba un avión y conducía a través del desierto un viejo Ford, capaz de resistir toda clase de pruebas. Y al que bauticé con el nombre de «La vieja cerola».

La atmósfera levantina que penetra en los medios europeos de Egipto, me causaba cierto mal-estar. Temía su influencia, que arrastra a la mollicie. Europeos, levantinos, egipcios occidentalizados

*Seguramente no se habría desorbitado tanto en el mundo moderno la importancia de las teorías del doctor vienés Sigmund Freud si no hubiese sido porque, entre las muchas consecuencias lamentables de las guerras mundiales, destaca por su singularidad la floración de esas neurastenias colectivas plasmadas en lo que los ingleses de los años 1919 y siguientes llamaron «La generación perdida» y en lo que en esta última posguerra ha pretendido enmascararse con diversos «ismos», más o menos artísticos o filosóficos, invariablemente castrados y decadentes.*

*Los ex combatientes españoles, por el contrario, han dado pruebas, a Dios gracias, de un sentido común muy poco común, pero que no ha desaparecido afortunadamente de este Occidente tan menesteroso de las virtudes más imprescindibles para la auto-defensa varonil y serena. Prueba de ello es el libro de Vladimir Peniakoff que hoy presentamos a los lectores de EL ESPAÑOL. Se trata de unas memorias de guerra escritas por un hombre pacífico que ha pasado por pruebas bien duras sin perder los nervios, dispuesto a sacrificarlo todo por una causa que consideraba justa. Para clasificar su obra al margen de esas oleadas de los averiados morales de posguerra, basta con leer en su propia introducción la siguiente frase: «Entre los hombres de mi generación sólo los imbéciles descubrirán con sorpresa que nos gustaba la guerra».*

*Fué a ella con espíritu deportivo y creó un comando especial de información y sabotaje, con el que ayudé eficazmente a las fuerzas británicas, desde las puertas del mismo Egipto hasta el corazón de Europa. Lo más interesante de su relato es el estudio psicológico de sus preparativos para la vida militar en condiciones tan singulares. Tiene menor interés, y por falta de espacio prescindimos de ello, el relato minucioso de los combates, aunque está escrito con soltura y constituye una buena novela de aventuras.*

**VLADIMIR PENIAKOFF: «Private Army».**  
Hay edición francesa de Gallimard, París, 1953, 460 páginas.

llevan una existencia morosa. Para ellos, la ambición se reduce al deseo desenfrenado de ganar dinero, sin inquietar su espíritu, y a las formas más tentas de la vanidad. Ninguna pasión, de ninguna clase que sea. Se hace deporte, desde luego, pero por snobismo, por imitar a los ingleses.

Yo soy por naturaleza prudente. El precipitarse intencionadamente en los peligros es contrario a mi temperamento. Pero si me ha causado placer el riesgo, si concedo poca importancia a las fatigas físicas, creo que se lo debo a los muñecos con los que he vivido durante dieciséis años. Me ha parecido normal buscar un modo de vida distinto al de ellos.

Estos levantinos no son más que una capa que recubre la gran masa de los fallans, esos paisanos a los que explotan. A los fallans había llegado a tomarles afecto. Trabajaba con ellos, los comprendía, hablaba su lengua. A cambio de esto, obtuve su afecto y devoción. En el país de la finta, de la pose, de las aspiraciones larvadas, sólo ellos eran sinceros: buenos, humanos e ignorantes y sin pretensiones.

Sentía más respeto aún por los beduinos, que, en grupos pequeños, recorren aún el desierto egipcio. Descendientes de antiguos amos del mundo, guardan como una brasa conservada entre cenizas, el recuerdo de la conquistista árabe, y todavía

mantienen vagas relaciones con las tribus de su raza en Arabia. Pobres, pero no en días de extinción, nómadas como sus antepasados, siguen siendo considerados como señores por sus vecinos fellans, que les temen, desde luego sin razón, porque no tienen ninguna fuerza.

Hice amistad con Haj Khalil y traté de inculcarle las tradiciones de sus antepasados. Era un pequeño jeque, dueño de veinte tiendas beduinas, y propietario de unos acres de caña de azúcar, que le hacían cliente de poca importancia del molino que yo dirigía. Pero llevaba dentro de sí nobles aspiraciones y deseos de grandeza. El y su hermano Mifla fueron mis guías en el curso de breves viajes de cuatro o cinco días por los alrededores de

LEVANTE

Nag Hamadi. Aprendí con ellos los rudimentos de la vida en esas regiones: a recordar los accidentes del terreno, a descifrar las huellas, a encontrar agua y pastos, a cuidar a los animales, así como las reglas de cortesía de los nómadas.

A cambio de esta enseñanza yo le revelaba lo antigua que era su tribu, la de los Rasheidis, que tenía ramas emparentadas en el Hedjaz y cómo descendía de la tribu de los Koreish, la tribu misma del Profeta.

#### JUGANDO EN EL DESIERTO

En 1930 fué trasladado a la refinería azucarera de Hawamdiyah, a los alrededores de El Cairo. Allí no tenía más diversiones ni descanso que los fines de semana, y algunas vacaciones. Disponía, pues, de poco tiempo para consagrarle a los árabes y al desierto. Por aquella época aprendí a pilotar un avión, aunque no me gustaba demasiado este deporte, porque le encontraba monótono.

Años más tarde oí hablar de un cierto comandante Bagnold, que con sus amigos recorría el desierto en automóvil. Habían llegado hasta Gilf-el-Kebir y Oweinat, el punto donde se unen Egipto, Sudán y Cirenaica, a 680 millas de El Cairo, a más de 300 del oasis de Kharga, último punto de avituallamiento. Habían penetrado en el mar de arena egipcio, recorriendo con sus coches Fords miles y miles de millas por el desierto occidental a través de dunas y rocas, por zonas donde se creía que era imposible utilizar vehículos a motor, sirviéndose de cuadrantes solares, teodolitos y radios para guiarse por las estrellas. Eso era para mí algo nuevo e interesante y empecé mis propios ensayos para ver hasta dónde era yo capaz de ir sólo en coche y sin peligro.

Convertí mi viejo Ford en camioneta y le bauticé con el nombre de «Vieja cacerola».

Con un indicador de círculo entero, un disco de marfil comprado en El Cairo, una aguja de hacer punto y un cuadro de aluminio, hice construir en el taller de la refinería un cuadrante solar, instrumento fácil de instalar y que me permitió orientarme con bastante exactitud.

Para viajar con un cuadrante solar hay que conocer la altura azimutal del sol a cada hora del día en todos los momentos del año. Las tablas existentes estaban agotadas y, faltar de ellas, tenía que hacer cuidadosas anotaciones, de hora en hora, en el jardín de mi casa, la víspera de cada expedición. Así fui adquiriendo a fondo el arte de la navegación, y aunque la cosa resultaba fatigosa, ya no corría riesgo de perderme. Sólo, en el desierto, estaba a merced de un mínimo error, que habría podido conducirme a la catástrofe.

Para recibir las señales horarias empleaba un cronógrafo y un pequeño receptor de radio de batería, con el que algunas veces lograba escuchar las señales horarias transmitidas por el observatorio de Helwan.

Al principio me pasé noches enteras luchando con las estrellas y con mis mapas. No solía encontrar las constelaciones, que, caprichosamente, parecían marcharse de su sitio. Con el tiempo fueron perdiendo su humor caprichoso y consintieron en permanecer en la región celeste donde yo debía buscarlas.

#### UN TENIENTE CUARENTON

El 6 de octubre, después de haber sido ya invadida Bélgica, de la que era legalmente ciudadano, fui nombrado oficial. El día 7 solicité mi incorporación a la Libyan Arab Force. El día 9 fui llamada a casa del coronel Bromilow, comandante de la Misión Militar 102, que era precisamente aquella fuerza árabe de Libia. Sin mentir más de lo necesario, conseguí darle la impresión de que sería un recluta estupendo para su unidad. Evoqué con insistencia mi actividad en el curso de la primera guerra mundial. Bien entendido, hice valer que hablaba perfectamente el árabe —cosa exacta—, pero sin precisar que ignoraba el dialecto de Libia; que, desde hacía años, tenía a mis órdenes a miles de fellans, egipcios, cosa igualmente cierta, pero que en relación con el futuro mando de los árabes de Libia tenía en realidad la misma importancia que si me hubiese dedicado a criar conejos. Coroné todo un resumen de mis relaciones con los beduinos y mis viajes por el desierto en Egipto y Transjordania. El coronel no era ningún tonto y no se dejó engañar. Pero faltar de oficiales ingleses para su unidad, tenía que aceptar lo que se presentase. De hecho, al aceptarme, no hizo mal negocio: permanecí quince meses en esa unidad, que contribuí en gran parte a formar.

Los árabes de Cirenaica, habituados a vivir en tribus, son miembros de la secta Senussita: mu-

sulmanes puritanos que odian la bebida, fuman muy poco y jamás lanzan juramento ni palabras groseras. Como estaba habituado yo a las obscenidades del lenguaje de los egipcios, al principio me costaba mucho trabajo dominar mis expresiones cuando hablaba con estos guerreros de vocabulario comedido. Una vez, exasperado por un joven recluta que tenía la cabeza muy dura, y haciendo un gran esfuerzo para contenerme, no hice más que llamarle burro. Esta injuria, que era más bien moderada, provocó una reacción sorprendente: saliendo de las filas, el soldado me entregó su fusil. «Si soy un burro —dijo— no soy digno de ser soldado.» Después de esto se quedó encerrado en su tienda durante tres días. Para contentarle tuve nada menos que presentarle mis excusas en público junto con la seguridad, expresada con una solemnidad recibida con cortés incredulidad, de que entre nosotros, los británicos, el burro disfruta de un elevado prestigio, el segundo puesto detrás del león.

El cuartel general del Oriente Medio, que dudaba de las cualidades combativas de los batallones de Libia, quería destinarlos a la guardia de Egipto, con el fin de liberar tropas británicas para la guerra en el desierto.

Por su parte, la Administración de Territorios Ocupados quería utilizarlos como fuerza de Policía, que se encargaría —por razones políticas— de mantener el orden en Cirenaica cuando la ocupásemos.

El coronel Bromilow cumplió su misión de creación de la unidad. Pero, demasiado pronto por desgracia, nos dejó para ser trasladado al mando del Ejército del Irak. Los oficiales que le sustituyeron, sin ninguna experiencia de las tropas árabes, veían este puesto como un trampolín para pasar a otro. En estas condiciones, la Administración de Territorios Ocupados se llevó el gato al agua y los árabes de Libia se convirtieron en una gendarmería.

Bryan Emery, en diez minutos tan sólo, me había enseñado el abecé de la etiqueta militar: saludar, dirigirme a los oficiales superiores, quitarme la gorra para entrar en una oficina, etc. Esta lección magistral me libró de toda clase de torpezas durante mi carrera militar. Fué mi única educación casirense.

En la Libyan Arab Force, reinaba un gran desorden. Yo ocupé diversos puestos en sucesión rápida hasta el día en que fui nombrado comandante de compañía de un nuevo batallón. Los senussitas mostraban tanto celo como yo mismo. Mucho tiempo después de haber tocado descanso, los reclutas seguían por su cuenta haciendo ejercicios. En cambio, nuestras ideas occidentales sobre la disciplina militar les gustaban mucho menos. Los senussitas no podían comprender que no les autorizásemos a regresar durante un mes a su casa si sus familias les necesitaban. Tampoco comprendían que al volver de una de esas ausencias quisiéramos tratarlos como desertores. «Somos voluntarios —protestaban— o sea, hombres libres, no esclavos. ¿Por qué, pues, dudar de nuestra buena fe?»

Apenas teníamos tiempo de darles la formación más elemental, sumergidos como estábamos en unas preocupaciones administrativas totalmente superiores a nuestra capacidad.

En mi cándida ignorancia del Ejército, consideraba muy extraña nuestra situación. Así, un día me fui a El Cairo a consultar a mi amigo Bryan Emery sobre los deberes y prerrogativas del comandante de un batallón y sus oficiales. Lo que me dijo fué bastante confuso, ya que tampoco él había servido en ninguna unidad, pero regresé al campo bien documentado, llevando en mi bolsillo un ejemplar del Reglamento de campaña.

Por fin tuvimos un nuevo comandante. El teniente coronel Paley, de la Brigada de Fusileros, que transformó ese magma que era nuestro batallón, en una formación realmente militar. Y lo que es aún más importante para mí, decidió enseñarme mi nuevo oficio.

También debo al coronel Paley haber aprendido a expresarme en el lenguaje militar y él mismo me indicó ciertos trucos para convencer a los oficiales de Estado Mayor. Por último, me enseñó hasta dónde se puede uno alejar sin peligro de la letra del Reglamento. Existe, en efecto, un arte de desobedecer las órdenes, y, mientras no se psee a fondo, ningún comandante puede esperar ganar una batalla.

# NOVENTA AÑOS DE HISTORIA EN

# LA VIDA DE LA INFANTA D.<sup>a</sup> EULALIA DE BORBON



**"YO FUI UNA DE LAS PRIMERAS QUE ANDUVO EN BICICLETA, CUANDO LA GENTE AUN SE ESCANDALIZABA", dice la infanta**

**Hace 12 años que reside en Irún**

HE visto en Irún, donde reside desde hace doce años, a la infanta doña Eulalia de Borbón con motivo de su XC aniversario. Cuando iba, y después de verla, he sentido la extraña sensación del personaje de «La plaza de Berkeley», como si me fuese dado retornar a un pasado en el que no ha permanecido ninguno de los seres actualmente vivientes. Es hermana de Alfonso XII. Parece imposible. Mientras unas decenas de eruditos se queman las cejas sobre papeles amarillentos y carcomidos para saber lo que pasaba en la corte de Isabel II y de su hijo, mientras trabajan con el desespero de quien siente que le faltan datos y papeles y que ni aun volviéndolos a crear podría formarse una imagen viva de cómo sonreía, cómo hablaba, cómo se movía, por ejemplo, el padre de mi entrevistada, ésta, en cambio, podría facilísimamente desentrañar la motivación humana de cientos de acontecimientos. Es fabuloso: doña Eulalia trató personalmente a María Cristina de Nápoles, cuarta y última esposa de Fernando VII, pudo oír tan cerca el latido de la segunda Isabel como que era el de su propia madre, conoció los

amores de Alfonso XII, que andan en romances y en coplas por partes iguales, etc. Y entre los extranjeros, al zar Nicolás, al kaiser Guillermo, etc.

Pero al verla todo eso se desvanece. La proverbial y tradicional vitalidad de doña Eulalia le hace vibrar ante el presente y a nosotros interesarnos sobre su existencia actual. Además, carecemos de escenografía. Nada de retratos y cintajes desvaídos, de telas húmedas y polvorientas, de muebles isabelinos. Por el contrario, el ambiente es moderno, limpio, y la tez del personaje, sonrosada todavía. Cuando por fin —¡debió ser tan bonita!— accede a retratarse, se levanta de su sillón y luce una estatura larga, fina y derecha. Parece mentira que tenga noventa años. Por el contrario, cuando pensamos en la cantidad y la calidad de historia vivida que tiene tras de sí, lo extraño nos resulta que no tenga más que noventa años.

Ella, que tan molesta se sintió siempre por el excesivo y rígido ceremonial de palacio, se las ha arreglado para vivir con poca servidumbre: una familia navarra, los Acarreta, de Larraga, desde hace catorce años al servicio y



Dos escenas de la vida de doña Eulalia en distintas épocas de su estancia en París. En la foto superior aparece vestida de negro

cuidado de la infanta. Reside en una pequeña villa de dos pisos de recentísima construcción, que se levanta pegada a la carretera de San Sebastián. Un vestibulo diminuto y en seguida un salón, al fondo del cual, junto a la ventana y en sillón frailer, sobre muy pocos cojines, nos espera la Infanta. Conversa con el periodista francés, residente en Irún desde la ocupación allada, Mr. Pierre Bonardi, ex redactor jefe de «Gringoire», buen periodista y buen compañero. Es, con su señora, visita diaria de la casa.

El plan consistía en responder a media docena de preguntas que yo le había formulado el día anterior por teléfono a su azafata. «Yo soy muy espontánea y no quiero exponerme a decir ninguna tontería», me había dicho la infanta.

—Pero—añade al recibirme—, resulta que la pobre Honorata no pudo tomar muy bien sus preguntas. Estaba violenta, porque a la vez tenía que atender a mis visitas. Así es que vamos a ver—dice con una expeditiva energía—qué es lo que me quería preguntar.

—¿Cómo se ven las cosas desde la cima de los noventa años?

—Como un mosaico donde hay de todo; tan lleno de colores y de cosas, que se confunden y no sabe una cuál es la mejor y cuál la peor.

(El día anterior, cuando formulé por teléfono la pregunta, le arrebató el aparato a la azafata, con esa impulsividad suya tan simpática, y me contestó: «Con desilusión.»)

—Los años, según transcurren, ¿nos van uniendo más a Dios o nos van apegando a la tierra?

—Pues yo creo que nos unen más a Dios, porque nos despegan de la tierra por la fuerza de los años—responde con mucho estilo.

—Del gran número de hombres cuyo conocimiento se trasluce en sus Memorias, ¿cuáles son los que más le han impresionado y por qué?

—El Papa, cualquiera que sea, y sobre todo León XIII.

—¿Por qué?

—Porque es el único que domina la parte espiritual que gobierna las almas.

(Es de advertir que conoció personalmente a León XIII cuando encontró en él altísimo consuelo a sus desavenencias matrimoniales.)

—¿Qué cualidad ama y le une más a las personas?

—La inteligencia, sin duda. Eso es lo que me ha unido a éste—dice, tomando por la mano a

Bonardi, que se la besa—. La de la inteligencia es la verdadera unión.

—Sinceramente, ¿por qué Vuestra Alteza ha elegido Irún para su residencia?

—Porque es una ciudad muy agradable y donde se puede vivir muy independientemente, que es lo que más me gusta. Si no me hubiera disgustado el calor, hubiera vivido en Andalucía con mis hijos. Pero en cuanto llego allí me entran calenturas. Además de todo esto, si le he de decir toda la verdad, le tengo tanto cariño a Francia y me gusta tanto, que estando aquí puedo pasar todos los días y estoy más al alcance de los amigos del otro lado de la frontera. Y ya lo del clima, como le decía, es definitivo. No puedo con el calor. En cambio, cuando estuve en Moscú, con treinta y un grados bajo cero, no tuve ni un catarro. Yo me crié en climas nórdicos: París, Normandía, Inglaterra. ¿Qué más?

—De los hombres políticos que conoció en España, ¿qué personalidad le resultó más atrayente?

—Pocos he conocido en España. Ese era asunto de la Reina María Cristina. En realidad, podría decir que ése es el «hombre» por quien me pregunta. No era una cuñada, sino una verdadera hermana. La cuñada que más quería yo. ¿Qué más?

—Nada más. El resto de las preguntas eran para sus acompañantes.

—A ver.

—¿Qué género de vida hace...?

—Como los franceses y toda la gente del Norte. Ahora me levanto a las ocho de la mañana (antes, a las siete), almuerzo a la una, no echo siesta; a las cinco, el té, como en Inglaterra, y a las ocho la comida. Para las diez, en la cama. Nunca me acosté tarde, más que cuando me lo impusieron razones políticas. Yo he sido una deportista. Poca vida de sociedad y mucho montar a caballo y patinar por el hielo en Francia y Suiza. Soy como un pájaro: me gusta el aire libre. Lo que menos

soporto, la mala atmósfera. Nada de «boites de nuit», que, además, no es la verdadera vida francesa, sino la preparada para los visitantes. Y este género de vida que llevo es el que impuso en Francia Luis Felipe, el bisabuelo de mis hijos.

—¿Personas que más recibe?

—Tengo muchas amigas, pero las veo poco. La más asidua es madame Bonardi, baronesa de Cinnarca.

Bonardi se opone a que aparezca este título suyo. Pero la infanta me lo deletrea para que no se me escape y añade que un tío abuelo de madame Bonardi, un monsieur de Latour, fué preceptor de Alfonso XII, de Antonio de Orleans y de Borbón marido de doña Eulalia, y de sus hermanas.

Luego el centro de gravedad de la conversación se lo han llevado los temas de la salud. La suya, que es perfecta, la atribuye a que no tomado nunca café ni alcohol; a que, en fin, ha llevado siempre una vida muy higiénica, tipo europeo; según lo cual los franceses, los ingleses, etc., debieran llegar todos a centenarios. Le da pena la gente que está echando la siesta a la misma hora en que ella pasea.

—Mientras vivió María Cristina—dice—, cenábamos a las ocho. A los hombres los despedíamos al fumador. Nos molestaban sobre todo esos cigarros gordos. Después el Rey, con los archiduques de Rusia, se acostumbró a cenar más tarde cada vez. Y ahora, más tarde todavía.

Doña Eulalia se admira especialmente de la vida tan activa de la esposa del Caudillo, a la que atribuye una gran salud, que ayuda su afán de servir a España y no disminuye su elegancia y su belleza.

—Yo fui una de las primeras que anduvo en bicicleta. Cuando la gente aun se escandalizaba. Pero lo que más me ha gustado ha sido patinar. La gente iba en París a verme sobre el hielo.

Tras de mí y frente a ella hay un pequeño secreter con abundantes papeles. Parece que escribe bastante.

—¿Algún apéndice a sus Memorias?

—Ca. Ya no tengo nada que contar. Hay pocas cortes. Y no pudiendo viajar no se puede contar nada interesante. Pero para vivir hay que tener tan en activo la inteligencia como el cuerpo. Mire el caso de Churchill. Algunas dicen: «Yo soy muy vieja; me basta con rezar el rosario.» Pues no, no basta con rezar el rosario.

La infanta recibe revistas de varios países. Habla siete idiomas, lo cual no es extraño, pues aparte su educación, ha pasado gran parte de su vida en el extranjero.

Con el tema de la manera de vivir entramos en el de la educación. Doña Eulalia opina que pocos padres españoles saben educar a sus hijos, porque piensan que el cariño consiste en consentirles todos los caprichos. Así, de mayores vivimos un clima de informalidad:



Su alteza real la infanta doña Eulalia de Borbón, en su audiencia con Su Santidad el Papa Pío XI

GRAN ÉXITO EN MADRID Y BARCELONA

SI USTED  
SUIPIESE  
LO QUE ÉL SABE...  
¿QUÉ HARÍA?



PRESENTA

# Yo Confieso

de Alfred Hitchcock

MONTGOMERY  
**CLIFT** · ANNE  
**BAXTER**  
KARL MALDEN · BRIAN AHERNE

SUS LABIOS ESTABAN SELLADOS POR UN SECRETO INVIOABLE...LOS DE ELLA LO ESTABAN POR UN GRAN AMOR

—En cambio, a mí no me cuesta ser puntual, y veo que usted también lo es.

Llegan visitas. Una menos cuarto de la tarde. Doña Eulalia se levanta y, toda agilidad, acude a saludar a sus amigos. Ha tirado a un lado la pequeña manta azul forrada de piel blanca que durante toda la entrevista cubría sus rodillas. Su vestido es negro con pequeñas flores blancas. Esta sencillez viene alegrada con joyas de perlas blancas en cuello y manos. Sus ojos azules, transparentes, reflejan sinceridad. Al despedirnos comenta con el matrimonio amigo que la entrevista periodística le ha producido algún cansancio. Nosotros no lo habíamos advertido. Su lucidez es perfecta. Yo me imagino un montón de incógnitas históricas a las que ella podría añadir la solución. Si fuese historiador no la dejaría a sol ni a sombra. Supongo que en sus charlas íntimas contará cosas que posiblemente no era oportuno publicarlas en tiempos de la República, cuando lanzó sus Memorias.

Aunque su vivacidad, durante el contacto personal me había hecho olvidarme de esa extraña sensación de hallarme ante un oráculo histórico, retorna ésta mientras escribo la entrevista. Conoció la brillante plenitud de la vida europea anterior a la guerra de 1914, y aun alcanzó a oler el antaño eufórico del Imperio de Napoleón III. Conoció el destronamiento de su madre, Isabel II, la proclamación de su hermano Alfonso XII y la caída de Amadeo de Saboya y la muerte de Prim. Ajena a toda cortesana

ambición y, en cambio, ambiciosa de vida propia, tuvo que ser factor de intrigas cortesanas. Ya su nacimiento provocó reacciones políticas, porque el pueblo, que esperaba un heredero y no una infanta, la recibió mal. Su matrimonio fué fruto de combinaciones palaciegas. Al morir Alfonso XII sin sucesión masculina, hubo que volver a pensar, como cuando a Isabel II le costaba dar a luz un varón, en los únicos varones de la familia real, que eran los Montpensier. Con un hijo del Duque tuvo que casarse para reafirmar más los posibles derechos del Orleans. Eso por sí el fruto póstumo de Alfonso XII no resultaba masculino. Antes la había pretendido el heredero al trono de Portugal. Doña Eulalia no lo aceptó porque no quería sentarse en un trono.

Doña Eulalia tiene una opinión muy concreta sobre el origen de las guerras civiles. Valiosa por no poder pecar de parcialidad del lado por el que se inclina y porque la bebió de labios del único testigo que había en la alcoba donde agonizaba Fernando VII: la segunda esposa de éste, Doña María Cristina de Nápoles, que quedó de Reina Gobernadora a los veintiocho años y se casó en secreto con el capitán Muñoz, de su escolta, con quien tuvo, también en secreto, nada

ménos que nueve hijos, hasta que pudo retirarse al extranjero para vivir una existencia burguesa con su marido al que había hecho ya duque de Rianzares.

Pues bien, según Doña María Cristina, la infanta Luisa Carlota estaba empeñada en que no reinase en España Carlos, hermano de Fernando. Para conseguirlo había que abolir nada menos que la Ley Sálica, que impedía coronar a una mujer. Y lo logró Ella misma, con su propia mano, le ayudó al agónico Fernando a firmar la abolición. En seguida de esta firma, en la que es muy dudoso interviniera la voluntad del firmante, éste perdió el conocimiento y ya no lo recobró. Luisa Carlota corrió en busca del sello real, encontrándose con Calomarde, que temeroso de las graves consecuencias de aquella chiquillada de una infanta de veintitrés años, quiso arrebatarle el documento. Doña Eulalia menciona la bofetada, pero no aquello de «manos blancas no ofenden». Conserva el sello de lápizázuli con el que su brava abuela selló una guerra entre españoles.

Esta infanta admiraba en las Cortes y en la nobleza extranjeras el respeto que en ellas se profesaban a la inteligencia a los escritores, artistas y hombres de ciencia. Trató con muchos autores españoles y extranjeros.

Sobre su ánimo templado, apuntamos lo que le dijo días pasados a un joven visitante suyo: «A los veintitrés años no tiene derecho a considerarse fracasado; yo tengo noventa y no me considero fracasada.»

Alberto CLAVERIA

Págs. 63.—EL ESPAÑOL

SUSCRIBASE A  
POESIA ESPAÑOLA

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

90 AÑOS  
DE HISTORIA EN  
LA VIDA DE LA IN-  
FANTA DOÑA EULALIA  
DE BORBON

DESDE HACE 12,  
LA EGREGIA DAMA  
RESIDE EN IRUN  
EN UN PEQUEÑO  
HOTELITO



Una fotografía  
histórica de la  
Infanta doña  
Eulalia de Bor-  
bón



Doña Eulalia acom-  
pañada por el perio-  
dista francés mon-  
sieur Bonardi, que se  
encontraba presente  
durante la entrevista

DOÑA EULALIA TIENE UNA  
OPINION MUY CONCRETA  
SOBRE EL ORIGEN DE LAS  
GUERRAS CIVILES

En la página 61 ofrecemos a  
nuestros lectores una interesante  
entrevista con la Infanta doña Eu-  
lalia de Borbón con motivo de su  
noventa aniversario.